CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

645

marzo 2004

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

DIRECTOR: BLAS MATAMORO
REDACTOR JEFE: JUAN MALPARTIDA
SECRETARIA DE REDACCIÓN: MARÍA ANTONIA JIMÉNEZ
ADMINISTRADOR: MAXIMILIANO JURADO

AGENCIA ESPAÑOLA DE COOPERACIÓN INTERNACIONAL

Cuadernos Hispanoamericanos: Avda. Reyes Católicos, 4
28040 Madrid. Teléfs: 91 5838399 - 91 5838400 / 01
Fax: 91 5838310 / 11 / 13
e-mail: Cuadernos.Hispanoamericanos@aeci.es

Imprime: Gráficas VARONA, S. A.
Polígono «El Montalvo», parcela 49 - 37008 Salamanca

Depósito Legal: M. 3875/1958 - ISSN: 1131-6438 - NIPO: 028-04-001-X

Los índices de la revista pueden consultarse en el HAPI
(Hispanic American Periodical Index), en la MLA Bibliography
y en Internet: www.aeci.es

** No se mantiene correspondencia sobre trabajos no solicitados*

645 ÍNDICE

DOSSIER
Arquitectura latinoamericana

PUNTOS DE VISTA

CALLEJERO

BIBLIOTECA

DOSSIER
Arquitectura latinoamericana

Coordinador:
Joaquín Ibáñez Montoya



Buenos Aires. Plaza San Martín. Foto de Jeannette López.

Sobre el imaginario urbano de la Latinoamérica republicana, 1830-1950

Arturo Almandoz[*]

Estas notas tratan de distinguir y articular grandes momentos y tendencias del imaginario sobre la ciudad y la urbanización en algunos ensayos y novelas latinoamericanos que recrean desde los inicios republicanos hasta los años 1950[1]. Manteniéndose en una perspectiva continental que no es fácil alcanzar –pero que puede resultar demasiado panorámica y general para el lector que busca más precisión en el análisis– se mencionan y ubican algunas de las obras que dan indicios de la doble dimensión territorial y social de la ciudad y del proceso de urbanización de la Latinoamérica republicana. Estos momentos son distinguidos desde las postrimerías de la ciudad colonial, hasta la llegada de la masificación y del urbanismo moderno, englobando así un período que he trabajado tanto a nivel docente como de investigación, principalmente desde la perspectiva urbanística[2].

Valga advertir que, si bien refiero a algunas de las fuentes primarias que he trabajado directamente, me apoyo también para la agrupación de las tendencias y momentos en fuentes secundarias, tanto de la crítica literaria como de la historia urbana. Predomina empero el criterio de la significación urbana de la obra, por lo que pido excusas por la heterodoxia que esta agrupación pueda implicar con respecto a tradicionales clasificaciones literarias. Aunque varias de las novelas y ensayos son apenas mencionados, por obvias razones de extensión, procuro identificar las fuentes secundarias que puedan servir al lector para profundizar en algunos de los momentos identificados a continuación. Por lo demás, valga pedir excusas también

[*] *Departamento de Planificación Urbana, Universidad Simón Bolívar, Caracas.*

[1] *Período en el que, aproximadamente, fueron publicadas las obras consideradas. Se excluyen así las elaboraciones posteriores sobre ese período, que abundan en la literatura producida posteriormente.*

[2] *Además de trabajarlo en el curso «Modernización urbana en América Latina (1850-1950)» –dictado varias veces en la Maestría en Literatura Latinoamericana y el Doctorado en Letras, Universidad Simón Bolívar, Caracas– he revisado las propuestas de planificación para este período en Arturo Almandoz (ed.),* Planning Latin America's Capital Cities, 1850-1950. *Londres y Nueva York: Routledge, 2002. De esta obra tomo también algunos de los datos demográficos referidos más adelante.*

por las muchas obras no mencionadas, aunque puedan ser referenciales en los imaginarios urbanos de ciudades o países[3].

Postrimerías de la ciudad colonial

Alcanzada en la mayor parte de Latinoamérica entre 1810 y mediados de la década siguiente, la independencia política no supuso cambios significativos en la estructura económica de las nuevas repúblicas, así como tampoco en el urbanismo colonial que había modelado sus ciudades. Se ha señalado incluso que durante la primera mitad del XIX, buena parte del continente sufrió un proceso de «ruralización»[4], en el que las frágiles redes de ciudades coloniales se debilitaron aún más, después de la gesta independentista, seguida por las guerras civiles que afectaron a la mayoría de los países hispanoamericanos. En un continente de apenas 30 millones de habitantes para 1850, donde sólo México, La Habana y Río superaban los cien mil, las capitales republicanas mantuvieron los estamentos y la chatura coloniales hasta mediados del XIX, incluso en el más pujante caso argentino, retratado en la novela *Amalia* (1842), de José Mármol. El dilatado proceso de cambio de la sociedad colonial, especialmente significativo en el marco de capitales que perdían su antigua primacía virreinal, puede verse en las *Tradiciones peruanas* (1872-1893) de Ricardo Palma, quien ejemplifica el paso de «escritor costumbrista» a «cronista urbano»[5]. Así mismo, el temprano conflicto entre el orden colonial y la modernización republicana asoma en obras como *La cautiva* (1837) *El matadero* (1839), del argentino Esteban Echeverría.

Los países que no siguieron la cronología de la independencia hispanoamericana son también significativos. El cosmopolitismo de la oligarquía criolla y la incipiente modernización de La Habana entre 1812 y 1831

[3] *Valga advertir de una floreciente literatura sobre imaginarios urbanos para determinados ciudades o países; ver como ejemplos respectivos, Luz Mary Giraldo,* Ciudades escritas. Literatura y ciudad en la narrativa colombiana. *Bogotá: Convenio Andrés Bello, 2001; Emma Álvarez Tabío,* Invención de La Habana. *Barcelona: Casiopea, 2000. He tratado de hacer esto para las primeras décadas del pensamiento venezolano del siglo XX en Arturo Almandoz,* La ciudad en el imaginario venezolano, I: Del tiempo de Maricastaña a la masificación de los techos rojos. *Caracas: Fundación para la Cultura Urbana, 2002. La segunda parte está por ser publicada.*

[4] *Richard M. Morse, «El desarrollo de los sistemas urbanos en las Américas durante el siglo XIX», en Jorge E. Hardoy, Richard P. Schaedel (eds.),* Las ciudades de América Latina y sus áreas de influencia a través de la historia. *Buenos Aires: Sociedad Interamericana de Planificación (SIAP), 1975, pp. 263-290, p. 276.*

[5] *Tal como lo señala Julio Ortega en su «Prologo» a Ricardo Palma,* Tradiciones peruanas, *selección Santiago Londoño Vélez. Bogotá: Editorial Norma, 1991, p. 20.*

–según la periodización que el mismo autor nos da en su Prólogo de 1879[6]– incluyendo algunos cambios al escenario colonial introducidos por el gobernador Miguel Tacón en la década siguiente, son prolijamente descritos por Cirilo Villaverde en *Cecilia Valdés* (1882). La obra es también un penetrante retrato de las dos facetas, rural y urbana, de una misma oligarquía terrateniente que sojuzgaba a vastos sectores esclavos en Cuba, así como también ocurría con los manumisos de las repúblicas desde mediados del XIX. Por su parte, la menos traumática transición de Brasil del orden imperial al republicano, instaurado en 1889, puede seguirse a través de la vasta galería de personajes de las novelas de Machado de Assis, incluyendo *Memórias póstumas de Brás Cubas* (1881) y *Quincas Borba* (1892)[7].

Barbarie y civilización

La vieja antinomia entre «barbarie» y «civilización», introducida en la Argentina por la así llamada generación de 1837, opuesta a la dictadura de Juan Manuel de Rosas (1835-52), alcanzó su obra emblemática en el *Facundo* (1845) de Domingo Faustino Sarmiento. Al igual que ocurría en otras de las nacientes repúblicas, el conflicto entre ambos términos entreveraba varias dicotomías –capital y provincia, progreso y atraso, federalismo y centralismo– tal como lo deja ver el futuro presidente argentino (1868-74) en el siguiente pasaje:

> «Buenos Aires está llamada a ser, un día, la ciudad más gigantesca de ambas Américas (...) Ella sola, en la vasta extensión argentina, está en contacto con las naciones europeas; ella sola explota las ventajas del comercio extranjero; ella sola tiene poder y rentas. En vano le han pedido las provincias que les deje pasar un poco de civilización, de industria y de población europea: una política estúpida y colonial se hizo sorda a estos clamores. Pero las provincias se vengaron, mandándole en Rosas, mucho y demasiado de la barbarie que a ellas les sobraba»[8].

[6] *Cirilo Villaverde,* Cecilia Valdés o la Loma del Ángel *(1882). La Habana: Editorial Letras Cubanas, 1979, p. 9.*

[7] *Ver para estas novelas el esclarecedor análisis de Jorge Romero León,* Retórica de imaginación urbana. La ciudad y sus sujetos en *Cecilia Valdés* y *Quincas Borba*. *Caracas: Fundación Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos (CELARG), 1997.*

[8] *Domingo F. Sarmiento,* Facundo o civilización y barbarie *(1845). Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1985, p. 25.*

Por su estrecha relación con las guerras federales y con los procesos de reducción de indígenas que ocurrían en varios países –manifestaciones a la vez de la sempiterna contraposición entre campo y ciudad– ese debate sobre barbarie y civilización en la Latinoamérica decimonónica se torna fundamental; por ello ha dado lugar a revisiones críticas e historiográficas, que arrojan elementos imprescindibles para entender cómo el tema urbano apareció en el discurso humanístico de ese siglo. Entre estas revisiones destaca, desde la historiografía comparativa, la que E. Bradford Burns ha ofrecido en el sólido capítulo de su libro, *The Poverty of Progress. Latin America in the Nineteenth Century* (1990), en el que algunas obras de pensamiento y ficción que recrearon esa antinomia decimonónica, son comentadas en términos de su significación para las élites criollas. Partiendo de las tres «principales filosofías europeas» –Ilustración, positivismo y evolucionismo natural y social– el autor revisa no sólo el conflicto entre barbarie y civilización, sino también el progresismo y el liberalismo, desde tempranas obras como *Dogma socialista* (1839) de Esteban Echeverría, pasando por el *Facundo*, hasta *El porvenir de las naciones hispanoamericanas* (1899) del chileno Francisco Bulnes, y *Os sertôes* (1902) de Euclides da Cunha. Ese análisis ensayístico se enriquece con la problemática social que, a partir de las mismas contradicciones, fue recreado, además de la ya mencionada *Amalia*, en novelas como *Martín Rivas* (1862) del chileno Blest Gana, y *Aves sin nido* (1889), de la peruana Clorinda Matto de Turner. Bradford configura así un tejido crítico que, si bien centrado en el proceso de modernización latinoamericano, lleva implícito las variables urbanas sobre las que aspiraba fundamentarse[9].

Creo que una reinterpretación de la antinomia entre barbarie y civilización, provincia y capital, dentro de la geografía literaria de la novela criollista de comienzos del siglo XX, resonaría todavía en obras como *La vorágine* (1924), del colombiano José Eustasio Rivera, y *Doña Bárbara* (1929), del venezolano Rómulo Gallegos.

Novela y crónica de entre siglos

Las capitales de las economías latinoamericanas en expansión –Argentina, Chile, Uruguay, Brasil, México– comenzaron a cambiar su perfil colo-

[9] *E. Bradford Burns,* La pobreza del progreso. América Latina en el siglo XIX. *México: Siglo Veintiuno Editores, 1990, pp. 29-47. Ver también, del mismo autor, «Cultures in Conflict: The Implications of Modernization in Nineteenth-Century Latin America», en Virginia Bernhard (ed.),* Elites, Masses and Modernization in Latin America, 1850-1930. *Austin: University of Texas Press, 1979, pp. 11-77.*

nial desde los años 1860, emulando una imagen inspirada en la ciudad burguesa de parques y bulevares, que el prefecto G.E. Haussmann emblematizó en el París del Segundo Imperio. Además de la nueva sociabilidad desplegada en Palermo y Recoleta, los atropellados cambios en los mercantilizados valores de la burguesía porteña, en medio de la inmigración babélica que la hiciera alcanzar 663.000 habitantes para 1895, aparecen ya reportados para el caso de Buenos Aires en novelas como *La gran aldea* (1884), de Lucio López; *La bolsa* (1891), de Julián Martel (pseudónimo de J.M. Miró); o *Quilito* (1892), de Carlos María Ocantos. Consternado frente a los primeros síntomas metropolitanos de la ciudad que devino capital federal en 1880, bien expresa un personaje de la novela de López el fin de la cultura aldeana y colonial que durara hasta la temprana república: «En fin, yo, que había conocido aquel Buenos Aires de 1862, patriota, sencillo, semitendero, semicurial y semialdea, me encontraba con un pueblo con grandes pretensiones europeas que perdía su tiempo en *flanear* en las calles, y en el cual ya no reinaban generales predestinados, ni la familia de los Trevexo, ni la de los Berrotarán»[10].

La emergencia de la «ciudad burguesa» que sustituyera a la «ciudad patricia» en Latinoamérica –para utilizar así los períodos de José Luis Romero[11]– origina distintas reacciones en el sujeto literario. Aunque con frecuencia por analogía con la realidad metropolitana que sólo podía darse en ciudades como París, Londres o Nueva York, existe una suerte de *flânerie* que reporta –en la tónica de Baudelaire, Simmel o Benjamin– el mercantilismo, el anonimato y el cosmopolitismo de *boulevards* y avenidas, *promenades* y arcadas; es lo que Julio Ramos ha resumido como «retórica del paseo», a propósito de la crónica urbana de las *Cartas de Nueva York o Escenas norteamericanas* (1881-92), del cubano José Martí. Por contraposición a la chata realidad parroquiana de la que ellos provenían, el «amor de ciudad grande» puede sentirse en algunos poemas de *Azul* (1888), o en pasajes de las *Peregrinaciones* (1901), del nicaragüense Rubén Darío; así como en las crónicas parisinas y en *El encanto de Buenos Aires* (1914), del guatemalteco Enrique Gómez Carrillo[12]. La evasión estética hacia las

[10] Tres épocas de Buenos Aires. *Lucio V. López,* La gran aldea; *Alberto M. Rossi,* La camisa de once varas; *Arturo Cancela,* Tres relatos porteños. *Madrid: Aguilar, 1953, p. 138.*

[11] *José Luis Romero,* Latinoamérica: las ciudades y las ideas *(1976). México: Siglo Veintiuno Editores, 1984.*

[12] *Hago uso aquí de las tendencias distinguidas por Sonia Mattalía, «Sueño y desilusión de la modernidad: imágenes de la ciudad en el fin de siglo latinoamericano», en Beatriz González, Javier Lasarte, Graciela Montaldo, María J. Daroqui (comp.),* Esplendores y miserias del siglo XIX. Cultura y sociedad en América Latina. *Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana, Equinoccio, Ediciones de la Universidad Simón Bolívar, 1995, pp. 519-31, 525.*

grandes y sofisticadas ciudades, sobre todo europeas, puede verse como rasgo característico del modernismo latinoamericano, tal como se evidencia, por ejemplo, en la novela *De sobremesa* (1895), del colombiano José Asunción Silva, así como en *Ídolos rotos* (1901) y *Sangre patricia* (1902), del venezolano Manuel Díaz Rodríguez[13]. Acaso por ello, el protagonista de Silva nos incluye la europeizada renovación urbana de la urbe criolla, dentro de su ensoñado proyecto republicano: «La capital, transformada a golpes de pica y de millones –como transformó el barón Haussmann a París– recibirá al extranjero con todas las flores de sus jardines y las verduras de sus parques...»[14].

Si bien emergiera desde finales del XIX, como bien ha señalado Mattalía, un «nuevo tipo de sujeto: urbano, hiperestésico, ansioso, necesitado de estabilidad y, al mismo tiempo, glorificador de la vorágine y el cambio», también la condición «omnívora» de la nueva realidad urbana produjo su crítica naturalista en *Santa* (1903), del mexicano Federico Gamboa; así como revivió el «amor de ciudad pequeña», observable en *Lucía Jerez* o *Amistad funesta* (1895) de Martí[15]. Bien captado por Jorge Romero a propósito de la aburguesada comedia humana carioca que nos pinta Machado de Assis en su *Quincas Borba*, la remembranza de la provincia alimenta también las «saudades de Iguaçu», que entre noviazgos, lecciones de piano y francés, asaltan a la casadera Maria Benedita, apurada por sus parientes capitalinos a adquirir a aquellos «adornos de uma educaçao de sala»[16].

Arielismo y materialismo

La literatura novecentista, principalmente el ensayo, se ocupó también de la vocación y el destino cultural de Latinoamérica, liderado por las grandes ciudades sujetas a la creciente y materialista influencia anglosajona en vísperas de la Primera Guerra Mundial. Después de la derrota de España ante el Coloso de Norte, Rubén Darío había declarado su odio contra los

[13] *A propósito de algunos autores venezolanos, he planteado esta tesis de la «evasión urbana del modernismo» en A. Almandoz,* La ciudad en el imaginario venezolano, *I, pp. 43-54.*

[14] *José Asunción Silva,* De sobremesa *(1895), prólogo de Gabriel García Márquez. Madrid: Hiperión, 1996, p. 84.*

[15] *S. Mattalía, «Sueño y desilusión de la modernidad...», pp. 521-22, 525.*

[16] *Joaquim Machado de Assis,* Quincas Borba *(1892). Porto Alegre: L&PM Pocket, 2002, pp. 114-15. Jorge Romero León, «Fotógrafos y escritores. Pintores de la vida moderna», en* Sueños e imágenes de la modernidad. América Latina 1870-1930. *Caracas: Fundación Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos (CELARG), 1997, pp. 18-31, 22-23; J. Romero León,* Retórica de imaginación urbana..., *pp. 60-64.*

yanquis «bárbaros» que habían humillado a «la Hija de Roma, la Hermana de Francia, la Madre de América»[17]. Con el fundamento de libros como *The Control of the Tropics* (1898), del sociólogo británico Benjamin Kidd, que abogaban por el establecimiento de protectorados angloamericanos en las antiguas colonias de Europa continental, los presidentes McKinley y Roosevelt continuaron su política expansionista en el Caribe, mientras los intelectuales latinos se veían obligados a hacer un balance de los errores de casi un siglo de vida republicana. Envuelta como estaba Venezuela en la bancarrota y en problemas limítrofes, los venezolanos estuvieron entre los primeros en buscar respuestas a las cuestiones geopolíticas, tal como se ve en los opúsculos *El continente enfermo* (1899) de César Zumeta, e *Imperialismo norteamericano* (1899), de Pedro Manuel Arcaya. Pero fue *Ariel* (1900) del uruguayo José Enrique Rodó, el manifiesto que invocó la herencia cultural de Latinoamérica para hacer frente al materialismo del nuevo siglo, retomando el personaje de Shakespeare como caracterización de la noble espiritualidad que las jóvenes repúblicas latinas debían oponer al Calibán utilitario que se agigantaba en el norte. Ello implicaba también, en clara alusión a Buenos Aires, alertas a las ciudades latinoamericanas «cuya grandeza material y cuya suma de civilización aparente» las colocaban entre las grandes capitales del mundo, porque esas urbes estaban llamadas a convertirse en exponentes seculares del mercantilismo de Sidón, Tiro y Cartago. Las ciudades latinoamericanas debían cuidarse no sólo del materialismo que surgía en las bolsas de Chicago, sino también de la dependencia de Nueva York en tanto Roma del Nuevo Mundo[18].

Continuando su rol decimonónico de madrina civilizadora de las repúblicas americanas, la Francia de la *Belle Époque* fue invocada de nuevo como una de las principales aliadas para confrontar el materialismo del siglo XX. La égida cultural francesa entre los intelectuales latinos de la «Bella Época» se confirmaba en el culto a París como metrópoli, llevado al extremo por los modernistas. «La moda tiene en París su imperio, y los sombreros de nuestras mujeres son flores grandes de un árbol que sólo crece allá. Francia nos enseña, nos domina, y sobre todo eso nos da algún poco de vino de Champaña. París es el centro de nuestras aspiraciones. Mentalmente somos suyos; aguardamos que nos dirija una mirada, que nos *descubra*...», había sentenciado Darío a finales del siglo XIX[19]. Aunque

[17] *Rubén Darío, «El triunfo de Calibán» (1898), en* El modernismo y otros ensayos, *ed. Iris M. Zavala. Madrid: Alianza Editorial, 1989, pp. 161, 166.*

[18] *José Enrique Rodó,* Ariel *(1900). Buenos Aires: Clásicos de «Ayer y Hoy», 1969, pp. 126, 136.*

[19] *Rubén Darío, «Del amor de París y de la caña de azúcar, del café y de los cueros en el rastacuerismo»,* El Cojo Ilustrado, *VIII, 170, Caracas: enero 1, 1899, pp. 78-79.*

por razones menos esteticistas y más técnicas, económicas o políticas, la necesidad de mirar a Francia y a Europa en tanto fuente de la civilización occidental fue planteada en *El porvenir de la América Latina* (1911), del argentino Manuel Ugarte, seguido de *Las democracias latinas de América* (1912) y *La creación de un continente* (1913), del peruano Francisco García Calderón, la primera de cuyas obras fue originalmente publicada en francés. Prolongado por varias décadas en el pensamiento latinoamericano, ese «"modernismo" político» heredado del *Ariel,* resonaría todavía en las *Preguntas a Europa* (1937) y hasta en *La esfinge en América* (1953), del venezolano Mariano Picón Salas[20], cuya generación tuvo, a la luz del formidable ejemplo de los Estados Unidos en la Segunda Guerra, que superar el maniqueísmo historiográfico, económico, político y urbano que aquel arielismo conllevaba.

Positivismo y ciencias sociales

Revisando algunas obras de corte más monográfico y científico, Richard Morse trató de ejemplificar cómo las tendencias decimonónicas de la historia y de las ciencias sociales europeas, también encontraron resonancia en otro grupo de pensadores latinoamericanos que, sin estar centrados propiamente en la ciudad, se ocuparon de ella en tanto principal heredera de las estructuras sociales y territoriales de la Colonia. En un panorámico y penetrante texto, Morse articuló las preocupaciones evolucionista y positivista a la vez, por indagar cómo aquellas estructuras coloniales podrían asimilar la modernización del nuevo orden industrial; el profesor norteamericano ilustró con maestría esa inquietud a través de obras diversas como *La miseria en Bogotá* (1867) y *Retrospecto* (1896) de José Samper; la *Sociología de Lima* (1895-1902) de Joaquín Capelo, inspirada en los principios de Herbert Spencer; y *La ciudad indiana* (1900) del argentino José Agustín García, influida por fuentes intelectuales tan diversas como Comte, Tarde, Le Bon y Simmel, entre otros. A ese «organicismo positivista» adicionó Morse la «imaginación estética» que se cuela en los análisis de obras representativas de las ciencias sociales emergentes; así por ejemplo en *La multitud, la ciudad y el campo en la historia del Perú* (1929) de Jorge Basadre; en *Sobrados e mucambos* (1936) de Gilberto Freyre; y en la *Radiografía de la pampa* (1933) y *La cabeza de Goliat*

[20] *Mariano Picón Salas, «Para una historia de América», en* Europa-América. Biblioteca Mariano Picón-Salas. *Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana, 1996, t. V, p. 237.*

(1940), de Ezequiel Martínez Estrada[21]. Aunque quizás no propiamente urbanas, estas obras representaban recorridos por procesos territoriales y sociales con un nuevo vocabulario, especialmente tomado de la sociología, la antropología y la psicología social, en el caso de los dos últimos. Autor también de *Casa grande e senzala* (1933), Freyre es uno de los pensadores más influyentes en las ciencias sociales que explicarían el proceso de urbanización brasileño en las décadas siguientes. Por su parte, Martínez Estrada puede verse como pionero para la interpretación y análisis del Buenos Aires metropolitano en tanto «fenómeno psicológico» y centro de la «inteligencia» argentina, capital de la prisa y la «velocidad», la «vida mecanizada»[22], la mercantilización e instrumentalización de las relaciones, entre otros fenómenos caracterizados por Simmel y Spengler.

Los conceptos positivistas y de las emergentes ciencias sociales también fueron reinterpretados para justificar la labor unificadora de dictaduras represivas pero progresistas, como las de Porfirio Díaz (1877-80, 1884-1911) en México y Juan Vicente Gómez (1908-35) en Venezuela. Con respecto al primero, pueden verse las obras de Francisco Bulnes, así como *Evolución política del pueblo mexicano* (1901-1902), de Justo Sierra. Aunque se trata sobre todo de una reinterpretación fáctica y desmitificada del proceso de independencia, la justificación ideológica del gomecismo ha sido vista en el *Cesarismo democrático* (1919), de Laureano Vallenilla Lanz, quien apeló a las categorías del «solidaridad mecánica» y «orgánica» de Durkheim, entre otros maestros, para explicar los escollos históricos que confrontaba la Venezuela caudillista, haciendo necesaria la figura del «buen tirano» de cara a su consolidación como Estado moderno y urbano[23].

Transición rural-urbana

Para comienzos de los años 1930, países como Argentina, Uruguay, Chile y Cuba figuraban entre los más urbanizados del mundo; con 2.178.000 habitantes en 1932, 696.000 en 1930 y 500.000 en 1925, Buenos Aires, Santiago

[21] *Richard M. Morse, «Los intelectuales latinoamericanos y la ciudad (1860-1940)», en Jorge E. Hardoy, Richard M. Morse, Richard P. Schaedel (comps.),* Ensayos histórico-sociales sobre la urbanización en América Latina. *Buenos Aires: CLACSO, Ediciones Siap, 1978, pp. 91-112.*

[22] *Ezequiel Martínez Estrada,* La cabeza de Goliat. Microscopía de Buenos Aires *(1940). Buenos Aires: Editorial Losada, 1983, pp. 21, 36, 48.*

[23] *Laureano Vallenilla Lanz,* Cesarismo democrático. Estudios sobre las bases sociológicas de la constitución efectiva de Venezuela *(1919). Caracas: Monte Ávila Editores, 1994, pp. 220, 272-273. Ver también A. Almandoz,* La ciudad en el imaginario venezolano, *t. I, pp. 55-72.*

y La Habana, respectivamente, concentraban el 15 por ciento de las poblaciones nacionales, mientras Montevideo congregaba un tercio del Uruguay[24]. Ciudad de México y São Paulo superaban el millón de habitantes para comienzos de la tercera década del siglo, la cual presenció regímenes como el de Lázaro Cárdenas (1934-40) en México y el de Getulio Vargas (1930-45, 1950-54) en Brasil, abiertos a la industrialización y la modernización, muy asociada por entonces al proceso de urbanización. Ésta también ocurría desde los años 1920 en países como Cuba, Perú y Venezuela, donde la explotación de recursos naturales por empresas norteamericanas, en el marco de gobiernos dictatoriales, como los de Gerardo Machado (1925-31), Augusto Leguía (1908, 1919-30) o el ya mencionado Gómez, aceleraba las políticas de comunicaciones y saneamiento[25].

Intelectualizados registros de la nueva realidad urbana y de la gran ciudad latinoamericana pueden encontrarse en obras postmodernistas como *La muerte del cisne* (1910), del uruguayo Carlos Reyles, o el *Ulises criollo* (1936), del mexicano José Vasconcelos; obras en las que, como dice Ángel Rama, la ampliación de la ciudad letrada se da «a través del fuerte componente provinciano de los muchos Julien Sorel que a partir de la incipiente urbanización pueblerina desarrollaron la ambición capitalina y que a partir de su ambigua y desmedrada posición media quisieron rivalizar con la clase alta»[26]. La saga de urbanización del personaje de Stendhal puede decirse recreada también en *Papeles de Recienvenido* (1929), del argentino Macedonio Fernández, mientras que, desde una perspectiva más cosmopolita, en *Fervor de Buenos Aires* (1923) y otras obras tempranas de Borges, la urbe porteña es recorrida y cartografiada en el marco de una milenaria mitología occidental.

Las diferentes facetas de la transición rural-urbana fueron reportadas por distintas vertientes de obras narrativas publicadas a lo largo de la primera mitad del siglo XX. Los tempranos retratos de lo que José Luis Romero ha agrupado como las «ciudades estancadas» de provincia[27], pue-

[24] *Jorge E. Hardoy, «Two Thousand Years of Latin American Urbanization», en Jorge E. Hardoy (ed.),* Urbanization in Latin America. Approaches and Issues. *Nueva York: Anchor Books, 1975, pp. 3-55, pp. 50-51; «Las ciudades de América Latina a partir de 1900», en* La ciudad hispanoamericana. El sueño de un orden. *Madrid: Centro de Estudios Históricos de Obras Públicas y Urbanismo (CEHOPU), Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo, 1989, pp. 267-74, p. 267.*

[25] *Ver Arturo Almandoz, «Urbanization and Urbanism in Latin America: From Haussmann to CIAM», en A. Almandoz (ed.),* Planning Latin America's Capital Cities, 1850-1950, *pp. 13-44, pp. 21-22.*

[26] *Ángel Rama,* La ciudad letrada. *Hanover: Ediciones del Norte, 1984, pp. 129-30.*

[27] *J. L. Romero,* Latinoamérica: las ciudades y las ideas..., *p. 257. Hago uso aquí de algunas de las referencias dadas por Romero en las páginas siguientes.*

den verse en la Valencia de *Política feminista o el doctor Bebé* (1913), o el Maracaibo de *Tierra del sol amada* (1919), del venezolano José Rafael Pocaterra. El argentino Manuel Gálvez había hecho algo similar sobre La Rioja en *La maestra normal* (1914), y sobre Córdoba en *La sombra del convento* (1917). Algunas capitales no escapaban del sopor provinciano, tal como le ocurría a *Quito, arrabal del cielo* (1930), de Jorge Reyes, o a la Caracas gomecista, adormecido escenario de la *Ifigenia* (1924) de Teresa de la Parra, o del *Reinaldo Solar* (1921) de Rómulo Gallegos. La pretendida modernidad de las burguesías limeña y caraqueña fue satirizada, respectivamente, por José Diez Canseco en *Duque* (1934) y por el mismo Pocaterra en *La casa de los Ábila* (1921-22). El atraso provinciano se tornaría drama de endemias y pestes, desolación y muerte en los fantasmagóricos pueblos de obras emblemáticas posteriores: el Ortiz de *Casas muertas* (1954), del venezolano Miguel Otero Silva, y el Comala de *Pedro Páramo* (1955), del mexicano Juan Rulfo. «Aquí en cambio no sentirás sino ese color amarillo y acedo que parece destilar por todas partes. Y es que este es un pueblo desdichado; untado todo de desdicha», dice Bartolomé San Juan a la hija que intenta regresar a los esperpentos de Comala[28].

En contraposición estaban los cambios en la cultura aldeana penetrada por la actividad industrial, tal como lo reportara tempranamente el mexicano Rafael Delgado en *Los parientes ricos* (1903) e *Historia vulgar* (1905). Refiriendo también a la urbanización que se difundía en los pueblos, la novela entre «proletaria» e «indigenista»[29], de denuncia sobre las condiciones de explotación de recursos locales, sobre todo por compañías yanquis, tendría varios exponentes en la narrativa hispanoamericana, entre los que se cuentan *El tungsteno* (1931), del peruano César Vallejo; así como *Viento fuerte* (1950) y *El Papa verde* (1954), del guatemalteco Miguel Ángel Asturias. Una variante de esta tendencia se encuentra en la novelística del petróleo en Venezuela[30], que reportó, por un lado, las mutaciones de los poblados tradicionales mercantilizados por el «oro negro», tal como lo hizo Ramón Díaz Sánchez en *Mene* (1936), entre otros ejemplos; por otro lado, la atropellada urbanización de los campamentos petroleros se encuentra en *Casandra* (1957), del mismo autor, así como en *Oficina N.º 1* (1961), de Otero Silva.

[28] *Juan Rulfo,* Pedro Páramo *(1955). México: Fondo de Cultura Económica, 1986, p. 107.*

[29] *Tomo las denominaciones, así como algunos ejemplos, de John S. Brushwood,* La novela hispanoamericana del siglo XX. Una vista panorámica *(1975), trad. Raymond L. Williams. México: Fondo de Cultura Económica, 1993, pp. 91-92, 185-186.*

[30] *Ver en este sentido Gustavo Luis Carrera,* La novela del petróleo en Venezuela. *Caracas: Concejo Municipal del Distrito Federal, 1972.*

También están los muchos reportes de las historias migratorias de campesinos y provincianos a través de los que ocurría la concentración urbana en los países de América Latina. Ejemplos de inmigrantes poco calificados que buscan inserción en las pequeñas ocupaciones o el estrellato efímero en La Habana o Caracas, pueden encontrarse en *Écue-Yamba-Ó* (1933), de Alejo Carpentier, y en *Campeones* (1939), de Guillermo Meneses. Los barrios pobres que se convertirían en «poblaciones callampas» sirvieron de escenario a *El roto* (1920), del chileno Joaquín Edwards, así como su compatriota Nicomedes Guzmán recrearía los ambientes obreros en *Los hombres oscuros* (1939) y *La sangre y la esperanza* (1943). El colombiano José A. Osorio Lizarazo adoptó un ambiente semejante en *La casa de vecindad* (1930); después de *Campeones*, el venezolano Meneses también utilizaría las céntricas pensiones y casas de vecindad caraqueñas en *La misa de Arlequín* (1962). Los flujos migratorios conducentes a la transformación rural-urbana de países como Perú o regiones como Bahía, con la contradictoria y desequilibrada modernización que este proceso implicaba, puede seguirse en *Yawar Fiesta* (1941) de José María Arguedas, así como en la famosa *Gabriela, cravo e canela* (1958) de Jorge Amado[31].

Nueva crónica urbana y novela de la masificación

Desde antes del triunfo de los Estados Unidos en la Segunda Guerra, la creciente americanización de las «ciudades masificadas» había sido favorecida por la penetración económica y técnica norteamericana en las repúblicas latinas, en el marco de la política del «Good Neighbour» (Buen Vecino), con la que la administración de F. D. Roosevelt buscó disipar el sentimiento antiimperialista que el arielismo había dejado en sus vecinos del sur. Con Buenos Aires y Ciudad de México superando los dos millones de habitantes desde los años 1940, Santiago y São Paulo el millón, mientras Lima y Bogotá le seguían muy de cerca[32], la masificación de las ciudades conllevaba también la consolidación de nuevos sectores medios, resultantes de la amalgama de población urbana de vieja data con la inmigración foránea y campesina[33]. Las reivindicaciones políticas y culturales de estos

[31] *Amado continuaría con este reporte en obras como* Tereza Batista, cansada de guerra *(1973), en la que la región de Bahía, aunque asolada todavía por las pestes y el atraso, experimentan una modernización que no alcanza a todos los sectores sociales.*

[32] *J. E Hardoy, «Las ciudades de América Latina a partir de 1900», p. 269.*

[33] *Me acojo aquí a la conceptuación de «ciudades masificadas» ofrecida por J. L. Romero,* Latinoamérica: las ciudades y las ideas, *pp. 319-389.*

sectores se habían venido dando a través de las reformas de José Batlle y Ordóñez (1903-07, 1911-15) en Uruguay; de la Revolución Mexicana de 1910 y los regímenes sucesivos; del radicalismo de Hipólito Yrigoyen (1916-22) y del posterior justicialismo de Juan Domingo Perón en Argentina (1946-55); así como a través de la emergencia de partidos populistas como la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA) en Perú, y Acción Democrática (AD) en Venezuela[34].

Una que podemos llamar nueva crónica urbana se encargó de repasar, con una moderna mirada que la diferenciaba de las testimoniales crónicas decimonónicas, el acervo de la ciudad colonial y republicana, que estaba a punto de perderse o reducirse en la mutación metropolitana; ésta no sólo venía dada por el crecimiento demográfico, sino también por ambiciosos proyectos urbanísticos que iban del academicismo al modernismo funcionalista inspirado en los Congresos de Arquitectura Moderna (CIAM)[35]. En este sentido, el ya mencionado clásico de Martínez Estrada, *La cabeza de Goliat*, anticipa esta revisión del pasado criollo por contraste con la vorágine metropolitana; este contraste todavía resonaría en fulminantes diagnósticos como *Lima, la horrible* (1964), de Sebastián Salazar Bondy. Por haber sido quizás una de las ciudades latinoamericanas que experimentó una de las transformaciones más súbitas, la crónica evocadora tuvo en la capital venezolana representantes conspicuos, tales como *La ciudad de los techos rojos* (1947-1949) y *Figuras y estampas de la antigua Caracas* (1962-1963), de Enrique Bernardo Núñez, así como *Libro de Caracas* (1967), de Meneses. Aunque La Habana protagonizara otra dirección del cambio urbano, creo que *La ciudad de las columnas* (1970), de Carpentier, se inscribe también en esta genealogía de la crónica.

La narrativa registraría todas las especies de la masificación. Enfrentados a los dramas existenciales de metrópolis alienantes y complejas, diferentes miembros de la masa dejaron ver su conflictiva naturaleza urbana en las que han sido catalogadas como «novelas existenciales», centradas en la vida del hombre en esa ciudad latinoamericana de mediados del siglo XX, la cual permanece más bien como telón de fondo. Entre ellas se cuentan *El pozo* (1939), *La vida breve* (1950) y *Los adioses* (1954) del uruguayo Juan

[34] *Entre las varias historias generales de América Latina, ver por ejemplo Gustavo y Helène Beyhaut,* América Latina. *III* De la Independencia a la segunda guerra mundial *(1965), en* Historia Universal Siglo Veintiuno. *México: Siglo Veintiuno, 1985, t. 23, pp. 228-275. Ver también la interesante genealogía de reformas que, por su influencia en la vida cultural, establece Ángel Rama en* La ciudad letrada, *pp. 137-139.*

[35] *Ver en este sentido la catalogación en A. Almandoz, «Urbanization and Urbanism in Latin America...», pp. 31-39.*

Carlos Onetti; *El túnel* (1948) y *Sobre héroes y tumbas* (1962), del argentino Ernesto Sábato; *El acoso* (1957), de Carpentier; *El falso cuaderno de Narciso Espejo* (1952) y *Los pequeños seres* (1959), de los venezolanos Guillermo Meneses y Salvador Garmendia, respectivamente[36]. La rutinaria y despersonalizada vida urbana de esas novelas parece confinar a sus ensimismados personajes a lo largo de un túnel «oscuro y solitario», que el sujeto de Sábato reconoce al final del itinerario de desencuentros a través de Buenos Aires: «el mío, el túnel en que había transcurrido mi infancia, mi juventud, toda mi vida»[37].

En vez de centrarse en las angustias existenciales de personajes particulares, la otra tendencia de la novela urbana concede más importancia a la emergente metrópoli en tanto estructura social, económica y espacialmente heterogénea. Heredera de clásicos urbanos como *Manhattan Transfer* (1925) de John Dos Passos, el entrecruzamiento de múltiples personajes, episodios y ambientes que coexisten en la urbe puede verse en el magistral fresco que el mexicano Carlos Fuentes pintara de *La región más transparente* (1957); así como en La Habana de nocturnidad, modernidad y revolución que Guillermo Cabrera Infante ofreciera en *Tres tristes tigres* (1967). De manera más caleidoscópica, la complejidad metropolitana se refleja en la pensión bonaerense que Marco Denevi reprodujo, empleando la técnica de la novela detectivesca, en *Rosaura a las diez* (1955); también en el pequeño mundo burocrático del Montevideo de *La tregua* (1960), de Mario Benedetti; o en la vieja casona llena de recuerdos de *Coronación* (1957), en la que José Donoso hizo confluir los pocos pero representativos personajes de un Santiago y un Valparaíso que cambiaban de piel y de referentes culturales.

> «Has venido a dar conmigo, sin saberlo, a esta meseta de joyas fúnebres. Aquí vivimos, en las calles se cruzan nuestros olores, de sudor y páchuli, de ladrillo nuevo y gas subterráneo, nuestras carnes ociosas y tensas, jamás nuestras miradas. Jamás nos hemos hincado juntos, tú y yo, a recibir la misma hostia; desgarrados juntos, creados juntos, sólo morimos para nosotros, aislados, Aquí caímos, qué le vamos a hacer. Aguantarnos, mano»[38].

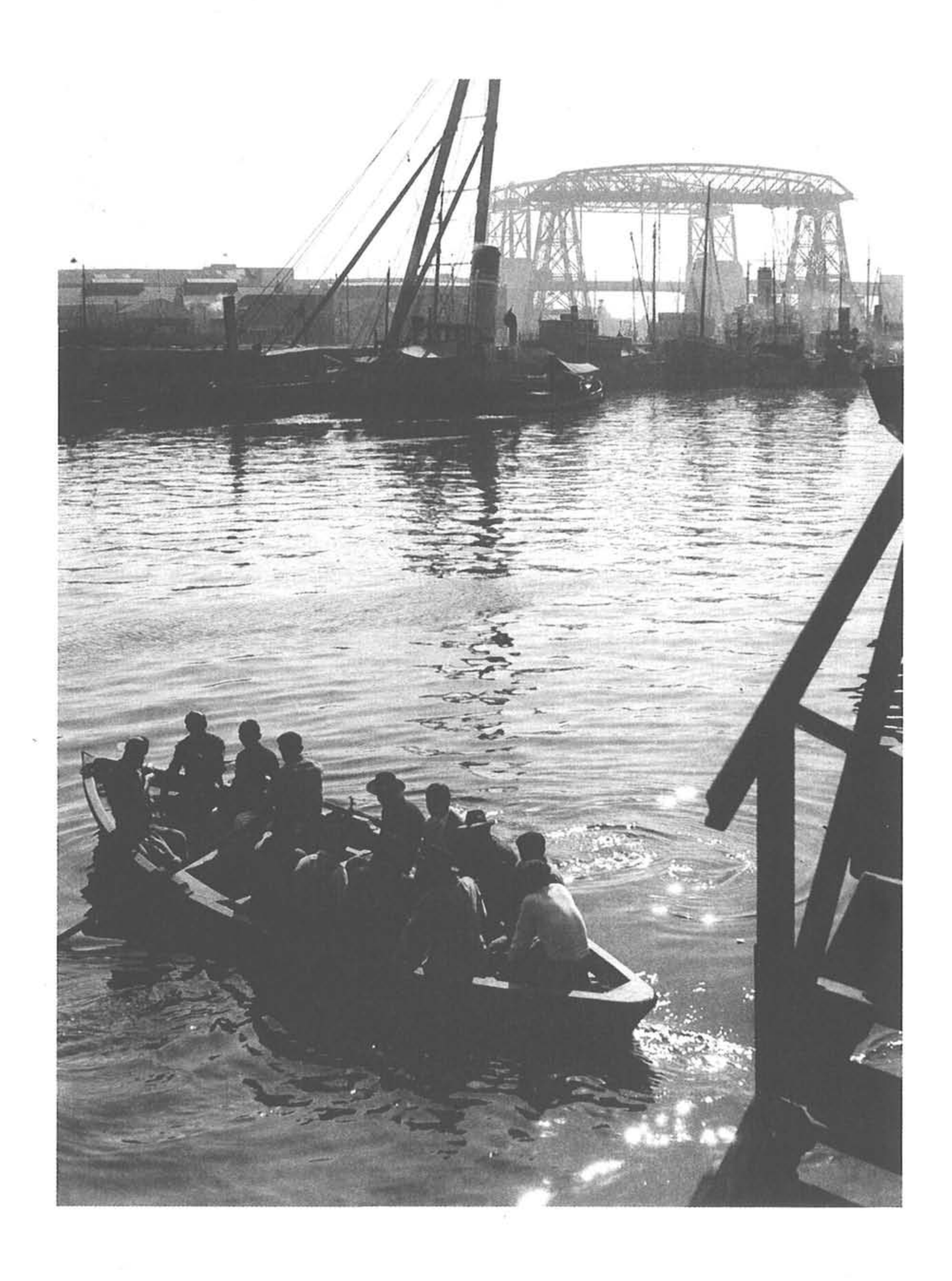
[36] *Me apoyo en la catalogación y ejemplos de María Elena D'Alessandro,* La novela urbana en Latinoamérica durante los años 1945 a 1959*. Caracas: Fundación Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos (CELARG), 1992, pp. 63-64.*

[37] *Ernesto Sábato,* El túnel *(1948). Buenos Aires: Planeta Bolsillo, 1999, p. 150.*

[38] *Carlos Fuentes,* La región más transparente *(1957). Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1986, p. 21.*

Este fragmento del soliloquio con el que Ixca Cienfuegos, uno de los «guardianes» con los que Fuentes parece querer resguardar la unidad dentro de la inconmensurable diversidad de la urbe mexicana, acaso pueda predicarse de varias de las capitales latinoamericanas de mediados del siglo XX. La contrastante heterogeneidad, avivada por los inmigrantes campesinos y foráneos, que borraron definitivamente los restos comunitarios de la villa colonial o de la ciudad burguesa; mezclados a través de esa «sinuosa modernidad latinoamericana» que, como ha señalado García Canclini, evidencia los «desajustes entre modernismo cultural y modernización social»[39]; están entre los factores que llevaron a una nueva fase de complejidad metropolitana de las ciudades de la segunda mitad del siglo XX. El imaginario de éstas sería elaborado por algunos de los autores ya mencionados, así como por nuevas voces del *boom* y de las décadas siguientes.

[39] *Néstor García Canclini,* Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad *(1989). Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1995, pp. 72, 80.*



Buenos Aires. Riachuelo y Dock Sur. Foto de Gustavo Thorlichen.

Arquitectura neocolonial

Ana Meira y Luisa Durán

«Ciudades del Nuevo Mundo: pasan directamente del esplendor a la decrepitud, mas nunca son antiguas (...) Jamás convidan a un paseo fuera del tiempo (...) Para las ciudades europeas el paso del tiempo significa promoción; para las americanas el paso de los años es una decadencia (...) Son perpetuamente jóvenes y nunca sanas».

Esta fue la impresión de Claude Levi-Strauss al visitar el Brasil en 1935. A nuestro entender, la comparación a partir del valor de antigüedad, exclusivo de las ciudades del viejo mundo, subestima las ciudades iberoamericanas. La permanencia de los núcleos iniciales de 1194 asentamientos –225 en el Brasil y 969 en los actuales países hispanoamericanos– fundados por las coronas ibéricas entre la última década del siglo XV y las dos primeras décadas del XIX es de incuestionable valor. Por lo tanto, la historia de la arquitectura occidental tiene una deuda con Iberoamerica. En primera instancia, porque han predominado las perspectivas estilísticas sobre los análisis espaciales, más propios de la disciplina, así como la preferencia por las obras exepcionales y eruditas sobre las obras colectivas y populares. En segunda instancia, porque la literatura mas divulgada, en sus capítulos relativos a la ciudad preindustrial –categoría a la cual pertenece cronológicamente la ciudad colonial–, desconoce, o en el mejor de los casos, cataloga la experiencia iberoamericana como periférica y como un subproducto cultural de Europa.

1

Los primeros estudios sobre la arquitectura y la ciudad colonial, comenzaron en la década de 1910, como parte del arte neocolonial. Aracy Amaral define este movimiento como el conjunto de experiencias artísticas surgidas a comienzo del siglo XX en el continente americano, incluidos los Estados Unidos, que tenían como finalidad establecer un lenguaje formal auténtico. Tienen en común el origen local, el interés por la arquitectura tradicional y dependiendo de la región, por el legado precolombino. For-

man parte de un proceso mayor, de construcción de la identidad cultural iberoamericana y de la reafirmación de las variantes locales como identidades nacionales.

La mayor crítica al neocolonial, de acuerdo con Ramón Gutiérrez, radica en su incapacidad de establecer un método propio y de haber sido absorbido por el eclecticismo, al cual paradójicamente se oponía. La base historicista y los métodos fragmentarios –como el registro de elementos de la arquitectura del pasado para ser copiados–, generaron falsedades históricas y su asimilación como modas figurativas. A pesar de la validez de la crítica, no podemos desconocer los grandes méritos del neocolonial. Fue le primer proceso cultural con fundamentación teórica, surgido desde América con una relativa autonomía; facilitó la entrada de la modernidad; sistematizó los estudios retrospectivos y motivó las políticas de identificación y protección del patrimonio cultural. El neocolonial y la vanguardia moderna, además de la contemporaneidad, tienen en común el rechazo al academicismo y su fundamentación –por lo menos al inicio– en las estructuras filosóficas de punta en ese momento, como la estética neokantiana y las teorías formalistas que afirmaban la autonomía de la obra de arte.

Intelectuales y arquitectos militantes del neocolonial realizaron los primeros estudios sobre la arquitectura tradicional y dictaron las bases para las políticas de preservación del patrimonio histórico y artístico en sus respectivos países. Patrimonio entendido exclusivamente como el de origen colonial y el representativo de un imaginario conservador y monumental. Ramón Gutiérrez destaca dentro de los primeros trabajos, la catalogación de la cartografía urbana colonial hispanoamericana conforme a la estructura de los virreinatos, elaborada por Pedro Torres Lanzas, publicada entre 1900 y 1906 por el *Archivo de Indias* de Sevilla y los inventarios arquitectónicos de las ciudades coloniales de la región del Río de la Plata.

En este contexto, la obra del argentino Ángel Guido (1896-1964) fue trascendental puesto que su producción teórica se centró en incluir con fundamento filosófico el arte americano dentro de la contemporaneidad, implementando las metodologías de análisis formal establecidas por Heinrich Wölfflin (1863-1945) para formular una tesis sobre la fusión hispano-indígena del arte americano:

> Este dramático despertar de nuestra autenticidad limpiamente americana –despertar ya profetizado por eminentes maestros de América, entre nosotros por Ricardo Rojas– late hoy en el corazón de jóvenes artistas de Latinoamérica, conjurados, en derroche de sinceridad, decir lo americano en su propia voz.

Como una inédita actitud para su tiempo, Guido demostró que el arte mestizo y genuinamente americano, retornaría a Europa influyendo algunas obras del barroco ibérico: la sacristía de la Cartuja de Granada (1730-1760) se levanta en el más puro estilo mestizo mexicano. Incentivar el neocolonial significaba para Guido, rechazar el academicismo; sin embargo este camino no lo llevó a la vanguardia moderna, por el contrario, la combatió con fuertes discursos: «Campeones como Le Corbusier y Gropius proclamaron la ridiculez de la imaginación en el arte, la absurdidad del espíritu. (...) lanzaron a la máquina como el mito del arte nuevo». En 1930, año en que fue publicada en Buenos Aires la primera traducción al español de una obra de Le Corbusier *Hacia una arquitectura,* Guido escribió un discurso en francés en contra de él, titulado la *La Machinolatrie de Le Corbusier.*

La documentación del legado colonial fue uno de los pilares de la construcción de las identidades nacionales y por lo tanto la creación de los primeros Centros de Investigaciones fue una importante política cultural. En el Brasil el historiador Gustavo Barroso fue el primer director del Museo Histórico Nacional de Río de Janeiro, fundado en 1922. En él, en 1934, sería fundada la Inspección de Monumentos Nacionales, institución anterior al Servicio del Patrimonio Histórico y Artístico Nacional (actualmente Instituto del Patrimonio Histórico y Artístico Nacional-IPHAN) donde José Wasth Rodrígues colaboró especialmente en el registro de la arquitectura tradicional y fue autor del libro *Documentario Arquitectónico.* En el prefacio se afirma: «(...) el pasado del Brasil se torna el centro, el eje de su arte». Los primeros viajes de documentación de la antigua arquitectura civil brasileña, en forma de dibujos y con orientación de Otto Weiszflog, fueron a Iguape y Minas Gerais en 1918.

> Se vivía la época de los Urupês, de Monteiro Lobato, de Juca Mulato, de Menotti Del Picchia, (...) de la *Revista do Brasil,* donde Mario de Andrade divulgó sus estudios sobre Arte Religioso en el Brasil, época donde en São Paulo se respiraba un clima de brasilidad.

El Laboratorio de Arte de México, también fundado en 1934, daría orígen al Instituto de Investigaciones Estéticas de la Universidad Autónoma de México. Éste se basaba en el modelo del Laboratorio de Arte de Sevilla, al cual estuvieron vinculados Diego Angulo Iñíguez y Enrique Marco Dorta. Siguieron el Instituto de Arte Americano de Buenos Aires fundado en 1946 por Mario Buschiazzo, militante del neocolonial y los otros centros simila-

res en varias capitales como Montevideo, Santiago de Chile, Caracas y Bogotá.

En el Brasil la relación de la arquitectura moderna y la preservación del patrimonio fue una alianza inédita a nivel mundial, puesto que en todos los países, las dos posiciones –la construcción de una nueva arquitectura y la preservación del patrimonio– eran antagónicas e irreconciliables. La preservación del patrimonio brasileño tuvo como protagonistas, en su origen, la vanguardia del movimiento moderno nacional. Además del arquitecto Lúcio Costa, figura clave en ambos procesos, colaboraron en la creación del Servicio de Patrimonio Histórico y Artístico Nacional –SPHAN en 1937, los intelectuales Rodrigo Melo Franco de Andrade, Carlos Drummond de Andrade, Joaquim Cardoso, Manuel Bandeira, Mario de Andrade, entre otros. Son modernos estudiosos de nuestro pasado.

Lúcio Costa, en el inicio de su trayectoria profesional fue adepto del neocolonial. En la década de 1920 realizó viajes de estudios a Minas Gerais para registrar elementos arquitectónicos para ser utilizados en sus proyectos. A diferencia de Ángel Guido, el conocimiento de la arquitectura colonial, especialmente la de la región de minera, convirtió a Lúcio Costa en un militante de la arquitectura moderna y de hecho, en uno de sus más importantes incentivadores. En 1929 escribió refiriéndose a la simplicidad constructiva que tornaba evidente la utilización racional de los materiales:

> Viendo aquellas casas, aquellas iglesias, de sorpresa en sorpresa, como que nos encontramos, quedamos felices y contentos y nos acordamos de cosas que nunca supimos pero que estaban allá, dentro de nosotros.

Continúa el arquitecto: «Caí de lleno en el pasado, en su sentido más despojado, más puro, un pasado de verdad, que era nuevo para mí». Esta experiencia le llevó a realizar una dura crítica a la arquitectura neocolonial y a afirmar que no había ruptura de la arquitectura moderna con el pasado. Éste, representado por la arquitectura colonial lusobrasileña, tenía un espíritu auténtico de la cabeza a los pies. La arquitectura moderna también tenía ese espíritu y por lo tanto representaba el rescate de la verdad. El eclecticismo y el neocolonial pasaban a ser mentiras arquitectónicas.

El proceso de selección de lo que pasó a ser considerado patrimonio tuvo algunos marcos emblemáticos. Minas Gerais fue identificada como la cuna de la civilización brasileña y el barroco minero, descubierto por los modernos, adquiere valor estético y pasa a ser unánime. El barroco minero

dominó el imaginario y las referencias del patrimonio nacional y Ouro Preto fue su principal territorio. Económicamente vacía, la ciudad fue usada como materia prima para un laboratorio de nacionalidad de inspiración modernista dejando la población que allí vivía subordinada a esa visión idealizada.

2

La mayor contribución del Renacimiento a la arquitectura urbana fue concebir la ciudad como un producto humano y como objeto de estudio de una nueva ciencia, específica y autónoma: el urbanismo. Sin embargo, la ciudad nueva, planeada a partir de un trazado y de un sistema de defensa no encuentra suficientes oportunidades de ejecución en Europa. Lewis Mumford nos informa que a excepción de las ciudades coloniales ultramarinas, las ciudades nuevas construidas del siglo XVI al XIX, fueron más bien ciudadelas militares o de residencia para reyes y príncipes, como Versalles, Karlsruhe, Potsdam y Londonderry. La única ciudad nueva construida en Europa en este periodo es Palmanova (1593), concebida como puesto de defensa de la República de Venecia y conformada por un trazado radial en concordancia con un perímetro fortificado. Según Christian Norberg-Schulz, Palmanova es la primera ciudad moderna de Europa. En ese sentido, la urbanización de América fue un gran laboratorio urbano y no se puede entender el Renacimiento sin incluir el análisis de la práctica al otro lado del Atlántico:

> Cuando Bramante, Rafael, Leonardo, Miguel Ángel, Giorgione y Tiziano llevan hasta el límite la búsqueda estilística iniciada en el siglo XV, un grupo de artistas y técnicos más modestos trabajaba para aplicar literalmente en mayor escala los modelos ya definidos, seleccionando más o menos premeditadamente los caracteres transmisibles dentro de aquellos que no lo eran.

La ciudades construidas durante el periodo colonial no son ni renacentistas ni barrocas. Ellas surgen como producto de la tradición urbana milenaria, en un proceso de transferencia de conocimiento e interrelación entre el saber erudito –transmitido principalmente por los ingenieros militares– y el saber popular. La transferencia consiste en la selección, síntesis y reelaboración de los elementos urbanos a ser implementados. Este proceso

según Ramón Gutiérrez es la condensación de los tiempos históricos y la integración de los momentos artísticos

> Desde la remodelación de Tenochtitlán, después de su destrucción por Hernán Cortés en 1521, hasta la inauguración en 1960 del más fabuloso sueño de urbe de que fueron capaces los americanos, la Brasilia de Lúcio Costa y Oscar Niemeyer, la ciudad latinoamericana vino siendo básicamente un parto de la inteligencia, pues quedó inscrita en un ciclo de la cultura universal en que la ciudad pasaba a ser un sueño de un orden y encontró en las tierras del nuevo continente el único lugar propicio para encarnar.

Nos atrevemos a afirmar que la ciudad colonial iberoamericana constituye de hecho, un tipo específico, dentro de una categoría mayor de ciudad tradicional, anterior al Movimiento Moderno. Por ser consecuencia de un proceso sociopolítico y económico de colonización es una ciudad nueva y tiene implícita en su orígen la planeación, siendo el trazado el instrumento regulador esencial. El trazado, en su proceso de adaptación a las determinantes locales –adaptación al lugar, la estrategia de defensa, suministro de agua y recursos, etc–, en busca de un orden espacial, pasa por diferentes grados de deformación geométrica, lo que condiciona la forma y el posicionamiento de las partes, o sea de los elementos de la arquitetura urbana tales como la plaza, la calle, la manzana, los edifícios singulares y la estructura predial, generando una diversidad y riqueza de situaciones espaciales:

3

El último aspecto que abordaremos es la evolución de los conceptos que determinaron los análisis comparativos de las ciudades coloniales de origen español y de origen portugués.

En la literatura especializada más divulgada predominan sistemas de clasificación morfológica de los trazados sobre la base de una noción de orden asociada a esquemas geométricos más o menos regulares. Como anota José Luis García Fernández las analogías del sistema viario y del tejido de parcelamiento son insuficientes si no entran otros factores mas relevantes como el dimensional, que evidencian diferencias muy importantes. Por ejemplo, las grandes extensiones del nuevo continente así como las proporciones monumentales de los asentamientos de las culturas preco-

lombinas más avanzadas superaban la escala de las propuestas urbanas realizadas en el ámbito europeo.

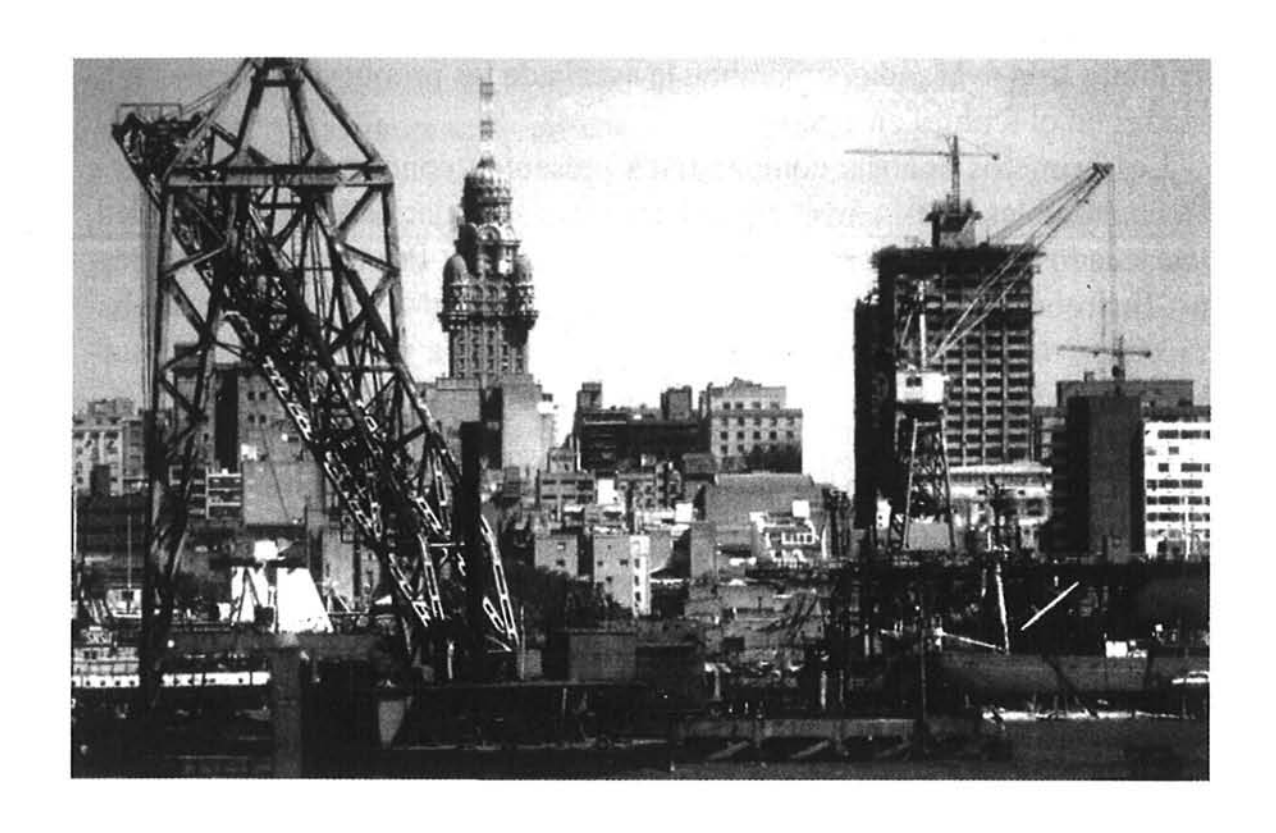
Los primeros análisis comparativos presentan conceptos polarizados e irreconciliables tales como orden, desorden, regularidad e irregularidad, destacando más las diferencias que las semejanzas. Por ejemplo, para Sergio Buarque de Holanda, la ciudad de origen español es fruto de la abstracción y del orden mental mientras que la brasileña es producto del desorden y del azar:

> La ciudad que los portugueses construyeron en América no es producto mental, no llega a contradecir el cuadro de la naturaleza y su silueta se enlaza a la línea del paisaje. Ningún rigor, ningún método, ninguna previsión, siempre ese significativo abandono que contiene la palabra «descuido».

Igualmente, Robert Smith resalta las aparentes diferencias entre las ciudades de origen español y portugués, relacionando la ciudad de origen portugués a la tradición medieval y a una imagen de confusión pintoresca y la de origen español a la tradición renacentista. Afirma el autor que para los españoles sirvieron de antecedentes los postulados de Vitruvio y de los teóricos del Renacimiento, las ciudades romanas, y Santa Fe de Granada mientras que los portugueses jamás seguirían un código, siendo sus ciudades peninsulares, en especial Lisboa con su estructuración en ciudad alta y ciudad baja, el modelo constante.

Autores más recientes demuestran que en el Brasil sí fue desarrollada una ciudad regular y planeada, fruto del conocimiento erudito de los ingenieros militares. Néstor Goular Reis Filho explica que desde la fundación de las primeras ciudades brasileñas, hubo un principio de ordenación que se perfecciona a lo largo del siglo XVIII. Por ejemplo: en el núcleo fundacional de la ciudad alta de Salvador de Bahía observamos una cuadrícula deformada en función de la topografía. Roberta Marx Delson analiza el programa de colonización impulsado por el Marqués de Pombal a partir de la segunda mitad del XVIII, mediante la fundación de una red de nuevas villas basadas en trazados ortogonales y el fomento a la migración de azorianos.

Si observamos los trazados de las ciudades coloniales españolas y portuguesas en América, notamos que predominan las semejanzas por el hecho de tener el trazado como común denominador y que las diferencias más relevantes resultan de la implantación y adaptación al lugar, así como de otras circunstancias específicas, no siendo un factor determinante que sean españolas o portuguesas.



Montevideo. Vista desde el puerto. Foto de Salvador Schelotto.

Grandes operaciones urbanas en Hispanoamérica
Ciudad de México, La Habana, Bogotá, Buenos Aires

Oswaldo Román

Siglo XXI: grandes operaciones urbanas para todas las ciudades

¿Puede un proyecto de ciudad ayudar a que una sociedad supere sus angustias o satisfaga sus anhelos? La reconstrucción de la ciudad europea en la segunda mitad del siglo XX fue una de las grandes iniciativas colectivas que aportaron cohesión a sus maltrechas ciudadanías. Las grandes utopías y las grandes intervenciones urbanas en la ciudad hispanoamericana tal vez apoyen la construcción de una sociedad de la esperanza en el siglo XXI para el continente americano.

Tras un esfuerzo común no ajeno al implícito pacto social en que consiste el urbanismo, en los años ochenta se pusieron en marcha una serie de propuestas de «construcción hacia adentro» de nuestras viejas urbes. Siguiendo las iniciativas de los Docklands de Londres; la Défense de París o bajo un prisma más local, la transformación de Barcelona con la excusa de la celebración de unas Olimpiadas, cada ciudad repensó su naturaleza y se incorporó de una u otra forma a la nueva metodología surgida de la Gran Operación Urbana.

Las consecuencias de la conjunción de conceptos aparentemente irreconciliables como utopía y pragmatismo; planificación y gestión y, en definitiva, gobierno del territorio y acción concreta han aportado una página brillante de transformación de las ciudades.

De nuevo la ciudad entendida como espacio para la libertad individual y la conciliación de confrontaciones de carácter colectivo se inscribe como prioridad en la agenda del futuro, en esta ocasión bajo el nuevo paradigma de la globalización. Se pueden analizar bajo un mismo enfoque intervenciones en Shangai, Berlín o Curitiba y hoy prácticamente todas las ciudades tienen elaborado un amplio catálogo de grandes operaciones.

Un proceso análogo puede observarse en las dos últimas décadas en las ciudades de Hispanoamérica. Los complejos procesos económicos y políticos con ciclos temporales más cortos y diferencias más acentuadas no se

compadecen con la continuidad de acción política e inversión sostenida y constante, precisa para transformar la ciudad.

No obstante, esta breve reflexión pretende enumerar algunas iniciativas que aportan visiones propias y conceptos autónomos desde el ámbito hispanoamericano para el manejo de la ciudad. Se trataría de incidir más en las actitudes individuales que dan respuesta a problemas colectivos a través de la concepción de grandes operaciones, que en la descripción de las mismas.

En algunos países y tal vez a la vista del papel iconográfico del hecho urbano, se han elaborado propuestas de interés en los últimos años como concreción física de cuestiones a veces de índole inmaterial.

En un continente urbano como es América y donde la previsión del crecimiento metropolitano aparece inabarcable, la ciudad es el espacio colectivo donde los conflictos surgen de manera más explícita. Una ciudad sobre la que hay una erudita tradición de formalización de planes. Donde los más insignes arquitectos, los maestros de otras épocas y de la actual han dejado apasionadamente sus propuestas teóricas. Una ciudad cuyo crecimiento casi siempre ha contradicho las propuestas de los académicos y ha llegado a percibirse como un espacio fuera de control al que es imprescindible conducir.

Formalidad e informalidad. Dos ciudades en la ciudad hispanoamericana

La realidad de la ciudad americana es que como mínimo y de forma muy simplificada no hay una ciudad sino dos hechos físicos urbanos coexistiendo espacialmente sobre una geografía política y un territorio común. La fragmentación social que conduce a una aguda segregación espacial adquiere cotas impensables en algunas ciudades americanas.

Existe la ciudad formal conducida desde los poderes administrativos, ordenada, dotada de infraestructuras, donde encontramos unos niveles de equipamiento, zonas ajardinadas, con áreas de oficinas y tejido residencial de increíble calidad. Muy cerca, a pocos pasos se extiende «la otra ciudad» la ciudad informal, construida directamente por los pobladores, fértil, vital, peligrosa y resistente, creciendo a un ritmo imposible de contemplar por la acción planificadora.

Fruto de la violencia en el medio rural, la inexistencia de oportunidades laborales, las políticas económicas simplistas de algunos gobiernos, el miedo, la duda, etc., la ciudad flexible, gradual en la consolidación de sus logros, solidaria, colectiva, es la gran ausente de los debates sobre la conducción del proyecto territorial.

El futuro de Hispanoamérica se juega en distintos niveles pero sin duda un lugar importante en esa agenda de trabajo lo ocupan las ciudades. El reto de los futuros gobernantes del territorio urbano americano y de los profesionales que elaboren las propuestas de acción concreta, es abordar los problemas de los barrios con menos recursos que forman esa gran masa ignorada de ciudad y, en paralelo, construir proyectos planificados y cultos en algunas ciudades en torno a grandes intervenciones urbanas que sirvan como marco de debate a cuestiones de mayor calado que atienden a la simbología, la seguridad, la identidad y a otras cuestiones de carácter general.

Análogamente a la visión de recuperación portuaria y reequilibrio existente tras los Docklands de Londres; de construcción de un eje ilustrado que profundiza en una nueva centralidad, utilizando la geometría urbana como expresión de poder existente de la Défense de París, o la apuesta de transformación global de una ciudad tras la excusa eficiente y poética de abrirla al mar como Barcelona, en algunas ciudades americanas podemos ver interesantes actuaciones con dimensión cuantitativa y vocación cualitativa suficientes para transformar porciones importantes de la ciudad y servir de palanca para un cambio social.

Veremos solamente los casos de México D.F., La Habana, Bogotá y Buenos Aires como ejemplo de ciudades hispanoamericanas, en los que se han producido alguna de esas grandes intervenciones.

Un proyecto de futuro: la ciudad de México o el reencuentro soñado con el agua

La señal divina se manifestó frente a sus ojos: sobre un nopal, el águila desgarraba una serpiente. Era el final de la peregrinación. Habían transcurrido poco más de dos siglos desde su inicio.

> Llegaron entonces
> allá donde se yergue el nopal.
> Cerca de las piedras vieron con alegría
> cómo se erguía una águila sobre aquel nopal.
> Allí estaba comiendo algo,
> lo desgarraba al comer.
> Cuando el águila vio a los aztecas,
> inclinó su cabeza...

En aquel sitio, un islote en mitad del agua, los aztecas fundaron México-Tenochtitlan en el año 1325. La ciudad de México está asentada sobre

un lago. En esa espléndida urbe, se rompe la teoría de las dos ciudades coexistiendo en una, la de los ricos, formal o planificada y la de los pobres, informal o autoconstruida.

El inmenso territorio que ocupa Ciudad de México permite albergar una ciudad de ciudades en las que sin solución de continuidad se transita por los fragmentos sociales más lejanos, donde habitan tal vez 20 millones, ¿quién lo podría saber? de seres humanos, era en el origen una isla en mitad de un lago.

Hace 30 años un grupo de ingenieros concibió una iniciativa recogida bajo el nombre de Proyecto Texcoco que proponía la reinversión de un proceso de desecación del área lacustre de la vieja Tenochtitlan de los aztecas recuperando su naturaleza lacustre.

Los problemas de sostenibilidad ambiental derivados del enorme consumo de agua de un gigante urbano como Ciudad de México, las inundaciones periódicas y el hundimiento de amplias zonas, condujo a aquellos ingenieros a reflexionar en clave de oportunidad lo que cabía definir como un problema. No ir en contra de la naturaleza, analizando la existencia del agua como factor de orden, equilibrio y potencialmente positivo.

En momentos en los que se consideraba una respuesta más próxima a la modernidad, desecar el sistema lacustre, el proyecto no encontró el suficiente apoyo. Últimamente y tal vez debido al nuevo enfoque aportado al desarrollo urbano desde la disciplina medioambiental, un grupo de arquitectos entre los que se encuentran grandes maestros como Teodoro González de León y jóvenes profesionales reconocidos como Alberto Kalach han retomado inicialmente desde el ámbito académico y posteriormente abriéndolo a la sociedad, el debate sobre la pertinencia de caminar con otra ruta y retomar el noviazgo perdido de la ciudad de México con el lago.

Básicamente se trata de una actuación de ingeniería hidráulica inversa a la que se produjo en 1900 cuando se inauguró el sistema de desagües del Valle de México en orden a evitar inundaciones. Apoyándose en una rehidratación de los cauces derivados de la utilización de aguas residuales tratadas debidamente y de las propias aguas fluviales, se potenciaría en un intervalo de 20 años la recreación del sistema de canales y los lagos de Texcoco, Chalco, Xochimilco, Xaltocan y Zumpango. Una racionalización del consumo de agua apoyaría la iniciativa.

La idea es espectacular. Retomar la vocación de la Ciudad de México de contacto con sus lagos presenta al menos tres lecturas. La primera de carácter formal y urbano puesto que la creación de un «litoral interior» de dimensiones enormes ofrece unas oportunidades evidentes de redefinir físicamente la ciudad con opción a apostar por la calidad de un borde costero, urbano, interior y singular.

La segunda es de carácter económico ya que la puesta en valor de áreas extensas de la ciudad y la exorbitante necesidad inversora para llevar a efecto esta remodelación urbana y sus ingenierías consecuentes puede ser un factor de dinamización económica.

Por último la tercera lectura es de carácter simbólico. Es difícil encontrar una causa común para 20 millones de individuos y complicado, el transmitir la esencia de un proyecto que a todos interese. Las posibilidades que ofrece la idea de recuperar el agua, el referente del escenario fundacional y la creación de una iniciativa común para positivizar las inquietudes de un colectivo con los grados de complejidad de los habitantes de la Ciudad de México, que tiene el «abrirse hacia adentro» a un sistema de lagos y canales, es potencialmente notable.

Como el resto de ejemplos de grandes operaciones urbanas, la propuesta presenta aspectos dudosos como puede ser el desplazamiento de población y las garantías de su realojamiento en condiciones dignas. No obstante, interesan a efecto de este escrito más como idea que como acciones detalladas de gestión. Basta como ejemplo significar que en el mayor de los lagos, el de Texcoco, está previsto como un hito dentro de otro, la construcción del nuevo aeropuerto para Ciudad de México ¿Se hubiera conocido con igual intensidad la transformación de la ría de Bilbao, auténtica apuesta por redefinir la ciudad, sin el edificio del museo Guggenheim?

No está muy claro si el aeropuerto será la «culminación» de un proceso más ambicioso y más complejo o si la necesidad de nuevo aeropuerto sea la «palanca» que induzca a la recreación del lago de Texcoco. Excusa o consecuencia, el hecho cierto es que los retos técnicos y políticos que abre la operación son de enormes dimensiones.

En todo caso el sueño colectivo que está detrás de esta propuesta de apariencia utópica será un motor de generación de identidad colectiva para los habitantes de la Ciudad de México y sin duda una de las grandes operaciones urbanas por las que merece la pena apostar y observar su evolución en los primeros años.

Un proyecto en desarrollo: La Habana o el reencuentro práctico con la historia

No sería de justicia repasar, aun cuando sea superficialmente, las operaciones urbanas en la ciudad hispanoamericana o mejor las actitudes y

sueños escondidos tras los protagonistas de dichas intervenciones, sin reseñar la recuperación del Centro Histórico de La Habana.

Gran intervención sostenida en el tiempo, hecha desde la apuesta cultural cuando hace aproximadamente 25 años, el Historiador de la Ciudad recién nombrado Eusebio Leal comenzó un proceso de recuperación patrimonial, sin duda ya descrito pormenorizadamente en otros lugares y que pertenece a un tipo de operación ampliamente abordada en muchas ciudades con centros históricos de interés en América y Europa. No obstante, la iniciativa de La Habana presenta algunas particularidades sobre las que conviene reflexionar y que otorgan un sentido integral y unitario al proyecto que lo convierte en gran operación.

La primera característica a resaltar es la existencia de un Plan Maestro o propuesta de planificación inicial tras la declaración de La Habana Vieja como Patrimonio de la Humanidad en 1982, con una vocación de cumplimiento muy aceptable a lo largo del tiempo y a la que no es ajena la cooperación española.

La segunda es la existencia de un gestor excepcional al frente de una estructura profesional y de un órgano de actuación específico con una continuidad en casi 25 años que ha permitido actuar en lo concreto y pensar en lo estratégico y siempre por el mismo responsable.

En tercer lugar cabe destacar la conjunción en la iniciativa de una visión absolutamente práctica y una utopía de difícil concreción. Por un lado se ha creado un conjunto de empresas específicas para administrar locales de carácter turístico, empresas de construcción, de promoción, etc. que ha permitido realmente transformar la ciudad y reinvertir todos los beneficios operativos en la misma y única finalidad de reconstrucción del Centro Histórico poniendo en uso el excepcional patrimonio urbano de La Habana Vieja. Oficinas, hoteles, restaurantes, centros culturales, escuelas, museos y viviendas se van rehabilitando con este singular ejército de sistemas empresariales configurados al respecto.

Por otro lado convive con la máxima practicidad, la máxima poesía. La Habana ha permanecido con su Centro Histórico casi intocado porque alguien, gracias al destino, se olvidó de su existencia como prioridad inversora pública o privada.

Los guardianes del equilibrio territorial de La Habana impidieron iniciativas de transformación que hubieran desvirtuado el frágil tejido del Centro Histórico. Basta recordar el megahotel en algunos momentos propuesto en la esquina del Malecón con Prado y finalmente rechazado gracias a la astucia de su incorporación a escala en esa maravilla que es la Maqueta de

La Habana. ¿Cuántas ciudades pueden permitirse rechazar propuestas por un método tan explícito, como que las autoridades observen la realidad del nuevo artefacto arquitectónico impactando en el entorno urbano? ¿Cuántas aberraciones escondidas tras la póstuma denominación de «hitos arquitectónicos» no se hubieran podido evitar?

No obstante La Habana se preservó por la acción de quienes velaban por su esencia y porque la prioridad pública en los años 60 y 70 fue el reequilibrio territorial de Cuba con prioridad inversora en el mundo agrícola.

Ahora bien, la preservación por sí misma sin recursos para la recuperación puede conducir a la destrucción patrimonial. Cuando al principio de los 90 en pleno periodo especial se conjugaban en simultáneo, escasez de recursos financieros, falta de mantenimiento de los edificios y proyectos todavía incipientes, desde la Oficina del Historiador, retornar a La Habana en ocasiones significaba recontar los huecos producidos por los derrumbes de edificios en un espléndido tejido histórico.

Sólo con una voluntad decidida se consiguió ir recuperando tras las grandes fortificaciones del puerto, manzana a manzana residencial de la Habana Vieja, incorporar oficinas comerciales donde había el edificio de la Lonja de Comercio, hoteles en almacenes o viejos hoteles recuperados, espacios públicos, etc., haciendo complejísimos procesos de realojo temporal de las familias en un sistema en el que la prioridad de alojamiento pasa por otras agendas. Desde La Habana Vieja la extensión al otro lado de Prado, a Centro Habana, al Malecón, a San Isidro donde el factor social es el más importante, el vector de colonización de la recuperación tenaz, sistemática y real ha sido creciente.

Algunos cuestionamientos desde metodologías en ocasiones teóricas se han hecho a una apuesta tal vez turística en exceso del proyecto con un incierto tratamiento de la población existente. El esfuerzo por combinar políticas, apoyo social, fundamentalmente de ancianos, mujeres y niños, con políticas de rehabilitación de edificios, ha sido notable en los últimos tiempos.

Es posible que hoy la Habana Vieja pertenezca menos a sus originales pobladores y más a todos los habaneros, los cubanos, incluso a todos los extranjeros, pero no cabe duda de que La Habana desde hace 25 años se convirtió de un problema, en la más grande oportunidad de Cuba y en parte ello se debe a un singular proyecto y gran operación urbana integrada y a las excepcionales actitudes del grupo de profesionales que han hecho realidad el sueño de la puesta en valor de uno de los mejores patrimonios arquitectónicos de Hispanoamérica.

Un proyecto ejecutado: la ciudad de Bogotá o el reencuentro con la belleza desde la supervivencia

Si hay una ciudad donde la esperanza de futuro sirve para enmascarar las inquietudes, es Bogotá. ¿Cómo planificar desde y para una ciudad en la que algún intelectual local define la geografía del miedo? Hay quien hace planes en el lugar de lo inmediato y adicionalmente tiene la vocación y la voluntad suficiente como para transformar el orden abstracto del urbanismo en construcción física real del territorio urbano, generando con ello una forma de esperanza en los ciudadanos.

Colombia es uno de los países hispanoamericanos donde las contradicciones son más bellas. Un país con una base agrícola cierta, con un soporte natural excepcional al fragmentarse en tres cadenas montañosas los Andes sudamericanos, es simultáneamente uno de los países americanos donde lo urbano es más potente y que presenta un sistema de ciudades real.

En estos momentos las dificultades de comunicación derivadas de la inseguridad entre las piezas del sistema, dificulta una eficiente actuación en red de las mismas, pero la riqueza potencial de Bogotá, Villavicencio, Cali, Medellín, Pereira, Armenia, Cartagena, Barranquilla, etc. es parte del futuro colombiano.

Tal vez por ello en Colombia hay una tradición no frecuente en América de política urbana y planeamiento. En 1997 la Ley 388 puso en marcha el mecanismo, de redacción de los denominados Planes de Ordenación Territorial POT de las ciudades componentes del sistema, estableciendo un escasísimo plazo de 18 meses para culminar el proceso de su formulación. La riqueza de trabajo profesional, esfuerzo económico y compromiso político que se ha producido tras la idea de repensar colectivamente la ciudad colombiana, sólo tendrá sus frutos con el transcurso del tiempo. No obstante, alguna actitud interesante de reflejar y operación a escala ciudad ya ha cosechado.

En este caso merece resaltarse la idea combinada de dos políticos locales, los alcaldes de Bogotá Antanas Mockus y Enrique Peñalosa. El sistema político colombiano impone un cortísimo periodo de mandato gubernativo de 3 años y la imposibilidad de reelección inmediata, permitiendo posteriores postulados. En ese tiempo sería imposible transformar físicamente nada salvo la fortuna para la ciudad de Bogotá de tener de forma sucesivas dos personalidades al frente de la alcaldía, ambas positivas, con facetas complementarias. Sin afán descriptivo, que no corresponde a este espacio, brevemente hay que reseñar que el alcalde Mockus, académico, fue gran impulsor de procesos de participación imaginativos que redignificaron la ciudadanía y se conectaron perfectamente con la posibilidad

eficiente en la gestión y en el manejo del gasto público del siguiente alcalde Peñalosa.

El resultado para Bogotá ha sido excepcional, desde la construcción de una red de bibliotecas públicas donde destaca la Biblioteca Virgilio Barco magistralmente proyectada por el arquitecto Rogelio Salmona, a la peatonalización parcial del eje transversal de la Avenida Jiménez, que une conceptualmente y físicamente los espléndidos Cerros de Bogotá con el centro urbano, también obra de Salmona en la que el sutil tratamiento con material cerámico de las superficies va conduciendo los diferentes tramos.

La reconocida operación del Transmilenio que permite un transporte colectivo de autobuses por superficie y con carril específico protegido físicamente, otorga una nueva dignidad y libertad a los ciudadanos y permite la utilización de transporte público fundamentalmente para los más necesitados, la rehabilitación del centro histórico allí llamado La Candelaria, son muestras del menú de iniciativas incorporado al POT y hecho realidad por estos dos políticos.

En la medida en que muchas de estas actuaciones son más conocidas, puede ser interesante reseñar otra gran operación en Bogotá desarrollada en el centro neurálgico de la ciudad. En la zona trasera al edificio de gobierno municipal, a dos minutos del Palacio de Gobierno y a la Plaza de Armas existía construyéndose desde el miedo, la marginalidad, las drogas, un espacio de posiblemente 3 hectáreas denominado popularmente El Cartucho donde pocos se atrevían a simplemente cruzar en automóvil.

Sobre el espacio de la máxima conflictividad, lugar destacado en aquella geografía del miedo, el ayuntamiento decidió ubicar el denominado Parque del Milenio, dotando al centro con un espacio libre urbano de calidad como símbolo de la prevalencia de los valores ciudadanos por encima de los problemas aparentemente irresolubles de una sociedad demasiado castigada.

Se dotaron de un instrumento de gestión urbana, la empresa pública de Renovación Urbana. El trabajo social fue excepcional y la habilidad negociadora con los industriales del entorno, los de San Vitorino y su reubicación y reconducción en lugares nuevos, es digna de un exhaustivo análisis que supera estas reflexiones.

El Parque del Milenio, que era más difícil de hacer y de crear, que parecía una utopía sacada del realismo mágico de Colombia, es una realidad y una vez más los bogotanos se reencontraron con la belleza desde una situación de supervivencia. El Parque del Milenio es la apuesta de una gran operación dentro de un conjunto de grandes operaciones previstas en el Plan de Ordenación Territorial de Bogotá, que supone el triunfo de la eficacia, la constancia y la fe por construir un espacio físico como símbolo de una voluntad colectiva de apuesta por un futuro mejor.

Un proyecto con pasado: Buenos Aires o el reencuentro ciudadano con el río

En Argentina los ríos son tan grandes que cuando se habla de canciones de la ribera son maravillas musicales populares de tierras interiores situadas a cientos de kilómetros del mar, que están fecundadas por ríos enormemente anchos. Que una capital mundial como Buenos Aires, que la ciudad hispanoamericana de corte más europeo diera la espalda a su río, era una asignatura pendiente.

La Operación de Puerto Madero está muy estudiada y descrita con profusión en otros lugares pero parecería inadecuado hacer una reflexión sobre grandes intervenciones en ciudades hispanoamericanas y no hacer referencia a ella. La remodelación de Puerto Madero para muchos es la operación urbana hispanoamericana por antonomasia de los últimos 15 años. Básicamente consiste en la reutilización con fines comerciales de 16 grandes almacenes portuarios construidos en ladrillo visto a principios de siglo, como bodegas, docks o tal y como lo denominan allí galpones, que funcionaban como depósitos del puerto construido a finales del siglo XIX en Buenos Aires.

El enorme desarrollo de la economía argentina de inicios del siglo XX, dejó obsoletas las instalaciones y durante décadas formaron un enorme tapón entre la Plaza de Mayo con su más institucional edificio la Casa Rosada, y el río. Los almacenes, un bulevar de costa o Costanera y una viejas vías de ferrocarril, formaban linealmente a la costa del río una sucesión de barreras que impedían el contacto de la ciudad con el magnífico Río de la Plata.

A finales de los ochenta y con una clara referencia a las iniciativas de la época en Barcelona, ciudad conocida en sus estrategias urbanas por impulsores del proyecto como el arquitecto Fredy Garay, se formaliza la denominada Corporación Puerto Madero, cuyo carácter interinstitucional le permitió actuar eficazmente sobre los temas en orden a enajenar en sucesivas convocatorias los aproximadamente 160.000 m^2 de almacenes más los 200.000 m^2 de otros edificios que se elevaban sobre los viejos terrenos de carácter portuario.

La mezcla de usos residenciales, universitarios, comerciales y de negocios entre los que destacan los vinculados al ocio, ha permitido desde una apuesta por el modelo de ciudad compacto y multifuncional, integrar la pieza urbana en el tejido circundante y abrir funcionalmente la ciudad al río.

La recreación de un nuevo lugar común de encuentro ciudadano más allá de la Plaza de Mayo ha sido un éxito.

Tras recuperar su tradición democrática en los ochenta, la sociedad porteña repensó su ciudad desde un escenario de libertad refleja, entre otras iniciativas, en un documento sobre 20 ideas para Buenos Aires, sus aspiraciones y sueños de futuro.

Hubo iniciativas de distinto calado, algunas como el Paredón de Retiro y otras que siguen todavía en el complejo proceso de definición. Puerto Madero es una realidad y lo es gracias al empeño unitario de los poderes públicos y a la incorporación del empresariado privado, inicialmente de carácter internacional, que reconoció el manejo desde la gestión eficaz de la operación al trocearla e irla adecuando a las posibilidades reales y veces cambiantes del mercado argentino.

La operación de Puerto Madero, un clásico dentro de las grandes intervenciones urbanas hispanoamericanas, puede valorarse positivamente en el aspecto urbanístico al abrir la ciudad al Río de la Plata, en el aspecto económico al conformar una zona de calidad en la producción de servicios y actividad inmobiliaria y en el aspecto simbólico al construir un nuevo espacio cívico de referencia para el habitante de Buenos Aires.

Conclusión

En estas notas de reflexión se ha querido poner de relieve la importancia en la conducción del gobierno del territorio de la ciudad. La ciudad no es un artefacto inmutable, puede transformarse a mejor. Son ejemplos de ello el sueño ingenieril de convertir la Ciudad de México en un paraíso de agua dotando a los ciudadanos de una ilusión colectiva, la idea de salvar un patrimonio único en peligro de extinción en La Habana desde una combinación de pragmatismo y poesía, la tenaz lucha de unos valientes alcaldes electos para transformar los espacios del miedo en Bogotá en espacios del equilibrio y por último la colaboración continuada del sector privado en un proyecto colectivo para introducir el Río de la Plata en la conciencia de Buenos Aires.

Son las actitudes personales de vocación por la transformación de la geografía urbana las que con sus apuestas, desde lo político o la técnica, hacen realidad estas grandes operaciones en un intento de construir la ciudad hispanoamericana como un espacio para la expresión de la cultura, para el ejercicio de la libertad y el desenvolvimiento normal de las actividades de los ciudadanos.



Arequipa (Perú). Vista panorámica.

Formación en arquitectura y urbanismo desde una perspectiva iberoamericana

Salvador Schelotto[1]

1. La universidad en discusión

La institución universitaria está en cuestión en el mundo presente. Diversas fuerzas contrapuestas la tensionan. En particular la Universidad Pública está siendo requerida por crecientes demandas sociales[2] al tiempo que su rol en el contexto social está siendo debatido desde diversos puntos de vista.

El debate actual está planteado entre modelos universitarios que privilegian el desarrollo de la educación superior y la creación de nuevos conocimientos encuadrada en los criterios hegemónicos de un orden mundial globalizado y gobernado al margen de los controles democráticos, y modelos que procuran recrear y actualizar los principios que han guiado las orientaciones universitarias por varios siglos en cuanto a contribuir al desarrollo científico, generar conocimiento original, establecer relaciones dinámicas y productivas con los colectivos sociales y formar los recursos humanos que los nuevos requerimientos sociales están demandando.

Compartimos plenamente la Declaración de la Conferencia Mundial sobre la Educación Superior de París en 1998 que rechaza el concepto del conocimiento como mercancía y sostiene que los derechos intelectuales y culturales derivados de la investigación deberían utilizarse en provecho de toda la humanidad; y desarrolla, al mismo tiempo, el concepto de pertinencia social con un espíritu amplio en el sentido de establecer una estrecha vinculación con el mundo del trabajo pero sin limitarse a ello, procurando atender las demandas de la sociedad, en particular de los sectores más desfavorecidos.

[1] *El autor es arquitecto y decano de la Facultad de Arquitectura de la Universidad de la República, Uruguay.*

[2] *Ver:* La Universidad Pública en la respuesta iberoamericana a la globalización, *Jorge González, Miguel Rojas Mix, Jorge Brovetto, organizadores; Córdoba, Argentina, 2003.*

2. Algunos dilemas

1. La educación superior entendida como mercancía o como bien social

La aplicación ortodoxa en algunos de nuestros países de los lineamientos económicos conocidos como «consenso de Washington» determinó una profunda crisis fiscal del Estado enmarcada en el agotamiento de un modelo de desarrollo basado en el sobreendeudamiento y la preeminencia del sector monetario de la economía sobre el sector real de la misma. En ese contexto, se produce un fuerte recorte y desfinanciamiento de los recursos destinados a apoyar el desarrollo científico y técnico. Todo ello ha ambientado una ofensiva contra la universidad pública y los fundamentos básicos que la inspiran, promoviendo la noción de la educación superior como mercancía.

A partir de la Conferencia Mundial sobre educación superior promovida por UNESCO en París 1998, se ha consolidado una concepción de la educación superior profundamente enraizada con la tradición universitaria iberoamericana, considerando esto como factor esencial de desarrollo económico y social.

No obstante ello, las tendencias neoconservadoras han avanzado en la promoción de la educación superior como mercancía. Los recientes avances registrados en la Organización Mundial del Comercio (OMC) en cuanto a la intencionalidad de liberalización del «mercado» de la educación superior y las políticas seguidas en esa dirección han colocado en la agenda este debate.

La ofensiva a favor de la privatización e internacionalización de la educación superior expresa una línea exactamente opuesta a la propiciada por la UNESCO. A propósito de esto Marco Antonio R. Días destacaba recientemente[3] la naturaleza de la ofensiva por incluir la enseñanza superior como uno de los doce sectores de servicios en el marco del Acuerdo General sobre el Comercio de Servicios (AGCS) de la OMC, y también las características de la resistencia de algunas de las organizaciones universitarias de Europa y de América del Norte, y el espíritu que había primado en París en 1998 en defensa de la educación superior como bien público[4].

[3] *Días, Marco Antonio R. (2002),* Educaçao superior: bem público ou serviço comercial regulamentado pela OMC? *Porto Alegre, 2002, documento para la Reunión de Rectores de Universidades Públicas Ibero-americanas-III Cumbre iberomericana de Rectores de Universidades Estatales.*

[4] *Ver la* Declaración Mundial sobre la Educación Superior en el Siglo XXI: visión y acción, *aprobada el 9.10.98. El autor destaca los aportes para este documento de Jean Marie de Ketelle.*

2. Formar para un mercado de trabajo o para la sociedad del conocimiento

Con frecuencia se escucha la queja o el reclamo de que la universidad no forma a los jóvenes para insertarse adecuadamente en el mercado de trabajo. Cuando escucho esta afirmación no dejo de pensar que se incurre no sólo en una falacia sino además que se pretende que los objetivos y fines tradicionales de la institución universitaria se vean severamente limitados y transgredidos. Algunos imaginan una universidad que se proponga generar un «producto» competitivo de inmediata aplicación en el mercado de trabajo. Por el contrario, estoy cada vez más convencido de que la apuesta debe ser «formar para lo desconocido»[5], por cuanto la incertidumbre y la velocidad de los cambios requieren por sobre todo de individuos preparados para enfrentar exitosamente situaciones nuevas y cambiantes.

La sociedad del conocimiento está instalada entre nosotros y sus requerimientos, propios de una realidad en evolución incesante, determinan que no sea posible una expectativa de educación terminal, dada la inevitable obsolescencia del conocimiento científico y técnico.

Una anécdota: en el camino desde mi casa hasta la Facultad de Arquitectura todas las mañanas me enfrento a un cartel publicitario de una entidad universitaria privada en el cual la imagen de un bebé con toga y birrete promueve el lema «asegura el futuro de tu hijo». No puedo menos que sonreír frente a la simple y efectista estrategia de ventas que procura apelar a la arraigada tradición mesocrática uruguaya, específicamente a las familias que a través del paradigma de «m'hijo el dotor» aplicaban una estrategia de movilidad social ascendente. Hoy día un título universitario no es póliza de seguro ni garantía alguna de ascenso social, prosperidad o éxito profesional y personal (¿lo fue alguna vez?)

3. Desarrollar un modo de conocimiento autista y ensimismado o un modo de conocimiento arraigado en el estudio de los problemas que emergen del proceso social

Una de las transformaciones fundamentales de nuestro tiempo se refiere al qué se conoce y cómo se conoce. Como sostiene Enrique Rubio, «la

[5] *Título de un trabajo de Jorge Brovetto, ex-rector de la Universidad de la República:* Apuntes para la teoría y práctica de un modelo universitario en construcción; *Montevideo, Universidad de la República, 1994.*

gravitación de la actividad intelectual en los procesos de trabajo continuará creciendo; la fuerza de trabajo, los medios de producción y los productos integrarán cada vez más conocimientos»[6].

Michael Gibbons nos habla del creciente desarrollo que se viene registrando en el llamado «Modo de conocimiento 2» como superación y alternativa del «Modo 1», ilustrado y cientificista. El concepto que encierra el Modo 2 (M2), desarrollado en los trabajos de Gibbons[7], supone una actitud nueva y abierta, se lleva a cabo en un «contexto de aplicación». Mientras el M1 es disciplinar, homogéneo, jerárquico, el M2, en cambio, va más allá de las disciplinas, es integrador o transdisciplinar, heterogéneo, más heterárquico que jerárquico, apela a dispositivos transitorios, y es más socialmente responsable que el M1. Está planteada la alternativa de seguir practicando rutinas y formas de trabajo tradicionales y autorreferidas o, por el contrario, modalidades innovadoras. Esto nos habla de una sociedad que puede ser más abierta y de una comunidad académica y científica que se integra de un modo diverso en la misma, promoviendo la innovación a la vez en la academia y en la sociedad.

4. Enfocar el esfuerzo formativo sobre los problemas o sobre los cortes disciplinares

La esencia misma de la educación superior debe atender a conjugar los principios de excelencia, pertinencia y equidad, en forma equilibrada y armónica[8]. Ello habla de los objetivos humanísticos que encierra todo proceso formativo en ese nivel. Si bien es cierto que para alcanzar un adecuado nivel de interdisciplina es preciso construir sobre la base de un conocimiento disciplinar fuerte, no es menos cierto que el conocimiento se logra generar a partir de la interrogación que surge del análisis de problemas complejos que no suelen reconocer cortes disciplinares netos. En el pasado, el avance de la ciencia requirió una fuerte afirmación disciplinar. En la actualidad, el imperativo es trascenderla.

La formación de posgrado tradicionalmente ha sido enfocada al menos desde dos grandes perspectivas: la de la generación de especializaciones y

[6] *Senador de la República. Tomado de* «La disputa por Eureka», *inédito, Montevideo, 2003.*

[7] *Gibbons, Michael, y otros (1997, ed. original 1994):* La nueva producción del conocimiento. La dinámica de la ciencia y la investigación en las sociedades contemporáneas, *Pomares-Corredor, Barcelona.*

[8] *Brovetto, Jorge, op. cit.*

la de los abordajes interdisciplinarios; en la actualidad este debate ha sido incorporado a los estudios de pregrado. Pienso que esta tendencia deberá enfatizarse en el futuro inmediato. Quienes puedan interpretarla más acertadamente podrán aproximarse mejor a la adecuada conjugación de los tres principios señalados.

5. Internacionalización o especificidad cultural

El proceso de mundialización, acelerado en las últimas décadas, ha traído, como una de sus principales consecuencias, la creciente internacionalización de las relaciones económicas, sociales y culturales. Las identidades nacionales y locales están jaqueadas o en crisis. Todo ello ocurre en un ambiente internacional de fuerte hostilidad a la diversidad cultural en el que la presión a favor de la socialización planetaria del conocimiento es tan fuerte que el proceso de homogeneización cultural es casi irresistible. En el plano universitario se ha llegado a hablar de la posibilidad de generar un «Campus mundial» en el mediano plazo.

Mientras, los esfuerzos de UNESCO se dirigen precisamente a reconocer, afirmar y desarrollar la diversidad cultural y a la defensa de las particularidades y características propias de las diferentes comunidades como un componente principal de los modelos de desarrollo económico y social[9].

Tal como lo señalan las conclusiones de la reciente reunión de la Asociación de Universidades del Grupo Montevideo[10], es necesario asumir y

[9] *Artículo 8-*Los bienes y servicios culturales, mercancías distintas de las demás. *Frente a los cambios económicos y tecnológicos actuales, que abren vastas perspectivas para la creación y la innovación, se debe prestar una atención particular a la diversidad de la oferta creativa, a la justa consideración de los derechos de los autores y de los artistas, así como al carácter específico de los bienes y servicios culturales que, en la medida en que son portadores de identidad, de valores y sentido, no deben ser considerados como mercancías o bienes de consumo como los demás.*

...

*Artículo 10-*Reforzar las capacidades de creación y de difusión a escala mundial. *Ante los desequilibrios que se producen actualmente en los flujos e intercambios de bienes culturales a escala mundial, es necesario reforzar la cooperación y la solidaridad internacionales destinadas a permitir que todos los países, en particular los países en desarrollo y los países en transición establezcan industrias culturales viables y competitivas en los planos nacional e internacional.*

(Declaración universal de la UNESCO sobre diversidad cultural, aprobada por unanimidad en París en noviembre de 2001).

[10] *AUGM.* Taller de seguimiento de la CMES (París + 5); *Montevideo, 12-13 de junio de 2003.*

desarrollar los acuerdos que apuntan a la vez a «la defensa y enriquecimiento de nuestras culturas, en el respeto de las identidades y de acuerdo a las necesidades específicas de desarrollo y crecimiento».

6. Abandonar o profundizar el papel de la universidad como institución crítica y transformadora

La brecha en materia de información y distribución del conocimiento entre ricos y pobres, en los países y entre países, se ha profundizado. Ha emergido una nueva división intelectual del trabajo y las desigualdades en la distribución se han acentuado. La creciente capacidad para transmitir información barata y casi instantánea, por ejemplo, no parece conducir a una distribución más equitativa de la competencia científica sino a su concentración[11]. Ello plantea nuevos desafíos a las instituciones universitarias y en particular a las de los países del Sur.

La tradición reformista latinoamericana, desde Córdoba en 1918 implicó un modelo universitario radicalmente contrapuesto con la universidad confesional y elitista. Sus principios fueron; autonomía frente al poder político, participación de los actores en el gobierno universitario, libertad de cátedra y acceso a la misma por concurso y evaluación permanente, laicidad, libre acceso a la educación superior, gratuidad de la enseñanza, compromiso con los sectores más desfavorecidos de la sociedad. Las circunstancias han cambiado pero ellos permanecen vigentes.

Por ese motivo una vez más se está ante la alternativa de seguir construyendo instituciones universitarias críticas, cuestionadoras, que aporten significativamente a los procesos de cambio progresistas de nuestras sociedades o instituciones funcionales al *statu quo* y funcionales a las fuerzas hegemónicas de poder mundial. Se trata, sin duda, de la confrontación de dos modelos universitarios claramente inspirados por dos concepciones del mundo y de la sociedad.

3. Arquitectura y urbanismo en la encrucijada

En resumen: los primeros años de esta primera década del siglo XXI han planteado con nitidez y dramatismo los grandes temas que la humanidad tiene planteados y mantiene sin resolver. Guerra, terrorismo, intolerancia y

[11] *Gibbons, ob. cit., p. 150.*

fundamentalismos, catástrofes ambientales, desconocimiento del derecho internacional, pobreza y exclusión social. Ellos requieren respuestas acordes de parte de quienes más responsabilidades tienen y de parte de quienes acceden a bienes sociales aún escasos como lo son el conocimiento y la educación superior.

Los dilemas que reseñamos precedentemente encuentran una elocuente aplicación en el campo de la arquitectura y el urbanismo. ¿Es posible imaginar una actitud distinta a la frivolidad de acompañar en forma sumisa a las tendencias predominantes y aparentemente irresistibles? Entiendo que desde la arquitectura y el urbanismo es posible ensayar algunas respuestas.

Siguiendo a Mariano Arana, sostenemos que «la arquitectura de la pobreza en modo alguno justifica la pobreza de la arquitectura»[12]. Como acertadamente ha sostenido Josep Quetglas, la enseñanza de la arquitectura debe ser necesariamente inactual[13]. No preparamos a los jóvenes para enfrentar y manejar paquetes tecnológicos cerrados ni para ofrecer respuestas estandarizadas frente a los requerimientos de un presente que siempre es efímero. No generamos «especialistas» cuyos conocimientos puedan caducar mañana mismo.

El conocimiento no es un «paquete tecnológico» que se pueda adquirir y aplicar como un «kit» a los efectos de responder eficientemente a requerimientos ya dados. Por el contrario, el conocimiento es un proceso social y sólo existe en cuanto existen los sujetos cognoscentes capaces de discernir, de crear, de resolver problemas, de imaginar nuevas interrogantes.

Queremos formar personas sensibles frente a los problemas de la sociedad, atentas a las señales de la sociedad contemporánea, ciudadanos responsables y con una fuerte conciencia democrática, intelectuales críti-

[12] *Actual Intendente Municipal de Montevideo; profesor emérito de Historia de la Arquitectura y el Urbanismo contemporáneos en nuestra Facultad.*

[13] *«La enseñanza debe ser inactual: enseñando una profesión tal como ya no se ejerce, y enseñándola tal como aún no se ejerce. Ese es el precio para conseguir que los profesionales así formados sean capaces de adecuarse y definir su papel frente a cualquier circunstancia, por cambiante e inesperada que sea. Por el contrario, los Propietarios de un título o los Adiestrados en repetir una respuesta de actualidad pierden su cualificación al primer cambio de condiciones. Y las condiciones no paran de cambiar.*

Una escuela de arquitectura que no quiera ser una oficina de expedición de títulos o un centro de adiestramiento ha de mantener los niveles de práctica profesional que eran la sabiduría del oficio de generaciones anteriores, para encontrar ahí, enfrentadas al conocimiento de nuestro presente, las formas del oficio de un tiempo futuro. El contenido de la enseñanza siempre debe ser, al mismo tiempo, anacrónico y vanguardista. Debe estar al margen, si no enfrente, del mundo de la eficacia y la aplicabilidad, del mundo de la rentabilidad inmediata, del mundo del mercado».

Arquitecto y docente catalán. La cita ha sido tomada de un artículo difundido por Internet.

cos, profesionales creativos y de sólido criterio. La enseñanza de la arquitectura y del urbanismo es y debe seguir siendo activa y cuestionadora, enfocada a promover la formación de un criterio propio y a responder al desafío de la pertinencia[14].

La actitud que queremos contribuir a generar desde la arquitectura y el urbanismo, es una actitud positiva y propositiva: sustentada en el proyecto como práctica sostenida, como posibilidad de manejo de alternativas variadas frente a una misma interrogación. La posición es, y debe ser siempre, la de responder a requerimientos y proponer soluciones a problemas planteados. Y digo más: proponer respuestas a problemas que aún no han sido planteados.

[14] *«La Arquitectura es un arte vital; no es desahogo, ni pasatiempo, ni capricho. Si bien está en parte condicionada al temperamento, como toda otra actividad humana, el estímulo que pone en marcha la creación es exterior. Debe responder con alta precisión a las necesidades de la comunidad, debe ambientar e interpretar las relaciones sociales, debe contribuir a resolver problemas que sólo en su ámbito pueden ser resueltos». (...) «La honda raíz social de la arquitectura exige que la enseñanza se oriente a proporcionar al profesional un serio dominio de su técnica, una certera concepción de su arte y una desarrollada capacidad creadora; pero sobre todo, ineludiblemente, el más profundo conocimiento del medio y sus problemas, y una conciencia clara de los objetivos hacia los cuales debe tender la sociedad».*

Plan de Estudios 1952, exposición de motivos; Facultad de Arquitectura, Universidad de la República.

En torno a la ciudad histórica. Reflexiones de un viajero

Joaquín Ibáñez Montoya

Dos cosas nunca se olvidan: el rostro de la madre y el de tu ciudad[1]

Me resulta algo extraño hablar sobre la ciudad histórica como una adjetivación iberoamericana. No puedo dejar de pensar que supone una cierta contradicción; su construcción, singular, de nueva planta siempre tuvo, para mí, algo de ejercicio moderno. Su misma escala, por ejemplo, configuraba un marco evidente en este sentido desde California o Santa Fe hasta Valdivia o Buenos Aires. Quizá no sea, por tanto, tan lógico su planteamiento en términos puntuales como en geográficos. A esta realidad espacial se añade, ahora, una realidad contemporánea que dificulta todavía más un tratamiento semejante, bajo una visión unitaria, por razones obvias.

Centenares fueron de tal modo las ciudades proyectadas por España bajo una sistemática homogeneizadora; algunas desaparecieron pero fueron las menos. El mestizaje cultural producido con aquella implantación tuvo una fuerta raíz física en su origen y dibujó desde su origen un interesante y característico mapa de artificialidad. En su impulso fulgurante de fundación, en la primera centuria de presencia ibérica, fueron en torno a trescientos los enclaves que se consolidaron entre los paralelos 30° Norte y 35° Sur, cifras que se multiplicarían generosamente en las décadas posteriores. Brasilia no sería por tanto ciertamente una excepción sino parte de una regla americana; simplemente el capítulo final de un diálogo canónico.

En su expresión conceptual más precisa, estas colonizaciones concretan entre el siglo XVI y su tiempo de consolidación republicana, en torno al tercer decenio del Ochocientos, recurrente ensoñación de orden; se sobreimponen tres patrones culturales, español o portugués, europeo y norteamericano, que modelarán otras tantas ciudades diferenciadas, virreinal, republicana y contemporánea como expresiones de las distintas formas del poder. No existen prácticamente desplazamientos en Iberoamérica; a veces, en todo caso, un acento prehispánico que aflorará bajo la traza. Será un pro-

[1] *Nazim Hizem.*

yecto de estratos a los que la modernidad, de nuevo europea, volverá a añadir, en el siglo pasado, la fuerte presión que desembocará en la revolución metropolitana; Eiffel, Neutra, Melnikov, Horta, H. Meyer, Gropius, Hilberseimer, Breuer, Mies Van der Rohe... harán sentir la potencia de sus temas renovadores.

Es entonces, en los años cuarenta, cuando los efectos de la industrialización del urbanismo racionalista transformará la escala de aquellos espacios previos en «recintos internos» dentro del nuevo reparto de papeles atribuido por la metrópolis emergente. Inmersos en el nuevo concepto de la zonificación moderna, con sus usos especulativos secundarios y terciarios consecuentes, los barrios históricos verán reducida su función residencial a los grupos de menores recursos que no pueden huir. Se proyectarán renovaciones radicales sobre su caserío sustituyéndolo por ideologías de altura que fragmentan su compactación tradicional. Bien de cambio donde hubo bien de uso, la improvisación pública en la que tiene lugar todo este fenómeno en una sociedad de estructuras políticas débiles, con carencia de un planeamiento urbano capaz de enfrentar situaciones de esta envergadura, condiciona estos fragmentos históricos a ser meros reductos informales acogedores de las masivas inmigraciones urbanas. La ciudad preindustrial de entonces se subparcela en conventillos, vecindades o tugurios, contribuyendo al deterioro formal, social y ambiental que todavía persiste en sus consecuencias.

La figura de un Le Corbusier profético, idealista e «inocente», que ilumina con sus principios el centro de Bogotá disponiéndose a sustituirlo por opacos calidoscopios donde verificar las utopías totalizadoras sobre la ciudad de los Congresos Internacionales de Arquitectura Moderna (CIAM) resulta, cuanto menos, patética. Parece el suma y sigue del método de artificio ejercitado en esta porción del mundo desde su capítulo primigenio[2]. Esta vez las «Siete Ciudades de Cibola» habrá que buscarlas en el centro de Europa y su mensaje profético será leído a través de revistas y congresos. Las propuestas sobre la capital de Colombia se contextualizarán en un continente recolonizado por la Ciudad de los Motores de Brasil, Chimbote en Perú, el Puerto Ordaz de J. L. Sert. Toda una muestra elocuente de ausencia que concibe la ciudad pensada a cero o, lo que es lo mismo, de un sentido de obsolescencia estructural en sus proyectos históricos.

Sin embargo, la ciudad si fue algo fue memoria, cultura[3]. Su resultado es un manifiesto de arqueologías complejas y heterogéneas, de recursos de

[2] *Le Corbusier.* Manière de penser l'urbanisme *y* Propos de l'urbanisme, *1946.*
[3] *De Terán, Fernando.* Medio siglo de pensamiento sobre la ciudad. *Discurso de R.A.B.A. S.F., 2002.*

asimetría diversa sometidos a tensiones sumamente diferentes. La ciudad en Iberoamérica es, esencialmente, historia. El largo tránsito del viajero Jeanneret, siempre presente por el continente extendiendo el «espíritu nuevo», fructificará sorprendentemente tras la Segunda Guerra Mundial, en el VIII Congreso del CIAM de 1950, con la revisión emotiva que recoge el texto de los arquitectos Rogers, Sert y Tyrwitt[4]. Desde entonces espacio histórico y metrópoli adquirirán no sólo carta de naturaleza sino identidades diferenciadas y complementarias. A partir de esta fecha, la creciente convergencia en la definición patrimonial del hecho urbano segregará las etapas históricas pevias a la metrópolis, rompiendo con ello el frágil equilibrio que marginaba la pérdida de los valores que le dieron razón de ser. El soporte preexistente se convierte en un «lugar otro» en el que ya será muy difícil reconocer y reconocerse; en su política de identificación se requerían directrices sectoriales de conservación, estrategias frente a la disociación nostálgica pseudohistórica inicial y su consiguiente disfunción.

Tras este anuncio de la crisis del «sesenta y ocho» se produce una revisión de criterios sobre una modernidad que eclosiona. La población del mundo acelera su proceso de urbanización imparable con un efecto especialmente importante en Iberoamérica. Jane Jacobs insiste, por entonces, en el retorno al espacio tradicional[5] ¿al centro histórico? La intervención en los antiguos espacios se deberá concebir para tener sentido como una aplicación de políticas de conservación activas; sobre los espacios significativos de la ciudad se buscará un nuevo marco de desarrollo social. En paralelo, el «fracaso» del planeamiento dará paso a una escala fragmentaria atractiva en el «proyecto» moderno. Para algunos habrá llegado la muerte de la ciudad burguesa tras un siglo de evoluciones y, con ella, el final de lo histórico. Las nuevas tacnologías del tiempo postindustrial alterarán tiempo y distancia[6], convierten en persuasión y máscara lo que en otro momento se pretendió encuentro y libertad.

Un discurso de contradicción y confusión en el que los centros históricos iberoamericanos configuran entonces el territorio antropizado como material turístico. Su paradigma geométrico, la «cuadrícula hispana», ya no es el escenario para el desarrollo de la vida colectiva sino el guión de un itinerario casi cinematográfico. Su cultura necesita un diálogo que tome su fundamento en una retórica definida y auténtica, en un relato que describa formas nuevas de leer las cosas, de verlas, que pretenda cear estructuras

[4] *Sert, José Luis.* El corazón de la ciudad, *1952*
[5] *Jacobs, Jane.* Muerte y vida en las grandes ciudades americanas, *1961.*
[6] *Castells, Manuel.* La edad de la información, *1990.*

sociales capaces de posibilitar desarrollo y renovación para proyectar en un territorio de ambigüedades y contaminaciones delicadas.

Plantear una estrategia de esta guisa supondrá dar por sentado que la propia estructura física de los recintos históricos es el resultado de una vida organizada, social. Materializar un modelo de participación en el que la acción sea un resultado sin pretensiones de perfeccionismo ni utopías previas, el concepto desagregado que se definió en el encuentro de Quito de 1977 como «un asentamiento humano vivo fundado en una estrategia física procedente del pasado y reconocible como representación de la evolución de un colectivo social».

Bajo este punto de vista ambivalente, el corte biográfico de lo urbano incorpora lo republicano a lo virreinal como producción material de la ciudad americana; más tarde será también el patrimonio industrial. Su proyecto asumirá las contradicciones de establecer distintas líneas de pensamiento sobre la metrópoli en una demanda clave para obtener un modelo ambiental más coherente con nuestro tiempo. Ante la violencia que suponen las viviendas tugurizadas de las áreas patrimoniales conviviendo con los centros de alta decisión política, comercial o bancaria, la huella de estos fragmentos requiere de un tratamiento específico. Se trata de averiguar, de descubrir, qué y cómo participa hoy la calificación «patrimonial» en el desarrollo y sostenibilidad urbanas. La ciudad de la memoria, siendo vista como un *collage* de piezas heterogéneas acarreadas por la historia, lo hace inserta en un plan amplio, en un «paisaje *collage*» de nuevo cuño. Ojalá que podamos llegar, algún día, a encontrarla como recordaba poéticamente Eupalinos de Megara, a la caída de la tarde, añorando desde lejos, la suya[7].

En este ajuste de cuentas con los debates y dudas del siglo pasado, transcendentales sin duda para identificar el enunciado presente, parece necesario discriminar los instrumentos con los que pensar la «ciudad» desde una contemporaneidad ¿apropiada? Existen todavía numerosas miradas ausentes; demasiadas. La geografía construida por el hombre en estas tierras tiene excesivos compromisos con el llamado «primer mundo» entre sus residuos; los habitantes que viven en lo que fueron los espacios primarios asisten, mientras tanto, expectantes a lo que el nuevo milenio depara. Proyectar sobre esta geología arquitectónica no debiera ser nunca más un ejercicio de idealismo, de metafísica, sino algo vinculado a una práctica ética panhumana, un trabajo de crítica continuada, de apropiación participativa propia de unas sociedades cada vez más articuladas. Algunas experiencias

[7] *Valéry, Paul.* Eupalinos o el arquitecto, *1991.*

en marcha, léase Porto Alegre, apuntan modos positivos de atajar lo que se ha convenido en definirse como «malestar urbano». Parece del todo preciso integrar en esta línea a aquellos recintos singulares que se vieron inmersos, súbitamente, a mitad del siglo pasado, en el marasmo de las megalópolis que afectó a todo el continente. Tal pedagogía puede ofrecer hoy, sin lugar a dudas, un espacio útil de acuerdo y meditación fundamental frente a la oferta capitalista de la representación y la persuasión.

Reivindicar espacio para ser andado es recuperar ciudad; jerarquizarlo para el bienestar del hombre, *work in process*. Proyectarlo es precisamente hacerlo sobre estas estructuras de los lugares históricos, trabajar con ellos. Desvelar un dilema sobre su razón del límite presente al que no es ajena la condición de habitar. Por otra parte la ciudad siempre fue lugar del «común», de la comunidad; el recinto en el que el colectivo se hace legible como tal y sobre el que éste interactúa en su «derecho a la cultura». Es preciso, por tanto, recrear en el tiempo presente un camino intermedio, estético, que busque en su filosofía dar forma al caos urbano a fin de estructurar un diálogo eficaz entre paisajes y usuarios. Conquistar los nuevos espacios para la utopía, supone restaurar los lugares que amparaban su proyecto histórico, actividades de antiguo perfil porque la ambigüedad, como señalaba Walter Benjamin, desplaza la autenticidad en todas partes[8].

En el panorama turbulento de los cambios de uso del suelo de nuestros días, de las transformaciones no adecuadas de los espacios públicos urbanos, con su congestión del tráfico, degradación de la calidad de vida y destrucción del paisaje natural, con la indefinición de objetos y su decadencia de servicios en los espacios residuales y en el tejido urbano en general; la expulsión en suma de sus habitantes en el contexto presente exige civilizar este tiempo materializado por la historia. Es bien cierto, como ya se ha dicho, que muchos de los fenómenos aquí tratados tuvieron su origen en Europa pero también lo fue la legislación y la normativa de protección de estas denominadas áreas históricas. Aunque aquí no fueron tanto las guerras como los cataclismos naturales o la simple negligencia de la «cosa pública» las causas desencadenantes –Antigua, Cuzco, Arequipa, México, Quito... están en la memoria de todos–, el exponencial demográfico, unos y otros, generaron un conjunto de conflictos específicos que caracterizan los universos problemáticos de estas «islas». Tal entronque, con la endémica crisis èconómico-social del subcontinente, ha propiciado una iconografía substitutiva in memoria ni razón que camufla todo y que envuelve a estos lugares supervivientes en un *continuum* retórico, banal las más de las

[8] *Fernández Alba, Antonio.* La metrópolis vacía, *1990.*

veces, y por ello inapropiable para el disfrute colectivo. El paisaje resultante de tales avatares concluiría así en una síntesis de alegorías, símbolos y enunciados en que los hechos arquitectónicos se acumulan ahora en un inventario sugerente desde su decadencia; por eso está tan embebido de melancolía y humildad en demasiadas ocasiones. Revitalizar la ciudad histórica iberoamericana, desde esta sensibilidad agraviada, propone reequilibrar este panorama potenciando además los proyectos no desarrollados en su día frente a la presión insoportable de la globalización mercantil. Su belleza ya no es la armonía sino la contradicción[9].

En la «polis» contemporánea la centralidad, desplazada por un desconocido protagonismo de flujos, reclama reinventar su desafío como «ciudad por desarrollar». Trabajar desde la memoria exige optar ya entre el modelo «Disney», pseudohistoria, y la ciudad resignificada según los valores de identidad presentes en estas áreas patrimoniales. Renunciar a operaciones carentes de sentido o a instrumentos supuestamente transgresores o a centros emergentes subordinados a crecimientos que no controlan unos habitantes que intentan sobrevivir como si se tratara de funcionarios sin sueldo de parques temáticos para los posturistas al uso.

La preocupación por tal sintaxis urbana es parte sustancial de esta reflexión sobre la metrópoli como lo es sobre el concepto de lo patrimonial señalado en la medida en que sus problemas e intervenciones no sólo se mantienen sino que, más aún, se ven agravados. Las esperanzas abiertas en estas últimas décadas en Iberoamérica, siendo importantes, lo son en la medida en que han sido asumidas por la comunidad como la mejor forma de trascender de modo natural la simple referencia al monumento de lo histórico para referirse al entorno urbano como un «paisaje cultural» en conjunción con el territorio. La crítica sobre la intervención urbana ha ido evolucionando validando acciones creativas capaces de obviar la estricta restauración de un pasado parcial en la consideración de patrimonio que no se ha remitido sólo a entender la materia sino a hacerlo de una cultura de lo intangible estableciendo una sinergia pertinente con el presente tiempo tecnocientífico entre marco físico y hombre.

Pero aun así todavía hacinamiento y pobreza invaden multitud de estos «centros periféricos» en demasiadas conurbaciones americanas. Las categorías interpretativas de su gestión así como las estrategias de la actuación sobre ellos deben ser revisadas obligando a nuevas reflexiones. En este contexto las experiencias desarrolladas más relevantes que tienen como denominador común la recuperación de los valores culturales como catali-

[9] *Ramoneda, Josep,* La teoría del presente, *1987.*

zadores de interacciones sociales. Allí parece confirmarse el camino de la recuperación urbana a través de una lectura en clave contemporánea en relación con una estructura global de conjunto, algo que se refiere tanto a su lectura simbólica como a su reinterpretación en el complejo papel funcional del rescate de sus recursos arquitectónicos y urbanísticos. En la ciudad de México, en esta línea, se ha propuesto, por ejemplo, la rehabilitación integral de su núcleo histórico mientras en Santo Domingo se ha hecho sobre un repertorio de ideas para revitalizarla como metrópoli en crecimiento. Cuba ha continuado desarrollando un monumental esfuerzo en la recuperación de su Habana Vieja que en Salvador de Bahía se encara, en el fenómeno del Pelourinho, como un espacio «museo». Lima y Quito apuestan por la reversión del deterioro de sus áreas históricas intentando mantener una acción coherente en el planeamiento. En Buenos Aires procura conjugarse la estrategia seguida con los intereses diversos que se expresan en la refuncionalización de las antiguas instalaciones portuarias con la dinamización de las zonas periféricas. Más al norte, en Río de Janeiro se articula esta política de recuperación según una lectura estructuradora muy interesante, basada en gran medida en la experiencia de la Barelona olímpica, a través de intervenciones como «Río cidade» a la vez que se intenta una integración de la ciudad formal e informal en las actuaciones del programa «Favela Barrio». Montevideo, en medio de ambas, desarrolla igualmente en estos últimos años una visión territorial global expresada en el «Plan Montevideo» mediante la planificación particularizada de las áreas con mayores intereses patrimoniales, en Ciudad Vieja.

Son muchas y diversas, difíciles de apreciar detalladamente en un rápido recorrido, las situaciones y, por tanto, las estrategias de futuro a proponer. Excesivos para un observador de ciudades, ejemplos tan particulares como el Cuzco o México con sus estratigrafías o las situaciones asimétricas, de origen portuario, de San Juan de Puerto Rico o Panamá. Las hay que han hecho de sus arquitecturas primarias importantes piezas de articulación en la recualificación urbana como es el caso de Santiago de Chile y su estación Mapocho; otras, lamentablemente, tendrían que hacerlo por ausencia sobre los vacíos de los conventos destruidos. Y no hay que olvidar que la galaxia metropolitana no sólo subsumió en la fundación virreinal a su transformación republicana como es el caso de Petare, en Caracas. Finalmente se podrían citar los ejemplos cualificados por la primera industrialización de Valparaíso o por su consecuencia demográfica de infravivienda extensiva, el de la Baixa Fluminense de Río de Janeiro.

Iniciativas que atienden a andamiajes o sustentos doctrinarios que se han sustanciado en éxitos parciales diversos en estas últimas décadas, con

no pocas dificultades, y que nos llevaría a cuestionar no tanto los objetivos expresados en las declaradas intenciones de revitalización y recuperación de las ciudades preexistentes (llámese a éstas con la denominación que se quiera: ciudad histórica, tradicional o ciudad pública) como la eficacia de las estrategias aplicadas y la calidad de los instrumentos disponibles. Obligaría a plantear la imperiosa necesidad de imaginar nuevas y más audaces modalidades de actuación sobre los resultados ya experimentados en el respeto por el medio ambiente o en la participación ciudadana más amplia en términos de inclusión social. De algún modo, se puede afirmar que las propuestas esbozadas hace ya veinte, treinta y aún hace cincuenta años atrás en el mundo occidental, siguen vigentes bajo nuevos postulados no tanto como un problema de semántica disciplinar cuanto como un apasionante campo de conocimiento acumulado.

Las dos ciudades que soñaba Enrique Tierno Galván, la de los ricos y la de los pobres, más que nunca, requieren fundirse en una sola: ser ciudad para todos con un único y finalista criterio de calidad de vida. El territorio metropolitano iberoamericano es el marco esencial para este debate ante la construcción de la naturaleza técnica de nuestro tiempo. Esta discusión adquiere perfiles propios en torno al conjunto histórico tratado en las peculiaridades que aquí presenta y que le dan una especificidad imposible de desconocer. Si la ciudad en Iberoamérica fue el fruto de una estrategia fundacional de ocupación territorial, de sensibilidades geográficas, hoy la morfología de sus residuos se sustenta entre la escasez y la marginación como un reto característico. La manera de interpretar su mundo quedó alguna vez alojada en la funcional y tan singular invasión llegó a malgastar la forma; pareciera que al margen de la función la forma careciera de razón de existencia. Rodeado de objetos aleatorios, para el «hombre sin atributos» contemporáneo habitar estos espacios de evidente intensidad es hoy tanto como aceptar la convivencia perdida; la necesidad de considerar otro planteamiento, de radicalizar sus respuestas ante esta realidad urbanizada se le hace aún más perentoria, si cabe.

La ciudad de nuestros días pugna por mantener viva su diversidad ante la homogeneización creciente, posición crítica frente al poder unificador de la ideología; leída en términos de cultura, con semejante aporte establecerá un factor de contrarresto en la reproducción sin límites de la técnica[10]. Apoyada en la existencia de estos restos sentimentales no puede ignorar su papel en el proceso de «auto-entidad» contemporáneo equilibrando la cualificación del lugar en tanto que receptáculo de todo tipo de acciones para

[10] *Quetglas, Josep.* Lo que no he leído, *1997.*

reivindicar espacios para su nueva definición, sin apreciaciones, sin límites, sin reglas, para recuperar los símbolos de una tierra que sólo puede poseerse precisamente en estos lugares del morar y de la memoria. Si esta Naturaleza científico-técnica es múltiple, difusa y generalmente inasible será preciso dotarla de sistemas conformes de medidas y orden. El hombre, que sólo sabe manejar cosas artificiales, deriva así su curiosidad en una renovada especulación sobre lo desconocido cuya construcción, como una nueva realidad, precisa elaborar un lenguaje adecuado. Un despliegue de nuevas estrategias ante el habitar en el contexto de esta «edad postmoderna», con sus características transformativas en lo antropológico y social, de deslocalización de actividades, de florecimiento de minorías, de movimientos migratorios, de fluidez temporal y aumento de las velocidades perspectivas y de consumo, de saturación espacial, de pobreza e inhabitabilidad urbanas, de nuevas estéticas que sientan las premisas de la «puesta en escena» coherente desde su condición histórica.

Es preciso potenciar este esfuerzo sosteniendo este debate sobre la intervención urbana que abordando temas tan cruciales como esta capacidad de las hiperaglomeraciones iberoamericanas de asumir la condición patrimonial en su desarrollo, bolsas de pobreza incluidas. Su mapa humano, frente al que es difícil permanecer neutral, plantea nuevos y acuciantes interrogantes cada día en una dinámica urbana que los hace suyos. La fuerza de estos espacios, sus problemas de movilidad o los conflictos derivados de la expansión incontrolada del transporte mecanizado se alían con los aspectos volumétricos y formales derivados de la escala o de la calidad ambiental. La desurbanización producida por los desplazamientos de los residentes y su sustitución por asentamientos de «calidad» producidos por la lógica del alza de los precios se enfrenta con la espacialidad de las grandes piezas interiores existentes, disponibles por cierto para el retorno de los servicios, la residencia y, también, para las dotaciones necesarias de una población del siglo entrante.

No se trata de dibujar una resucitada ciudad sino de utilizar su riqueza proyectiva en el panorama presente para construir una teoría sobre la ciudad basada en la interpretación de su conocimiento sumado y hacerlo sin renunciar a los derechos conseguidos por sus ciudadanos. Hoy parece factible superar toda idea del planeamiento cerrado y rígido combinándolo con una política inteligente de proyectos desencadenantes precisamente desde la residencia, la gran ausente, además de sobre los equipamientos y servicios señalados. Según el arquitecto Alejandro Zaera, estos recintos históricos cada vez se parecen más a los aeropuertos: son, a la par, lugares ausentes (obsoletos) y emergentes (codificables). Por ello, señala, el trabajo del

arquitecto está más cercano hoy al del arqueólogo que al del profeta; deviene oficio de construcción paradójica, de reflexión de subjetividad en permanente crisis. Describe bien esta conciencia escindida que comparte con el viajero, que le afecta en el ejercer del curioso envuelto en un laberinto de extrañeza, –frente a las cosas y a sí mismo–, en un diálogo alegórico entre la curiosidad ante la dispersión y la metamorfosis presentes. El paseo melancólico de uno y otro por entre los trazados que compusieron iglesias y conventos, manzanas y patios, manifiesta un tránsito que va de lo impuesto a lo imprevisto, de la percepción directa a la mirada visionaria, un itinerario poético sobre lo hecho que hace, sobre lo construido que construye, en el que todo adquiere nuevo sentido. Podríamos afirmar que nos encontramos frente a una recomposición geográfica de la forma urbana en la que aquellas «piezas» afectivas que constituyeron el territorio tienden a adquirir similar importancia funcional (y hasta simbólica a imagen del cada vez más apreciado paisaje «natural» frente al congestionado centro de las ciudades) para combinarse de manera fragmentaria con lógicas alternativas, a veces opacas y contradictorias[11]. En el proceso de desterritorialización de lo político la ciudad pasa a ser el lugar más real políticamente hablando. Nace así una complejidad nueva a la tensión global/local. En la ciudad se proyecta y se construye el espacio social, se intercambian aquellos sistemas simbólicos que desde la apropiación individual harán posible una igualdad cultural básica[12]. De ahí su importancia.

Sobre las cuestiones manifestadas en este catálogo de «cadáveres exquisitos», aquí recogidos, su decadencia quizá aporta ahora, curiosamente, un plus de sobresaliente valor patrimonial; la multiplicidad de su «mirada contemporánea» no es sino el último párrafo de un discurso inacabado. El paradigma que se deduce de aquella «cuadrícula española» permite evocar una cualidad de modernidad que, al entender de Jean Baudrillard, sólo es posible en América y que no tiene además otro modo de retornar a la antigua metrópoli que mediante versiones subtituladas como las que aquí se exponen. Su viaje, aquel cofre mágico lleno de promesas de ensueño, en todo caso jamás volverá a entregarnos tesoros incontaminados. La presente civilización, proliferante y sobreexcitada, ha quedado demasiado corrompida por el ajetreo de dudosas consecuencias que mortifica nuestros deseos y nos condena a hacernos, casi exclusivamente, receptores de recuerdos estereotipados; demasiadas veces el panorama que desvela no es otra cosa que imagen banal del pasado. Su manera de crear memoria resulta paradójica en

[11] *Adell, German,* Nuevos paisajes, *1998.*
[12] *Jarauta, Francisco,* Construir la ciudad genérica.

tanto que ruptura con aquél y hace que conceptos como naturaleza o entorno, como los aquí tratados, ya no se manifiesten con nitidez en su trama. Será preciso por tanto recurrir a esa poética, a la voluntad de «ser más», de serlo de manera más intensa y diferente, de alcanzar formas estructurales como las citadas, a menudo excluidas o vedadas, para disponerlas con la imaginación intrépida que caracteriza los perfiles del proyecto arquitectónico. Lo que esta poética nos propone es memoria rescatada, memoria cuya liberación es empresa peliaguda y urgente: la memoria de los tiempos futuros de la que hablaba Tácito y que reúne todo lo que hemos perdido y todo lo que esperamos. Un viaje oblicuo, que recorre las ciudades históricas iberoamericanas y que no puede hacerse de un modo autocomplaciente sino medido con el ojo escrutador, curioso, de la distancia «brechtiana» para facilitar el mejor juicio ante tan inmensa tarea. La pasta negra para el vaciado es siempre neutra. Los pliegues pertenecen al cuerpo que está debajo; es un vacío más lleno que todos los llenos[13].

[13] *Weil, Simone.* La gravedad y la gracia, *1994.*



Lima. Plaza de la Catedral.

Realidad de la vivienda colectiva en Iberoamérica

Carlos González Lobo

Ensayo sobre sus cualidades habitables

Revisar la realidad actual de la vivienda colectiva en nuestros países, es un tema interesante, pero de difícil comprensión como totalidad. En las últimas décadas del siglo inmediato pasado en Iberoamérica, el uso y realización de dichas formas de vivienda, tuvieron vuelcos significativos y su comprensión urbano-arquitectónica aún no se ha realizado de forma cabal. Además una generalización que abarque a los países iberoamericanos en este tema, rebasa la capacidad de este documento y por hoy la mía propia.

Este breve estudio sobre la vivienda comunitaria, se pretende ubicar en la reflexión de aquella que agrupa para «convivir» en un terreno o predio a grupos más o menos grandes de familias con algo «en común» que compartir, además de la dirección postal genérica y los accesos comunes.

Es un conjunto que se identifica especialmente como una unidad diferencial urbana, y que es así. Hay un algo diferente (y por ello analizable), a los lugares de uso común en la ciudad que habitamos todos, ya que en la vivienda colectiva ese espacio comunitario discreto sólo es «de ellos», y sólo es espacio público, si se admiten restricciones específicas a este término. En esto radica su singular característica urbana. Este es el objeto de nuestras notas.

Si a comienzos del siglo XX, esta forma nueva para el tejido urbano aparecía como una aportación singular de la arquitectura del movimiento moderno, hacia el final del siglo y en los inicios del siglo XXI, aparece como una figura proyectual urbana dudosa y necesitada de una revisión radical, para así concebir nuestra ciudad futura con esperanzas de éxito.

Los conjuntos (o unidades) de vivienda multifamiliar aparecían en la cultura posbélica de los años veinte, como una forma de habitar propiciadora de una convivencia mas racional, de economías urbanas significativas, y prometedora de una mayor calidad de vida. Y un modo nuevo de equilibrio dosificado entre las viviendas de los distintos estratos y clases sociales, y su deseable mezcla interclasista. Una relación más justa con la pro-

ximidad a los servicios y el equipamiento urbano, y una relación armónica entre el espacio natural y el edificado.

Implantados y generalizados entre los años veinte y los cincuenta del siglo pasado mediante los experimentos de la entreguerra europea, recordemos las Hofs vienesas del austromarxismo en los treintas y las experiencias modélicas holandesas, los conjuntos de J.J.P.Oud, o la experiencia colectiva del Waissenhof que conjuntó a los mejores ejemplos y arquitectos europeos, o las experiencias del Gatepac durante la República española como la casa bloque en Barcelona, o las múltiples realizaciones de la socialdemocracia alemana, tanto en Frankfurt como en Berlín de la entreguerra, y la actuación de investigación rigurosa y ejemplar desde el «Stroikom», bajo la coordinación de M. Ginsburg para los programas masivos en la URSS, y las intervenciones acotadas en los países desarrollados muy publicados para la formación arquitectónica.

Sus propuestas llegan a Iberoamérica vinculándose a los movimientos modernizadores del momento de la substitución de importaciones y a los grupos de vanguardia en nuestros países. Estos grupos intentaron con cierto éxito imponerlos como soluciones al problema de la vivienda social. Conviene recordar aquí a Pedregullo en Río de Janeiro, y las supercuadras de Brasilia, o «Ciudad Evita» y el conjunto «18 de Julio» en Buenos Aires, el conjunto del silencio y «23 de Enero» en la ciudad de Caracas, o los multifamiliares «Alemán», «Juárez» o «Tlaltelolco» en la ciudad de México. Son ejemplares magníficos de esto. Ejemplos análogos en Lima, Bogotá, Caracas, Santiago de Chile y Montevideo, son muestras de su adopción intensa y alborozada durante el segundo tercio del siglo pasado.

Hoy han pasado unos cincuenta años de realizados (más o menos), y con una masa considerable del patrimonio inmobiliario de las ciudades resuelto mediante el uso de estos modelos, o de sus reducciones-simplificaciones progresivas acordes a la especulación y obtención de rentas extraordinarias o ampliación política de la cobertura. Por ello las convicciones de los viviendistas profesionales y de los moradores hoy tienen no sólo dudas sino incluso amargas experiencias al respecto. Veamos esto con cierto detalle en una serie de notas, aún en espera de una sistematización teórica mas rigurosa.

Un elemento genérico de la vivienda colectiva fue la solución de vivienda en altura (o por pisos), bloques de viviendas de 6 a 12 niveles de viviendas conectadas por puntos fijos de escaleras y ascensores. O bloques de viviendas de planta baja y cuatro niveles solamente alimentadas por escaleras y viviendas en hilera de planta baja y dos niveles con escaleras comunes (más económicas), fueron el *Leitmotiv* y generaron una coexistencia innovadora, pero en Iberoamérica y para sociedades aleatorias de

vecinos agrupados por nivel de ingreso, pero de estratos culturales diversos, crearon una cohabitación sin desarrollo. Al ser las viviendas como alojamiento en un solo piso, abajo y arriba de todas ellas, hay otros habitantes, los que al provenir de culturas diferentes, cocinan, hacen fiestas o conviven de modos odoríferos y ruidosos singulares, que acaban siendo molestos y causas de reyertas o malestares sociales, y que al ser «la última vivienda» posible del morador y a pagar a veinte años, sólo provocan desesperanza y conductas comunitarias vandálicas o desinteresadas. La solución constructiva y estructural de dichos bloques exige que todas ellas tengan una forma final desde el principio, ya que cada una carga a las otras abajo y arriba de ellas, y por ello son inmodificables, pero obtenidas en diversos momentos del desarrollo de las familias, éstas van necesitando de ampliaciones o subdivisiones para el alojamiento de la habitabilidad circunstancial que se modifica en el tiempo, de ahí que balcones cerrados de formas bizarras, ampliaciones en bajos o azoteas y de forma violenta y discrecional, son motivo de angustia o violencia comunitaria. Quizás el tema de crecimiento y flexibilidad del alojamiento es motivo de tanteos aún no resueltos. Recordemos que el proyectista holandés N. Habraken en su tiempo con los proyectos de los «chipoteos», intentó una crítica constructiva a esto, permitir a las familias el crecimiento durante el uso de la vivienda, o habitando. En el futuro, los viviendistas tendrán que superar esta fuente de negatividad proyectual.

Los conjuntos o unidades de vivienda colectiva tienen como segunda característica tipológica de partir de una *siembra* lógica y racional en el uso urbano del predio o territorio del asentamiento. Esto en sí es un logro o avance del pensamiento arquitectónico del movimiento moderno. Los bloques y las viviendas tienen una orientación y un emplazamiento acordes al clima y la topografía del sitio, y una separación proxémica que garantiza ventilación, asoleamiento y privacidad acústica y visual. En la realidad, salvo en esos ejemplares egregios de los maestros, en general no supieron aprovechar esto, o lo redujeron y simplificaron para lograr más viviendas y menores costos de urbanización en el mismo predio respecto de los ejemplos magistrales, y le llamaron a esto astucia y eficacia proyectuales. Por ejemplo: bloques de muchos pisos, pareados con patios o intersticios de luz y verdura entre ellos, a 12 o 16 metros unos de otros. Los espacios libres del predio son como playas de parqueo o estacionamiento como negocio adicional y respuesta al incremento de la demanda en el tiempo. La edificación *a posteriori* sobre lo que fueron en un origen áreas verdes o libres de uso comunitario y motivo de negocios irregulares, son fuente inagotable de desesperanza y malestar vecinal y comunitario.

El espacio público (un cierto espacio público), poseído en común por los habitantes de la vivienda colectiva, característica novedosa y argumento legitimador de esta tipología ante la cultura «moderna» y la legislación urbanística institucional, es también motivo de amargos reproches. Su existencia para el disfrute de una ciudadanía que se realiza en los espacios de convivencia, intercambio y disfrute que generosamente el conjunto dispone y ofrece, son motivo, en la realidad, de una reducción hasta los mínimos reglamentarios y de ser posible (astucias proyectuales interpósitas) aun menores, se miden por porcentajes del total, sin juicio razonado de superficies de ocupación habitable deseables, por lo que se cumplen lo mismo con un gran parque o por la suma aritmética de una serie de relingos superficiales, éstos localizados en donde la siembra de las viviendas y su lógica de paralelismos y contigüidades entra en conflicto con la poligonal del predio, o sea donde no supimos qué hacer con ese relingo.

Y en estos espacios, además de circulaciones vehiculares y peatonales indispensables para el funcionamiento operativo, quedan algunos previstos para la convivencia, tanto para esparcimiento de usos parciales como deporte, recreación para las diversas edades, niños, adolescentes y ancianos y en realidad antagónicos donde la fortaleza y el desenfado de los unos ponen a prueba la noción de convivencia y tolerancia (la de la gran ilusión, que presidia a la opción proyectual), y que en la realidad de las clases medias y bajas de los habitantes concretos de estos conjuntos obligan al control y la represión prescriptiva desde la administración que generalmente escoge por cercar los espacios no circulatorios y que recubiertos de gramas son sólo espacios visuales e inaccesibles, o en su caso motivo de apropiaciones por grupos singulares y potencialmente conflictivos o, imposibles de uso alguno, se convierten en basurales y territorios agrios de desesperanza y temor. Cómo no recordar aquí a Jane Jacobs en *Vida y muerte de las grandes ciudades,* o a Oscar Newman en *Defensible space,* libros clásicos de este enfoque. Así la armonía comunitaria se torna un deambular incierto en *no where lands* o antilugares.

Dos ejemplos de esto para en la brevedad apuntalar el juicio. a) Los indivisos y el proceso de apropiación. Un problema sugerente de la calidad habitable de la vivienda colectiva se da en las áreas denominadas indivisas en los bloques y su entorno. Los propietarios de viviendas en planta baja que resienten la invasión de su privacidad por la fricción de los otros usuarios anónimos del conjunto, con el tiempo «segregan» las superficies adendas de su propiedad con cercos, y se hacen de jardincillos privados, y que ellos mantienen a veces con gran belleza de jardinería. Las ventanas que dan a circulaciones crecen con rejas y maceteros para vestibular su privan-

za y alejar «al otro» enemigo potencial. b)La privatización progresiva del espacio público restringido. Los espacios de estacionamiento de vehículos que han sido comprados como propiedad a 30 o más años pero que están sujetos a la fricción ambulatoria de los otros que rayan o hurtan accesorios del vehículo, han dado lugar a una industria de la construcción efímera, las jaulas metálicas para el cajón de parqueo en donde con puerta cerrada con candado permiten al vehículo estar «allende» de las manos dolosas, y ahí empieza, además de guardar el vehículo, a habitarse. De forma extraña se guardan cosas, se reparan los vehículos en este territorio antes público y ahora privatizado.

Una tercera nota es la relativa al mantenimiento y la organización de la sociedad civil en el seno de los conjuntos. Mantener una ciudad, abasteciéndola de energía, iluminación, limpieza y eliminación de basuras así como de seguridad y vigilancia, es tarea de la municipalidad, sí, pero en las viviendas de conjuntos colectivos, esto recae en el propio conjunto ¡que no es nadie a menos que sea Fuenteovejuna! y depende de las organizaciones que el propio grupo sea capaz de darse. Mientras se realiza la promoción y venta, la titularidad de la obligación corre a cargo de la promotora, la que obviamente procura dar imagen de calidad atractiva para los potenciales compradores o beneficiarios, pero después, ya realizado el bien, el tema pasa a la colectividad y ésta está muy verde en materia de responsabilidades colectivas, se ofrecen empresas particulares y se sueña con el *out-sourcing* pero casi siempre con niveles de eficacia terminal lamentables. Recordar aquí conjuntos de vivienda como Lugano, Soldati y Piedrabuena, en Buenos Aires, con corredores pletóricos de basura tras una huelga municipal y la acechanza de los «cirujas» o recogedores de basura, o con «dobles puertas» en planta baja para acceder a los ascensores y escaleras, fortificados con mamposterías *naïf* y remates de botellas quebradas, para asegurar así el acceso sólo a los propietarios de llaves para el candado de las segundas puertas, éstas de hierro rústico pero seguro.

Esto nos lleva a un segundo problema, el de la seguridad en territorios sin jurisprudencia clara, y que obliga a cercar los perímetros y controlar accesos, a contratar para vigilancia a policías particulares y a reglamentos jurídicos singulares, ocasionalmente contrarios a los preceptos constitucionales de libre tránsito y a derechos individuales conculcados. Y esto debido entre otras cosas a una convivencia no electiva y forzada por la adquisición en el mercado libre del bien vivienda por los sujetos de crédito, de cualquier origen y no necesariamente homólogos en cultura y actitudes ante la vida, que son el mercado de la vivienda de la sociedad de consumo dirigido del capitalismo.

Por último, nos aproximaremos al tema de la segregación urbana que los conjuntos generan, ya que se realiza como actos autoritarios institucionales y/o de los vaivenes en pos de la tasa de ganancias extraordinarias de la renta del suelo que hacen que surja o brote una población urbana y organizada (o casi) en el medio del tejido urbano anterior. Así las diferencias de ingreso respecto del entorno, su impacto urbano sobre las vías vehiculares y el equipamiento preexistente que además de generar deseconomías municipales que asumirán la sobrecarga que el conjunto representa y que producirán desequilibrios que la población del entorno y preexistente, resentirá la casi obligada calidad de vida diferente de los nuevos habitantes, así segregados respecto de la población en la que se insertan, pero sin asimilarlos y resentidos por su «rareza».

El tema continúa cuando la población singular para el entorno se desenvuelve internamente como colectivo en el tiempo, y algunos de los propietarios de vivienda que accedieron al bien vivienda como un nivel pasajero de su trayectoria personal, al acrecentar su capacidad de ingresos compran una segunda propiedad, mejor o más atractiva, y disponen del bien mercantil vivienda para rentarla a otros «nuevos» pobladores. Ahora coexisten en el bloque y en el conjunto dos tipos de vecinos que no lo son, unos propietarios de su bien último e inevitable que coexisten con rentistas que tienen con el conjunto y la vivienda una relación provisional y sin esperanzas de apropiación tratan así al conjunto como bien ajeno y terminarán aliándose a sus semejantes en las relaciones de habitabilidad. La realidad del conjunto comunitario y colectivo dista de ser posible.

Se produce así un juego de «fugas urbanas». Unos, los propietarios originales y hoy rentistas, van a asentarse en un escalón superior de la escala urbana, fugándose hacia «arriba», pero dejan lugar a nuevos pobladores no propietarios que acceden a un bien para ellos superior, pero que para el conjunto mismo de vivienda es un deterioro en su nivel y genera además a los propietarios originales pero que no pueden salir ya de ahí, un éxodo interior al ir quedando aislados en su conjunto por la substitución deformante.

Para completar este breve panorama del estado de la vivienda colectiva, revisaremos algunos de los cauces mas actuales que la vivienda colectiva ha tenido en nuestros países. Desde los años setenta del siglo pasado hubo nuevas aproximaciones o tanteos experimentales en torno a la vivienda colectiva en Iberoamérica. En este periodo, mas o menos, la población de las ciudades principales se ha duplicado cada 10 años, llegando a existir en la región algunas de las megalópolis más grandes del planeta. Ello se aúna a la globalización con sus secuelas de empobrecimiento, inseguridad y desempleo crecientes, que se inician en las crisis recurrentes del final de los

sesentas. Por entonces, la solución a la producción de las viviendas mayoritariamente se dio en torno a tipologías de vivienda unifamiliar en asentamientos populares e irregulares, o casi, que alojan a un 40 por ciento de la mancha urbana actual, cumpliendo inexorablemente la profecía de Arnold Toynbee en su libro *Ciudades en marcha*.

De esta manera, los conjuntos de vivienda colectiva pasaron a un plano inferior de interés en la atención al problema, si bien nunca realmente atendieron ni siquiera a un 10 por ciento de la demanda. Desde los años ochenta, la construcción de conjuntos fue interrumpida o casi y las preferencias se dirigieron a un mercado mejor calificado y que se atiende con viviendas unifamiliares de densidad media, dúplex, en hilera, *town-houses*, las que como mercancía tienen salida expedita y créditos concertables seguros, mientras conjuntos en altura resultaban fracasos de aceptación, venta y cartera vencida y por ello incosteables. Pero las aventuras de la vivienda colectiva y comunitaria continúan aunque con ajustes a su enfoque y dirección. Veamos algunos ejemplos.

En la vivienda en conjuntos de seguridad y protección mutuas, en que los nexos sean de algún modo reconocimiento de un colectivo práctico así sea inerte y se viene dando y de forma creciente el caso de tramos de barrios de viviendas residenciales de la ciudad tradicional ya existente, que cerrando el acceso a ciertas calles y generando a una como el acceso y salida única, con vigilancia las veinticuatro horas, y que forman «barrios cerrados» en varias ciudades iberoamericanas, se los denomina «enclaustramiento del tejido urbano».

Las cerradas son conjuntos de viviendas en torno a un parque de estacionamiento con algunas prestaciones de carácter colectivo como alberca y cancha de tenis, en residencias de gran costo, o en viviendas residenciales de y para, diversos estratos y que incluyen a veces mezclados edificios de baja densidad en dos o tres niveles y viviendas en hilera, con estacionamientos para varios autos y aun para visitantes y siempre con un portón señorial o rumboso, y guardias de seguridad y control permanente, que cada vez más, inundan nuestras zonas «bien» de la ciudad ya consolidada.

En las zonas clorofilianas de las periferias urbanas rumbosas, se vienen construyendo y anunciando en los *shoppings* de lujo, los conjuntos residenciales de alta seguridad, torres residenciales que promedian desde 400 hasta 900 metros cuadrados por vivienda en predios precintados o claustros cerrados herméticamente, con acceso controlado con guardias en torretas e informática electrónica y todo el predio filmado constantemente en circuitos cerrados. El acceso es rigurosamente vehicular y obligado hasta estacionamientos cerrados y vigilados desde donde se accede a los ascensores con una

sola parada por piso-vivienda y que dan a un vestíbulo cerrado y vigilado electrónicamente (y en su caso letal cámara). Poseen, o así lo anuncian, en las inmediaciones de los aparcamientos de servicios para personal de seguridad o «escoltas» de los dueños y espacios para aparcamiento de visitantes. En Iberoamérica, quien más o quien menos, los grupos familiares se dividen en los secuestrables y los no secuestrables y esto genera tipologías comunitarias.

Otra alternativa tipológica explorada frecuentemente y que representa las nuevas convicciones en materia de convivencia habitacional son los conjuntos de vivienda autogestada básicamente por movimientos pro-vivienda. Son casi siempre unifamiliares en acomodos de hilera que permiten altas densidades y sus formas son de bloques bajos, o en las denominadas rinconadas. Estas modalidades corresponden al otro extremo de la población, los trabajadores de ingresos medios y los pobres que se organizan en grupos pro-vivienda. Se trata de búsquedas en torno a la ciudad tradicional repensada.

Ejemplos de esta modalidad se dan por toda Iberoamérica. Sólo como muestra menciono los conjuntos de los centros cooperativos uruguayos CCU y del CEDAS, los realizados a impulsos del CEVE-AVE de Córdoba en Argentina, los realizados en Brasil a iniciativa de Ch. Nelson Ferreira dos Santos para conversión de las favelas, las comunidades de Fernando Castillo en Santiago de Chile, las de los hermanos Carreón y M. Vásconez en Quito, y los realizados por los grupos de apoyo técnico solidario como el COPEVI, el CENVI, el FOSOVI, o «Espacio máximo-costo mínimo», «Xacalli» y «Casa y ciudad» en la ciudad de México, o los conjuntos de autoconstrucción en Guadalajara, labor de Alejandro Zohn, y muchos otros más, que no podemos recoger aquí, muestran una nueva actitud con cierto éxito en lo habitable y en lo comunitario.

Son conjuntos de vivienda de comunidades, que primero se forman como potenciales habitantes organizados y después ellos diseñan y construyen con sus técnicos las obras. Un alto grado de participación de las mujeres, los ancianos y los niños, tanto en el programa y la prefiguración, como en la gestión y realización de la obra, la solución por asamblea de los problemas, la administración y el mantenimiento, han dejado lugares de habitabilidad mucho mayores que los institucionales o mercantiles. La apropiación y el arraigo se garantizan desde la manera de concebir y producir el bien. Los temas de salud, cultura y seguridad son gestionados por la participación de casi todos.

Terminan estas notas con una esperanza, la de que la gestión y participación de los implicados en los procesos, sean un recurso vital para diseñar y gestionar la (nuestra) ciudad en el próximo futuro.

Porto Alegre ante los desafíos de la gran ciudad latinoamericana

Sara Barceló Cordón y Zainer Pimentel

Introducción

Los numerosos problemas que actualmente plantea la gestión de las grandes ciudades, cobran una especial importancia en América del Sur, la región más urbanizada del mundo (en 2000, el 80% de su población vivía en ciudades, frente al 77% de América del Norte o al 47% del conjunto del mundo [*Urban 21,* 2000: 17]). En América Latina se han gestado en el curso de las últimas décadas unas grandes urbes caracterizadas por un desarrollo dual, en las que un abismo separa a sus habitantes ricos de la enorme ciudad «informal». Promover la integración de esos amplios sectores excluidos mediante la oferta de infraestructuras, equipamientos y servicios públicos de calidad y conseguir la financiación del creciente número de competencias ubicadas en la esfera local, parecen ser sus principales retos de cara al futuro inmediato.

En este marco, llama la atención la ciudad brasileña de Porto Alegre, donde desde 1989 se desarrolla un modelo inédito de gestión urbana, que combina una profunda reforma tributaria y administrativa con la creación de mecanismos para que la ciudadanía y el ejecutivo compartan las decisiones sobre la organización y aplicación de los presupuestos municipales: el presupuesto participativo. Los quince años de desarrollo de esta experiencia nos permiten evaluar algunos de los significativos resultados que se han producido y discutir en qué medida pueden ofrecer respuestas a algunos de los retos que enfrentan las ciudades de la región. Por otro lado, un interés adicional del caso de Porto Alegre proviene del notable éxito nacional e internacional del presupuesto participativo, que se plasma en la existencia en la actualidad de más de cien municipios que lo practican en Brasil –entre ellos, cinco ciudades de más de un millón de habitantes, incluida São Paulo– y muchos otros en América Latina o Europa (con diversas experiencias en ciudades como Buenos Aires o Rosario en Argentina, Cuenca en Ecuador, Villa El Salvador en Perú, o capitales de provincia como Córdoba y Albacete en España).

Los retos de la ciudad latinoamericana

El proceso de urbanización entre las décadas de los 50 y los 70 se dio de forma parecida en casi todas las ciudades latinoamericanas grandes y medianas: por la intensidad de los flujos migratorios campo-ciudad provocados por un fuerte centralismo financiero e industrial y un modelo de desarrollo basado en la sustitución de importaciones, en el sector industrial, y en una mecanización que expulsó a grandes contingentes de trabajadores rurales, en el agrícola. El resultado fue un crecimiento urbano desordenado dominado por la creación de grandes barrios de autoconstrucción en la periferia de los núcleos urbanos, carentes de infraestructuras y servicios e incapaces de responder a las necesidades de sus nuevos habitantes, lo que tuvo como consecuencia un incremento del fenómeno de la segregación social y un aumento de la pobreza urbana (Jacobi, 1994: 73).

La crisis de los 80 dificultó la respuesta desde los poderes públicos a esta situación, contribuyendo a agravar sus efectos. Si en lo económico es considerada la «década perdida», en lo político supuso sin embargo para muchos países de América Latina el estreno de jóvenes democracias que abrieron nuevas oportunidades, no sólo en el campo de la ordenación institucional de los Estados, sino por la eclosión en muchos lugares de un importante movimiento popular de carácter reivindicativo en lo social (por la mejora de las condiciones urbanas) y lo político (defensor de un modelo de democracia abierta y participativa), que vino a modificar el panorama político al pedir convertirse en un interlocutor más en la gestión urbana.

En la última década hemos asistido al fomento de la descentralización, no sólo como requisito democrático y de subsidiariedad, sino sobre todo como eecto de las políticas neoliberales que propugnan una reducción del papel del Estado central y un estricto control del endeudamiento de las administraciones públicas. Esto ha provocado que en muchos países, como Brasil, los gobiernos centrales hayan optado por recortar el gasto público –sobre todo en las políticas sociales y la prestación de servicios públicos, lo que ha afectado especialmente a su población más carente– y, simultáneamente, transferir numerosas políticas y servicios a la esfera municipal (con independencia de la capacidad de ésta para actuar eficazmente en esos ámbitos y en ocasiones incluso, sin ir acompañadas de las correspondientes transferencias financieras). Estas nuevas competencias se unen a la mayor visibilidad y cercanía del poder local frente a las restantes esferas administrativas y a la importancia de las ciudades en unas sociedades predominantemente urbanas, para hacer al municipio el gran protagonista de la gestión pública de cara al ciudadano.

Todo ello configura un cuadro actual en el que, por un lado la descentralización abre una pequeña opotunidad para una mejor gestión pública local –a pesar de todos sus problemas asociados, sobre todo la necesidad de buscar nuevas fuentes de recursos y arreglos institucionales para financiar las funciones tradicionales de los municipios y su nuevo papel de principales promotores del desarrollo social. Por otro lado, sin embargo, se agravan los problemas tradicionales de las ciudades, particularmente los derivados de ese modelo polarizado ciudad formal/ciudad informal. El sector público municipal –por no hablar de las esferas regional o estatal– viene mostrando en general una escasa capacidad de respuesta ante las crecientes demandas de más y mejores servicios o empleo, de vivienda o de nuevas infraestructuras, que se generan sobre todo entre los sectores informales.

Porto Alegre y el presupuesto participativo

Porto Alegre (1.300.000 habitantes) es la capital del estado más meridional de Brasil. En 1988, en un contexto de fuerte movilización social por la mejora de las condiciones de vida en los barrios periféricos, y en plena transición democrática, gana las elecciones municipales el Frente Popular, encabezado por el Partido de los Trabajadores, con una propuesta de cambiar las formas tradicionales de hacer política otorgando una especial importancia a la necesidad de la participación ciudadana en la administración pública –especialmente en la elaboración del presupuesto–, la rendición de cuentas del gobierno a la comunidad y la «inversión de prioridades» (dar preferencia a las demandas de los sectores sociales más desfavorecidos).

La difícil situación económica del ayuntamiento les obligó a realizar en primer lugar una profunda reforma tributaria y financiera con vistas a liberar los recursos necesarios para poner en marcha su proyecto, en un contexto inicialmente complejo[1]. Se debe señalar que el éxito de la Administración Popular en Porto Alegre no se debe únicamente a la participación ciudadana, sino a que ésta ha ido acompañada del llamado «buen gobierno»: una profunda remodelación en la gestión municipal y la organización administrativa con el objetivo de mejorar la transparencia y la eficiencia en el uso de los recusos públicos.

[1] *No había una metodología establecida para la participación vecinal en la confección del presupuesto y, ante las grandes expectativas de los movimientos sociales, los primeros intentos resultaron frustrantes. Tampoco había experiencia de gobierno y además hubo que afrontar graves tensiones, tanto internas como con los técnicos municipales.*

El presupuesto participativo, el principal logro de la gestión portoalegrense, es un arreglo institucional por el que los vecinos son llamados a compartir con el gobierno las decisiones sobre las políticas municipales, especialmente la elaboración del presupuesto anual. La participación se produce con una referencia tanto territorial (a través de la división de la ciudad en 16 distritos), como temática (gracias al establecimiento de seis áreas temáticas trnasversales) y, en ambos casos,a tres niveles diferentes: las asambleas, los Foros de Delegados y el Consejo del Presupuesto Participativo.

Este proceso se desarrolla en un ciclo anual en el que se diferencian dos etapas: la primera dominada por la participación directa de la población (de marzo a julio) y la segunda, en la que operan los órganos representativos (de agosto a enero). En la primera tienen lugar las asambleas en los distritos y temáticas, en las que el gobierno (on la participación del alcalde) rinde cuentas a los vecinos de las actuaciones realizadas o pendientes de realizar e informa de la estimación de los recursos disponibles para el año siguiente y de las inversiones que propondrá el gobierno. También se eleige a los representantes de la comunidad en las otras dos instancias para el resto del año. Los vecinos, además, organizan asambleas propias para preparar y evaluar las asambleas «oficiales».

En agosto empieza la elaboración del presupuesto por los técnicos municipales y el Consejo del Presupuesto Participativo, el principal órgano para la definición del presupuesto del año siguiente, que cuenta con dos representantes por cada distrito y área temática[2] y tiene la función de establecer, junto con el gobierno, el presupuesto anual y de deliberar sobre diversas políticas públicas. En primer lugar se determinan los temas en que se concentrarán las inversiones municipales a partir de las prioridades definidas por los vecinos en las asambleas (deben elegir tres de los trece que ofrece el ayuntamiento).

El reparto de las inversiones entre los distritos se realiza a partir de los siguientes criterios, definidos por la sociedad y el gobierno y modificables por ellos en cualquier momento:

- Población total del distrito (criterio de equidad)
- Carencia del servicio o infraestructura en el distrito (criterio de justicia social)
- Prioridades votadas por los vecinos (criterio democrático)[3]

[2] *Además de otros dos del gobierno (con voz pero sin derecho a voto), uno del sindicato de trabajadores del ayuntamiento y otro de la federación de asociaciones de vecinos. Todos ellos con sus respectivos suplentes.*

[3] *Se establece colectivamente un sistema de ponderación de estos criterios para cada una de las áreas de actuación, que es objeto de permanente debate, puesto que la metodología para distribuir los recursos financieros constituye el núcleo de un presupuesto.*

Por último, en noviembre el presupuesto es sometido a la cámara municipal. Tras su aprobación, se confecciona un cuadernillo que detalla el Plan de Inversiones para el año siguiente, que se publica y reparte entre los vecinos, siendo un instrumento fundamental para el control social de la actuación del gobierno. Para la elaboración del Plan de Inversiones, además de los criterios antes mencionados, se tiene en cuenta la priorización concreta de actuaciones elaborada por cada Foro de Delegados para su distrito o temática. Éstos se constituyen con un delegado por cada 10 asistentes a la asamblea correspondiente y con las funciones de priorizar las actuaciones concretas de municipio en su ámbito de competencia, controlar las actuaciones gubernamentales y apoyar a los consejeros en sus deliberaciones. El ciclo finaliza con la evaluación del año y la propuesta de modificaciones del Consejo.

En su mayoría, los demás presupuestos participativos siguen un modelo muy similar, con diversos niveles de participación, desde el asambleario hasta instancias de representación con carácter deliberativo y con una división territorial y temática de la ciudad. En Porto Alegre se ha buscado aplicarlo también a otros aspectos de la gestión municipal, como la elaboración de la planificación urbana o la red municipal de enseñanza, aunque en general su éxito en estos campos ha sido menor.

Algunos resultados de la gestión urbana de Porto Alegre

El objetivo de este texto es discutir brevemente en qué medida los logros de los 15 años de esta propuesta de gestión pueden mostrar algunas claves para una mejor política urbana. Porto Alegre se encuentra en mejor situación de partida que otras grandes ciudades latinoamericanas. En primer lugar por ser una de las ciudades más ricas de Brasil, que destaca por su calidad de vida y sus buenos indicadores de desarrollo humano (aunque éstos conviven con un 20% de población por debajo del umbral de la pobreza). En segundo lugar, el modelo institucional que define la Constitución brasileña de 1988 da una gran importancia al nivel municipal, que adquiere numerosas competencias (por ejemplo, en educación primaria y atención sanitaria básica) y, sobre todo, una notable capacidad fiscal, que complementa las transferencias de los otros niveles y otorga al municipio (sobre todo a los grandes) una notable autonomía.

Redistribución. Posiblemente el principal logro del presupuesto participativo haya sido su efecto redistributivo neto, cuya importancia se acentúa considerando que Brasil es uno de los países del mundo con mayor desi-

gualdad en el reparto de la riqueza y la renta. Las inversiones, tanto en infraestructuras como en servicios, benefician ante todo a los más desfavorecidos. El economista Adalmir Marquetti (2002) demuestra que los distritos más pobres fueron los que recibieron más inversiones *per capita* (1992-2000) y mayor número de obras por mil habitantes (1989-2000). Este autor también demuestra que hubo un aumento significativo de la oferta de bienes y servicios públicos tras la implantación del presupuesto participativo, especialmente en las áreas pobres de la ciudad, donde previamente no existían.

Según datos oficiales (Paim Fernandes, 2000: 48), algunos de los resultados en el periodo 1988-2000 en materia de infraestructuras y servicios públicos son:

- Cobertura de la red de alcantarillado: pasa del 56% al 84% en dicho periodo.
- Tratamiento secundario de las aguas residuales: del 2% al 27% (está aprobado un proyecto que permitirá llegar al 77%).
- Abastecimiento regular de agua corriente de calidad en el 99% de los hogares.
- Recogida de basura: llega al 98% de las unidades domésticas.
- Asfaltado de 240 km de calles (20 km/año).
- Instalación de 603 km de puntos de luz.

Todo ello nos permite afirmar que Porto Alegre ha conseguido frenar el proceso de deterioro del tejido urbano antes mencionado (lo cual, en el contexto regional, supone un resultado notable).

Políticas de bienestar. Las inversiones en esta materia experimentan un fuerte aumento desde 1989. Según Marquetti (2002) el gasto porcentual en educación y sanidad pasa del 13,2 y el 6,4 respectivamente (media del periodo 1984-1988) al 19,1 y el 11,6 (media de 1990-2000). En el caso de la educación, por ejemplo, entre 1988 y 2000, el número de centros educativos municipales (incluyendo centros de educación especial, de jóvenes y adultos o infantil) pasa de 29 a 90, la matriculación en las escuelas infantiles y primarias de la red municipal aumenta un 221,7% y se reduce el porcentaje de abandono escolar del 7 al 1,5%. Todo ello a través de un esfuerzo –paralelo al presupuesto participativo de la ciudad– por democratizar y descentralizar la gestión de las escuelas dando autonomía a los consejos escolares y por insertar la escuela en su entorno social y articularla con las restantes políticas públicas (Clóvis de Azavedo, 2000).

Interesa destacar también la duplicación del gasto en cultura (de una media del 0,6% de las inversiones en 1984-88 al 1,3% en 1990-2000), que se descentraliza al tiempo que se fomentan el arte popular y los artistas locales. Se trata de un aspecto ligado a la calidad de vida que tiende a ser soslayado al referirse a la ciudad latinoamericana.

Financiación. Otro gran desafío es financiar el aumento de las competencias locales en un contexto de reducción del papel del Estado y de fuerte control del déficit. En Porto Alegre, tres tipos de medidas han permitido obtener los recursos necesarios para lograr un aumento significativo de las inversiones municipales. La primera, la reforma financiera. La crisis en que estaba el municipio obligó al PT en 1989 a dar prioridad al aumento de los ingresos municipales –mediante una profunda reforma tributaria progresista, la indexación de los impuestos y tasas y el fin de las exenciones y amnistías fiscales– y al control de los gastos mediante la racionalización del pago a proveedores y contratantes (Marquetti, 2002)[4]. La recaudación fiscal mejora también gracias al presupuesto participativo y la transparencia, que muestra a los vecinos la procedencia y el carácer limitado de los ingresos municipales y el destino de sus impuestos. De este modo, sólo en los primeros cuatro años de gobierno se consiguen duplicar los ingresos municipales (Marquetti, 2002).

La segunda medida es la eficiencia en la gestión, vinculada a un riguroso control financiero y una reorganización institucional que permite una notable reducción de los gastos en administración y planificación (de un promedio del 25% del total de gastos en el periodo 1984-1988 al 16% en 1990-2000) para un volumen total de inversiones y de proyectos a gestionar mucho mayor.

La tercera medida se relaciona con la obtención de recursos externos, facilitada por una situación financiera saneada y coordinada por un organismo creado con este fin (la Secretaría Extraordinaria de Captación de Recursos y Cooperación Internacional). Los gastos asociados al pago de la deuda se mantienen en torno al 2% de los ingresos municipales (anteriormente superaban el 5%).

Sin duda estos tres son los resultados más destacados de la ciudad. Entre otros aspectos de interés en Porto Alegre podemos citar los relativos al desarrollo económico (como Portosol, una institución de crédito para pequeños y microemprendedores o cooperativas, creada y financiada por el ayuntamiento, que sin embargo no tiene mayoría en su Consejo; o la nego-

[4] *Todo ello en un momento favorable, ya que la nueva Constitución aumentó las competencias y las transferencias a los municipios y les permitió la creación de nuevos tributos.*

ciación con grandes superficies comerciales obligando a incluir en los centros al pequeño comercio del barrio, a crear secciones para vender los productos agrícolas locales, etc.); la preocupación por la integración urbana, al responder al desequilibrio del tejido urbano generado por la degradación y el esponjamiento de áreas centrales –dotadas de infraestructuras y equipamientos– mediante la promoción del realojo de los habitantes de infraviviendas en el mismo bario; el mantenimiento de una empresa pública de transportes de gran calidad que compite con éxito con las privadas; o el tratamiento dado a las cuestiones ambientales, a través, por ejemplo, de una gestión de los residuos sólidos urbanos que da prioridad a la reutilización y el reciclaje, con separación en origen.

Desafíos pendientes

Los numerosos resultados positivos que hemos descrito se constituyen en general en logros parciales, que sitúan a Porto Alegre en situación de ventaja frente a otras ciudades, anque sin llegar a aislarla de las circunstancias sociales y económicas de su entorno. Eso parece indicar una complejidad de los problemas que escapa al ámbito municipal y plantea la cuestión de en qué medida los municipios por sí solos pueden hacer frente a los graves problemas urbanos. En efecto, muchos de estos problemas pueden estar ligados a parámetros macroeconómicos y requerir actuaciones combinadas desde las tres esferas de gobierno (sería el caso, por ejemplo, de la pobreza), ser profundamete estructurales o bien tener un ámbito metropolitano y demandar una gestión conjunta –o al menos coordinada– entre municipios (es el caso, por ejemplo, de la gestión del transporte y las infraestructuras).

El ámito en que los avances de Porto Alegre han destacado menos es el de la vivienda, a pesar de que en sus diversos diversos aspectos (sobre todo, construcción de vivienda popular nueva y regularización de la propiedad) se ha mantenido entre las tres primeras prioridades de la población en el presupuesto participativo desde 1989 hasta la actualidad y de que, según datos oficiales, en 1998 el 22% de las viviendas de la ciudad (73.057) eran consideradas precarias (DEMHAB, 1999, citado por Marquetti, 2002).

Los escasos logros de Porto Alegre en este campo se pueden deber a aspectos como la amplitud del problema, que no depende exclusivamente de la esfera municipal (como la construcción de vivienda popular, cuyo principal programa dependía del gobierno federal, o del hecho de que una de las principales demandas sea la regularización de la propiedad, que

suele ir ligada a lentos y costosos procesos judiciales de expropiación) o a la complejidad inherente a los procesos de apropiación del tejido urbano (por ejemplo, una política de vivienda que no vaya acompañada de medidas para el aumento de la renta de los vecinos puede provocar la expulsión de la población pobre a la que se pretendía beneficiar). No obstante, hay buenos resultados parciales, como la construcción por el municipio entre 1989 y 2000 de más de 11.500 viviendas populares, mientras que en los 25 años anteriores se habían construido 10.177 [Paim Fernández, 2000: 48] o la ampliación de la participación ciudadana a la elaboración del nuevo Plan Director de Desarrollo Urbano y ambiental.

Conclusiones

En el caso de Porto Alegre se conjugan factores como el presupuesto participativo, el «buen gobierno» o la continuidad a lo largo de 15 años del proyecto para ofrecer una notable mejoría de la calidad de vida de sus ciudadanos en los aspectos materiales e inmateriales. Esto augura buenas expectativas para los restantes presupuestos participativos en Brasil y América Latina, aunque aún sea pronto para ver resultados en la mayoría de ellos. No obstante, al tratarse de un arreglo institucional relativamente abierto, en cada caso los resultados finales dependerán de los principios que guíen su aplicación y de la forma en que ésta se realice (de ahí la importancia de que dé una especial importancia al protagonismo vecinal y a un enfoque redistributivo).

Sin embargo, todos estos logros no consiguen aislar a Porto Alegre de los problemas y necesidades de las ciudades de su entorno regional; se ataja la exclusión social, pero la reducción formal de la pobreza es leve. Por lo tanto, a pesar del fuerte impacto positivo de una gestión local virtuosa, los municipios por sí solos no parecen tener capacidad para llegar a revertir las tendencias de degradación del tejido urbano y responder a los grandes desafíos que se les presentan, dado el carácter global o nacional de factores como el debilitamiento del Estado o el aumento de las desigualdades.

Bibliografía

CLÓVIS DE AZEVEDO, José, 2000: «Escola cidadã: políticas e prácticas». En: Pont, Raul (coord.) y Adair Barcelos (org.) *Porto Alegre. Uma cidade que conquista. A terceira gestão do PT no governo municipal.* Artes e ofícios, Porto Alegre.

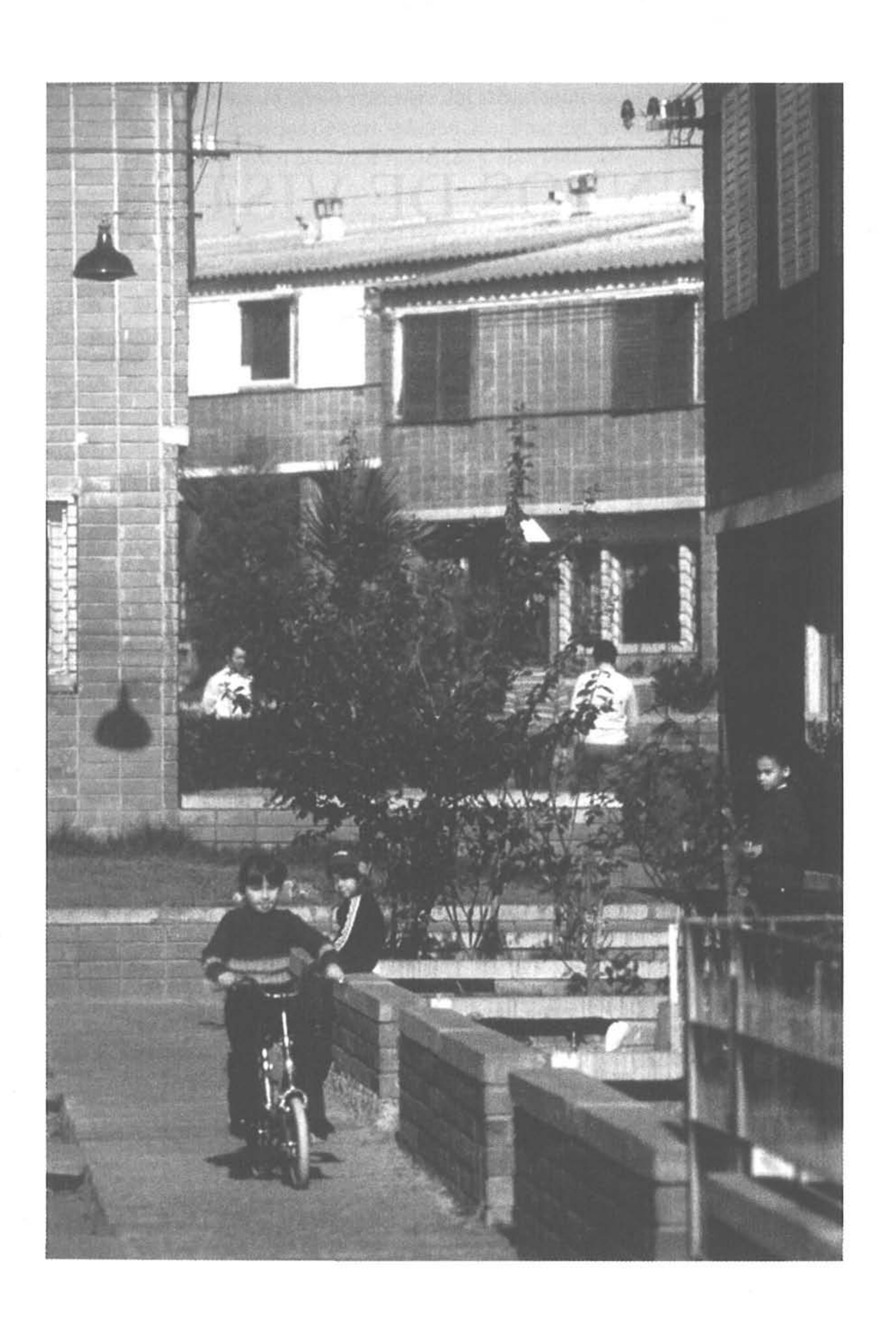
JACOBI, Pedro, 1994: «Causas recientes del crecimiento urbano actual de América Latina y las tendencias de corto plazo». En: Puncel Chornet, Alfonso (Ed.), *Las ciudades de América Latina: Problemas y oportunidades,* Universitat de València, Valencia.

MARQUETTI, Adalmir, 2002: «Participação e Redistribução: o Orçamento Participativo em Porto Alegre». Consultado en www.democraciaparticipativa.org, abril 2003.

PAIM FERNANDES, José Henrique, 2000: «Porto Alegre, processo, projeto e inserção internacional». En: Pont y Barcelos, *op. cit.*

URBAN 21. Informe mundial y Declaración de Berlín sobre el futuro urbano, 2000, Fundació Carles Pi i Sunyer d'Estudis Autonòmics i Locals, Barcelona.

PUNTOS DE VISTA



Cooperativa de vivienda por ayuda mutua. Foto: Salvador Schelotto.

Un observatorio para el perfeccionamiento de la democracia en Centroamérica

Manuel Hernández Ruigómez y Jaime Ordóñez Chacón

Introducción

El istmo centroamericano ha sido, hasta bien recientemente, una de las zonas más convulsas del planeta[1]. Como si se hubiesen repetido regularmente las diez plagas bíblicas de Egipto, sus pueblos han sufrido, en el último medio siglo, terremotos, maremotos, huracanes, inundaciones, corrupción, pobreza, golpes de Estado, dictaduras, revoluciones, guerras civiles que han ido desangrando a las respectivas sociedades nacionales de una manera inmisericorde. Hace sólo una década, todavía eran perceptibles en esos territorios los rescoldos de unas guerras fratricidas que, durante largos años, encogieron el alma de la humanidad. Unos mantenían que las agudas y espeluznantes diferencias sociales alimentaban esos conflictos; otros que eran debidos al enfrentamiento bipolar que presidió la actualidad internacional desde el final de la Segunda Guerra Mundial hasta el derrumbamiento estrepitoso del Muro de Berlín; en fin, los había que lo atribuían a una combinación de ambos efectos. Sea lo que fuere, el caso es que, a lo largo del último decenio, hemos asistido no sólo al apaciguamiento sostenido y esperanzador de la región, sino a una menor incidencia de los calamitosos desastres naturales, con la penosa excepción del huracán *Mich* que afectó, particularmente, a Honduras y Nicaragua, pero también a las otras tres repúblicas, en octubre de 1998.

Este lapso de paz y tranquilidad ha proporcionado muchas utilidades al istmo y a sus habitantes pero, entre las más importantes, hay que resaltar la posibilidad que se ha dado a los sistemas democráticos y constitucionales, al Estado de Derecho, para que se instalen y se afiancen en los respectivos países de una manera, nos atrevemos a asegurar, sólida y estable como

[1] *A efectos prácticos, optamos por la definición histórica de Centroamérica, es decir, la zona que integra a las actuales cinco repúblicas –Costa Rica, El Salvador, Guatemala, Honduras y Nicaragua– que surgen de las intendencias que formaban la Capitanía General de Guatemala dentro del Virreinato de Nueva España. Estos territorios, al llegar la independencia, en 1821-1823, constituyen las Provincias Unidas de la América Central hasta su disgregación en 1838.*

nunca antes en su historia. Con todo, el proceso, lejos de su conclusión, está apenas iniciándose y si hay una característica que salta a la vista en los cinco Estados ésta es la debilidad que afecta a sus estructuras democráticas, la inexistencia de una sociedad civil que sirva de soporte al complejo entramado institucional que exigen las democracias hoy en día. Es evidente que en el mundo moderno, cuando los pueblo demandan una mayor participación e implicación en los asuntos políticos, en la gestión del Estado, y este es el caso de la Centroamérica actual, no podemos mantener que la democracia son las elecciones y poco más. Dice Norberto Bobbio que la sociedad civil es el resultado del Estado y no al revés. Pues bien, ha llegado el momento de que los Estados sean capaces de generar sus propias sociedades civiles en Centroamérica.

Desde nuestro punto de vista, democracia, Estado democrático, es, primeramente, un compromiso político con un determinado modo de ejercer el poder que, desde luego, implica elecciones periódicas, así como grupos de intereses ideológicos que las disputen y que, de alguna manera, asocien a los votantes con modos públicamente concretos de dirigir el país. Pero además, democracia de un concepto esencialmente complejo: es distribución horizontal del poder siguiendo el modelo clásico de Montesquieu; es dotar a los parlamentos y a los jueces de verdadera independencia, lo que significa medios y presupuestos consolidados; es ceder competencias (y también recursos), verticalmente, a otras entidades menores, subsidiarias de las centrales, como municipios y regiones; es regular la política fiscal de modo que, por su medio, el Estado pueda asegurar un reparto justo de la renta; democracia también es disponer de una normativa legal, ordenada y sistemática que permita desarrollar coherentemente la labor de gobierno; es dotar a las estructuras de poder de cuerpos de funcionarios públicos estables, adecuadamente pagados y seleccionados apolíticamente, esto es, con imparcialidad. Estado democrático es todo eso y mucho más.

Para poder diseñar una labor que, a todas luces se nos aparece como hercúlea, no nos basta con los dispositivos de identificación de los problemas existentes y actuantes a través de, por ejemplo, los medios de comunicación social; tampoco los gobiernos u otras instituciones públicas serían capaces de realizar esta tarea, puesto que las contrariedades de la cotidianeidad son tan absorbentes que parcamente disponen de tiempo para dedicarse a la reflexión reformadora; ni siquiera sirven los programas electorales de los partidos políticos, excesivamente enfocados a la pura conquista del poder; ni tampoco, por supuesto, las agencias internacionales de cooperación. Se hace necesaria una entidad independiente, dedicada expresamente a la identificación, al estudio de las causas que impiden el fortaleci-

miento del Estado democrático y esté constituida por expertos de reconocido prestigio intelectual procedentes de los cinco países. Un mecanismo que reconozca, advierta, notifique y oriente acerca de los enigmas que lastran o impiden la modernización de los Estados, el asentamiento de la sociedad civil, el reconocimiento de los derechos humanos y de las libertades públicas, en definitiva: el triunfo de la institucionalización democrática. Es urgente el establecimiento de una suerte de observatorio dedicado a todas estas cuestiones, cruciales para el futuro del istmo centroamericano.

Características y alcance del Observatorio

Aunque estamos en disposición de poder asegurar que los cinco países han iniciado la senda que, a buen seguro, les llevará a la consolidación de sociedades civiles y, por su medio, a alcanzar la estabilidad definitiva del Estado democrático, es preciso dar un impulso al complejo proceso que tienen ante sí. Este es el objetivo del Observatorio de la Democracia en Centroamérica. Este programa busca identificar y proponer un *sistema de indicadores de gobernabilidad jurídica e institucional,* válido para los países de Centroamérica, sobre la base del derecho público comparado y sus avances de las últimas tres décadas. Es decir, se trata de poner en manos de la sociedad un instrumento que fije un marco mínimo de exigencias jurídicas y de estructuración de los órganos de Estado. En este sentido, el conjunto de variables analíticas –indicadores– que va a desarrollar el Observatorio se compone de normas y diseños institucionales, esto es, un conjunto de preceptos jurídicos de carácter prescriptivo para la reorganización de las leyes y de los órganos del Estado. En buena medida, se propone una tipología o Estado mínimo, a partir de la experiencia de las mejores prácticas (*bench marking*), así como el desarrollo de las normas sustantivas y procesales de los derechos constitucional, administrativo, electoral, financiero, fiscal y tributario, así como otra serie de órdenes normativos en el área del derecho público y del llamado *institutional building.*

En segundo término, el Observatorio pretende –a diferencia de muchos otros enfoques analíticos que, sobre el fenómeno democrático, han predominado en América Latina y en otros lugares del mundo en los últimos años– rescatar la centralidad de lo jurídico y del Estado de Derecho en una democracia. En este sentido, el sistema de indicadores que se propone se desmarca de las corrientes sociologistas y economicistas, tan en boga en las últimas décadas dentro de la ciencia social latinoamericana, buscando

alumbrar otro ángulo para la reconstrucción de los sistemas democráticos. Se pone así el énfasis en la madurez de los sistemas jurídicos y legales, en la consolidación efectiva del Estado de Derecho, mediante un satisfactorio desarrollo de la constitución respectiva. Una sociedad civil-democrática –e inclusive, el funcionamiento de un mercado robusto y eficiente que pueda producir y distribuir riqueza– no es posible sin la preexistencia de un Estado de Derecho y de un conjunto de normas y de instituciones modernas reguladas por el derecho público.

América Latina y Centroamérica en el contexto de la transición democrática. Más de una década y media después de haberse iniciado el proceso de democratización o retorno a la democracia en los países centroamericanos, es urgente complementar los proyectos de monitoreo de la valoración ciudadana (sociológicos y de cultura política) con los modelos de comparación jurídico-institucional. El diálogo entre estas dos perspectivas permitirá tener un parámetro integral de evaluación de la gobernabilidad y de la eficacia de los Estados de Derecho en Centroamérica, así como la transición a la consolidación y a la modernización democráticas. El programa Observatorio de la Democracia en Centroamérica cubre un área de diagnóstico y evaluación de requisitos normativos y de estructuras funcionales de tipo institucional considerados condiciones básicas o mínimas para el desempeño eficaz de una democracia moderna.

La omisión y subestima de las evaluaciones normativas de los sistemas democráticos en Centroamérica ha impedido generar acciones que corrijan los serios vacíos o disfuncionalidades legales e institucionales de la región. Si bien todos los países centroamericanos tienen como sistema de gobierno un modelo de democracia representativa y republicana, prevalecen anomalías y carencias normativas que atrofian el correcto funcionamiento del sistema político.

El sistema analítico del Observatorio de la Democracia en Centroamérica supone un instrumento de evaluación y seguimiento de las reformas jurídicas e institucionales. La definición clásica de evaluación remite a la «emisión de un juicio sobre el valor o mérito de algo», lo cual implica valoraciones que pueden afectar intereses específicos de poder[2]. Por lo tanto, la proyección o pronóstico sobre la efectividad de los resultados derivados de la ejecución de un proyecto, en esencia evaluativo, como supone un sistema de indicadores de gobernabilidad, reconoce condicionamientos como la voluntad política de los decisores formales, la intersubjetividad / imparcialidad de los datos, los hallazgos de la investigación y los factores del con-

[2] *Cfr. House, Ernst.* Evaluación, ética y poder. *Ediciones Morata, S. L. Madrid, 1994. (Publicada originalmente por Sage Publications Inc., 1980). Pág. 20.*

texto, así como los objetivos de la instituciones de cooperación internacional y de la inversión extranjera.

Más allá del análisis transicionalista. Tras las décadas de 1980 y 1990, en las que se afianzaron notablemente los procesos de transición democrática en la región, las naciones de Centroamérica han experimentado progresos sustantivos en la separación y equilibrio de los principales poderes del Estado, desarrollo de sus institutos políticos y jurídicos, así como algunas mejoras en el ámbito de la rendición de cuentas. Asimismo, se ha procurado que los conflictos sociales sean dirimidos y articulados de acuerdo con las estructuras normativas e institucionales democráticas. En la actualidad, los sistemas electorales garantizan, en forma aceptable, la realización de elecciones periódicas para definir los principales cargos de representación. Como consecuencia de lo anterior, al comenzar el siglo XXI, todos los países centroamericanos tienen como sistema de gobierno el modelo de democracia representativa y el desarrollo de un *ethos* político que acepta su preeminencia, incluso en situaciones de crisis.

La distinta evolución de los procesos económicos y sociales en los países de la región ha dado lugar, sin embargo, a un paisaje institucional, político y normativo sumamente desigual, no existiendo, en la mayoría de los casos, información comparativa que genere retroalimentación de las distintas experiencias. Así, los países centroamericanos se ven estancados y, en algunos casos, sufren retrocesos significativos, producto de su insuficiente capacidad instalada desde el punto de vista institucional o del débil desarrollo de su sistema jurídico y orgánico. Un patrón común en Centroamérica es, justamente, la existencia de lagunas y deficiencias normativas en ámbitos fundamentales. En consecuencia, las certezas jurídicas e institucionales requeridas para el correcto funcionamiento del Estado de Derecho, principalmente en lo que atañe a la eficacia de la administración pública, la labor de organismos controladores, y la práctica cotidiana de muchos derechos ciudadanos son, ciertamente, débiles y están insuficientemente desarrolladas. Órganos constitucionales e institucionales esenciales como los parlamentos, los poderes judiciales, las abogacías del Estado o las propias contralorías (tribunales de cuentas) se encuentran –tal y como lo confiesan sus mismos dirigentes– presos de un marasmo procedimental y de una débil o contradictoria dinámica institucional como resultado de problemas medulares en su diseño, funciones, competencias, alcances y objetivos.

Prácticamente, en todos los países centroamericanos y latinoamericanos existen vacíos institucionales y normativos de extraordinaria importancia que conspiran contra el correcto desarrollo de los modelos de representación política, contra los principios de seguridad y certidumbre jurídica y, en sen-

tido más general, contra los derechos ciudadanos fundamentales. Adicionalmente, existe un precario desarrollo de las competencias de los gobiernos locales en materia administrativa, de gestión pública, de coerción y coacción jurídica, lo cual contradice en la práctica los esfuerzos de descentralización democrática y participación ciudadana en la toma de decisiones.

Fortalecimiento del Estado de Derecho (*rule of law*). En el actual escenario latinoamericano y, particularmente, centroamericano la cuestión no es, pues, solamente de «retorno a la democracia», ni únicamente de «liberación» del autoritarismo, sino de consolidación y profundización del sistema democrático. Se puede afirmar que la Centroamérica de inicios del siglo XXI ya está inmersa en ese proceso y es justamente esa perspectiva la que el proyecto asume como premisa de trabajo. Ello significa que las categorías analíticas, así como el arsenal conceptual que las justifican, están dirigidas a este nuevo escenario, más complejo y de perfiles técnicos más profundos y diversos, pues se trata, justamente, de auscultar y resolver las demandas institucionales y normativas que presenta el Estado de Derecho en la región.

Ello obliga, desde luego, a una profundización sobre diversos aspectos de la teoría y práctica constitucionales, sus elementos normativos, e incorporar mucho del desarrollo internacional de las últimas décadas en el ámbito del derecho público. La sustantividad empírica y el avance científico en ámbitos como el de derecho administrativo, financiero, tributario, los sistemas de representación política y técnicas electorales modernas adquiere, así un nivel de especialidad y detalle de alta exigencia. Con ello se conseguiría dar una preeminencia central a la modernización institucional y normativa en la agenda de la reforma del Estado en América Latina.

La propuesta de un sistema de indicadores e índices de gobernabilidad jurídica en la etapa actual de evolución política de América Latina –Centroamérica incluida– parece plantear exigencias distintas de orden histórico, conceptual y sustantivo, ciertamente diferentes a los análisis transicionalistas y sus modelos, desarrollados durante las décadas de 1970 y 1980[3]. Por ejemplo, una característica del marco analítico transicionalista es, justamente, la restricción de las categorías conceptuales al proceso de retorno a la democracia, o vindicación inicial de ésta, como fue el caso de ciertos países que no habí-

[3] *Existe un gran número de estudios sobre los procesos de transición democrática en diversos países, especialmente, en los de Europa del Este que durante décadas tuvieron como régimen político al socialismo real. Sirvan de ejemplo los textos de Crawford y Liphart, Kistchield, Kopecky, Linz y Stepan y Sartori. Asimismo, merecen particular atención los análisis evaluativos –o incluso proyectivos– de la experiencia postcomunista europea aplicados a Cuba, tales son los casos de la obra de Baloyra, y la ponencia titulada «Transición democrática y sistemas de partidos: escenarios posibles en la transición cubana», de Enrique Conejero Paz.*

an vivido una experiencia democrática previa[4]. Los límites de este modelo vendrían dados, además, por reducir los prerrequisitos democráticos a un conjunto de variables, generalmente dirigidas a los siguientes escenarios:

a) Fin de las dictaduras y recuperación del poder por las clases políticas civiles.
b) Principio de división de poderes y normativa básica del Estado de Derecho.
c) Verificación de una serie de índices en el ámbito de libertades electorales, con énfasis en la transparencia del sufragio, pluripartidismo y libertad para la participación política.
d) Apertura en materia de libertades políticas, con énfasis en la libertad de expresión, asociación, agrupación política y gremialización.

Los trabajos pioneros y fundamentales de O'Donnell, Schmitter, Whitehead, Prezworsky y otros autores sobre las distintas categorías de ese fenómeno tuvieron, sin duda, una enorme significación teórica, además de instrumental, para entender el proceso de transición de dictaduras militares o autoritarismos burocráticos hacia formas de democracia representativa, entendida ésta como el acercamiento paulatino y sistemático a los principios de la democracia liberal, el Estado y la transparencia y legitimidad del sufragio.

De acuerdo con Schmitter y Schneider el período de transición a la democracia estaría superado «cuando todos los actores políticos están de acuerdo en que una regresión al *statu quo ante* o a cualquier forma de autocracia es altamente improbable»[5]. Sin embargo, el término «consolidación de la democracia» es, en sí mismo, controversial, pues una democracia está en ajuste constante y es capaz de autotransformarse de acuerdo a las variables condiciones a las que se ve sometida.

En este sentido, la consolidación de la democracia debería ser vista, más bien, como un proceso o como la suma de procesos que hacen posible el conjunto de certidumbres, confianzas y derechos ciudadanos que generan seguridad cívica. Evidentemente, ello permite el florecimiento del Estado

[4] *En el caso de Europa del Este y de su transición hacia la democracia, iniciada en 1989, la evidencia de las distintas circunstancias vividas por países como Chequia y Polonia, con experiencia democrática previa a la II Guerra Mundial, resulta muy distinta a la de Bulgaria o Turquía, con formas y estructuras de poder aún verticalistas como resultado de su total inexperiencia democrática previa. Tal es el caso de la actual Rusia. En América Latina, la diferencia no es tan acusada, pero es posible reconocer países con limitada experiencia democrática-representativa durante los siglos XIX y XX.*

[5] *Schmitter, Philippe C.; Schneider, Carsten Q.,* Conceptualizing and Measuring the Liberalization of Autocrazy, and the Consolidation of Democracy across Regions of the World and from Different Points of Departure. *Ediciones Universidad de Salamanca, 2002. Pág. 1582.*

democrático. Este perfil de la democracia, que sirve de base para el desarrollo de este programa, coincide plenamente con la observación, ya adelantada por Prezworsky, referida a que el «reto para los consolidadores de la democracia es encontrar la serie de instituciones que acuerpen el consenso contingente entre los políticos y que sean capaces de invocar la posible aquiescencia de los ciudadanos»[6].

La cuestión de la consolidación democrática adquiere, en esta perspectiva, una connotación particular, no necesariamente como una categoría absoluta y estática. En términos de Schmitter y Schneider, (1), «la consolidación del régimen consiste en transformar los arreglos accidentales, las normas prudenciales y las soluciones contingentes que han emergido durante las luchas inciertas de la transición en instituciones, o sea, en relaciones que sean reconocidas, practicadas regularmente y aceptadas normativamente por las personas o colectividades definidas como participantes / ciudadanos / sujetos de esas instituciones; y (2), la consolidación de un régimen democrático, por lo tanto, consiste en transformar las relaciones políticas *ad hoc* que han emergido poco a poco y parcialmente, en instituciones estables, de tal manera que los subsiguientes canales de acceso, patrones de inclusión, recursos para la acción y normas sobre la toma de decisiones, se conformen a un estándar superior: el de la ciudadanía»[7].

En este punto, se hace referencia a los derechos, pero también a los deberes, tanto de los gobernantes como de los gobernados y se llega a la conclusión de que en esta relación entre ciudadanos y gobierno, «los políticos tienen que estar de acuerdo en establecer una serie de instituciones y los ciudadanos tienen eventualmente que consentir –implícita o explícitamente– con las escogencias hechas por sus representantes». Otras perspectivas definen la consolidación democrática como «el proceso de cristalización, en sus caracteres esenciales y de adaptación en los secundarios en las distintas estructuras y normas democráticas, provocado por el transcurso del tiempo. El tiempo puede llevar a crisis, rupturas, cambios, pero si se da esa cristalización-adaptación se obtiene la consolidación»[8].

Los estudios en materia de consolidación democrática –indicadores y análisis sobre distintos órdenes normativos y otras categorías de profundización democrática– han sido extensos y difundidos durante los diez últimos años. Asimismo, se han ejecutado valiosos diagnósticos y evaluacio-

[6] *Ibidem.*

[7] *Schmitter & Schneider, op. cit. pág. 1584.*

[8] *Morlino, Leonardo, «Las Democracias». En: Pasquino, Gianfranco, et al,:* Manual de ciencia política, *Madrid, Alianza Universidad Textos, octava reimpresión, 1996. Pág. 113.*

nes del proceso de democratización en Centroamérica. Estos trabajos se han concertado en ámbitos como la concertación social y los acuerdos de paz, la desmilitarización, el fortalecimiento de las democracias electorales y los sistemas de partidos, la integración e inclusión de sectores sociales en los procesos decisorios, los esfuerzos por mantener el crecimiento económico y el desarrollo humano sostenible, la cultura política democrática y la participación ciudadana, y la integración política y económico-comercial.

Ahora bien, una vez consolidadas las respectivas transiciones es hora de perfeccionar los correspondientes sistemas democráticos analizando cuáles son sus carencias o dónde hay que incidir para perfeccionar su funcionamiento a la búsqueda de la conformación y consolidación de las ansiadas sociedades civiles.

El análisis de la consolidación del Estado de Derecho también ha sido considerado en estos estudios, principalmente, a modo de capítulos introductorios de los otros ámbitos citados o como su «marco» y contexto. De esta manera, la definición procedimental de las «reglas del juego» democrático ha devenido en un referente necesario para la evaluación de los «resultados del juego» durante los últimos tres lustros del siglo XX. Sin embargo, el programa Observatorio de la Democracia en Centroamérica considera que los países del istmo no cuentan aún con un sistema de variables e indicadores adecuado a los regímenes democráticos, en lo institucional y en lo normativo-jurídico. Esta carencia impide la construcción y puesta en práctica de un marco de referencia óptimo para el diagnóstico y evaluación del Estado democrático de derecho y de sus instituciones en los países de la región.

Así, el Programa Observatorio de la democracia en Centroamérica va a procurar definir un conjunto de criterios conceptuales y metodológicos –protocolo técnico– para producir un sistema de indicadores de desarrollo institucional y jurídico. Este sistema definirá parámetros o exigencias mínimas para que operen los presupuestos de gobernabilidad jurídica, coherencia en la gestión institucional, seguridad y certidumbre jurídica y los demás factores inherentes al Estado de Derecho y a la satisfacción de los valores democráticos. El sistema será considerado, por lo tanto, como un «modelo» que establece una tipología básica o «modelo de Estado mínimo-necesario» del espectro institucional y jurídico de la democracia para los países centroamericanos.

La construcción del modelo supone un análisis estructural y funcional: las normas e instituciones establecidas en el concepto y precepto del Estado Democrático de Derecho tienen una finalidad democrática, dentro del concepto más general del Estado Social de Derecho. Además, supone un

análisis de orden sistemático: la «eficacia social» de las estructuras normativas o instituciones deriva de sus interacciones con otras áreas contiguas o aledañas en las que, igualmente, subyacen principios y valores de satisfacción para la convivencia social en democracia.

Modelos empíricos y modelos normativistas del análisis democrático. La distinción fundamental que debe plantearse aquí es entre las disciplinas de carácter descriptivo-explicativo (ciencias políticas, estadísticas, explicaciones del acontecer social a partir de la sociología, economía, econometría, antropología social, etc.) y modelos que tienen una orientación distinta como la estimativa-jurídica –el derecho comparado, el análisis institucional comparado–, caracterizados por una pretensión esencialmente prescriptiva. Mientras las primeras tienen fundamento en metodologías inductivas y de inferencia empírica, los modelos, con una orientación normativa, tienen su base en métodos de carácter deductivo y analógico. No buscan explicar sino, más bien, normar la realidad. No son ciencias empíricas, puesto que pertenecen al campo del pensamiento lógico, del llamado razonamiento jurídico y de su correspondiente deontología.

A los proponentes del Observatorio de la Democracia en Centroamérica les parece importante reiterar el objetivo que mueve la construcción del arsenal teórico y conceptual en la base de este programa: diseñar, con base en el desarrollo comparado a nivel internacional, una tipología del Estado mínimo y, a partir de ella, elaborar un sistema de variables, indicadores e índices que permitan establecer una propuesta normativa e institucional básica y operativa para los países de Centroamérica. Desde luego que, en relación con este tipo de modelos normativos, se han multiplicado los análisis a partir del derecho, la sociología, la ciencia política y la economía y, dentro de cada una de estas disciplinas, se identifican numerosas perspectivas específicas que generan a su vez modelos particulares, no pocas veces antagónicos. De esta forma, se ha generado una suerte de «explosión modelar» o de tipos ideales de democracia. Inclusive los más serios trabajos teóricos han sido insuficientes para cuantificar todo el árbol genealógico derivado de la raíz democrática[9].

[9] *A modo de ejemplo confróntese:*

– *Held, David,* Modelos de democracia, *Alianza Editorial, Madrid. 1.ª edición en Alianza Ensayos. 2001.*

– *Liphart, Arendt,* Patterns of Democracy: Government Forms and Performance in Thirty-Six Countries, *Yale University Press. New Haven - London. 1999.*

– *Diamond, Larry; Plattner, Marc F (compiladores),* El resurgimiento global de la democracia, *Instituto de Investigaciones Sociales. Universidad Autónoma de México (UNAM). 1.ª edición, 1996.*

La búsqueda de un modelo de validez general. Aun sin la pretensión de resolver las polémicas provocadas por este debate, pero sobre la base del análisis de esos elementos considerados como indispensables para el ejercicio democrático del poder, se plantea una cuestión fundamental: ¿Cuál es el conjunto normativo que debe ser enunciado y cuál es el sistema de institutos jurídicos y estructuras institucional-organizativas que debe tener como mínimo un Estado democrático para que funcione de acuerdo con las expectativas de la ciudadanía? Las respuestas tentativas que las ciencias sociales y jurídicas han producido hasta el momento pueden agruparse, a su vez, en dos grandes áreas teórico-metodológicas: las investigaciones con asidero en la «cultura política», donde la sociología y la ciencia política han llevado la vanguardia disciplinaria; y las investigaciones «normativo-jurídicas» de la institucionalidad política en las que el derecho ha generado un aporte indiscutible.

El segundo énfasis corresponde a la decisión analítica del Observatorio de la Democracia en Centroamérica. Si bien se concentra en la prescripción axiológica, jurídica e institucional, explicita como uno de sus objetivos la necesidad de iniciar un diálogo de retroalimentación constante con los muchos trabajos cuyo acento está puesto en la cultura. Con la enunciación de un sistema de estas características, se pretende definir un conjunto de variables, índices e indicadores que evalúen el funcionamiento de las democracias centroamericanas a partir de la eficiencia y coherencia de la institucionalidad del Estado Social y Democrático de Derecho. No se aspira a evaluar las percepciones que la sociedad tiene sobre las normas y la gestión de las instituciones, sino el *corpus* estructural-organizacional del Estado y sus funciones, derivados de preceptos básicamente jurídicos.

Se ha demostrado que en muchos países, y durante la mayor parte de la historia, el orden social y la estatalidad no han estado determinados ni definidos por normas jurídicas; es el caso de monarquías absolutas, tiranías, Estados soviéticos, etc. El Estado de Derecho contemporáneo y el buen gobierno sí las requiere. Las relaciones del aparato institucional mínimo con la sociedad deben fundamentarse en, y estar reguladas por, el derecho. Así con este marco teórico-metodológico, la problemática política fundamental, el manejo del conflicto, se supedita a las normas jurídicas.

En este sentido, el derecho juega un papel de ordenador social, mensajero del posible conflicto y definidor de las reglas del juego de la democracia. Tal y como planteaba Ekkehart Stein a inicios de la década de 1970, «todo conflicto que surge en una comunidad pone a ésta en peligro. Por

ello, dominar el conflicto es una cuestión existencial. Para lograrlo [el jurista legislador] ha elaborado una serie de preceptos vinculantes y ha creado órganos especiales (...) La mayor dificultad consiste en lograr que toda la comunidad acepte determinada solución. En tanto no se consigue continúa el conflicto»[10]. Esta perspectiva responde, desde luego, a toda una tradición ideológica, en la cual han desarrollado sus propuestas Duverger, Sartori, Larenz, Bobbio y Habermas, entre otros, así como las reflexiones sobre las reglas del juego y los presupuestos democráticos planteados en su oportunidad por Robert Dahl.

Esta perspectiva está, también, directamente relacionada con las corrientes politológicas de análisis de la ingobernabilidad (vs. gobernabilidad) y de la legitimidad (vs. crisis de legitimidad) del sistema político democrático. Trascendiendo la polisemia que se da en su interpretación, producto de decisiones ideológicas inherentes a sus desarrollos teóricos, estas corrientes abordan la cuestión de viabilidad del Estado democrático en las sociedades contemporáneas, problemática medular objeto del Observatorio. No se asumen dogmáticamente tesis «neoconservadoras», «neoliberales», ni «neomarxistas», sino que se parte de una suerte de equilibrio entre referentes axiológicos provenientes de los aportes de diversos autores como Crozier-Huntington y Watanuki, Luhman, Prezworsky, O'Connor, Alcántara, Tomassini, Lipset y Prats Catalá, entre muchos otros que reconocen, aun con sus importantes énfasis y discrepancias, la centralidad de las normas e instituciones como núcleos constitutivos –no exclusivos– de viabilidad para el buen gobierno en un sistema democrático.

El Programa Observatorio de la Democracia en Centroamérica parte, pues, de la preeminencia que un Estado Democrático de Derecho tiene para la modernización y fortalecimiento del sistema normativo e institucional, un imprescindible acervo de garantías para la correcta concreción y ejecución de los principios de legalidad, seguridad jurídica y representatividad.

Los ejes temáticos del Observatorio de la Democracia. El modelo normativo-institucional propuesto para los países centroamericanos está conformado por cuatro áreas de estudio o ejes temáticos que permitirán ordenar y establecer relaciones entre el conjunto de variables e índices y el sistema de indicadores, desde una aproximación analítica estructural, funcional y sistemática. Este protocolo teórico y metodológico para ser aplicado en Guatemala, Honduras, El Salvador, Nicaragua y Costa Rica, establece como núcleo analítico los siguientes ejes:

[10] *Stein, E.* Derecho Político. Biblioteca Jurídica. *1.ª edición en español. Madrid. 1973. Pág. 15.*

- **PRIMER EJE. Normas constitucionales, sistema legal sustantivo e institucionalidad democrática.**
  Es referido al conjunto de principios constitucionales, leyes vigentes, y conjunto de instituciones básicas dentro de un sistema político. Se consideran requisito esencial para el funcionamiento de la democracia. Se entiende que con el respeto a ese conjunto jurídico e institucional se pueden establecer criterios de consolidación y avance democráticos, tal como este sistema se ha desarrollado en sociedades avanzadas.

- **SEGUNDO EJE. Administración financiera del Estado, sistema tributario y fiscal.**
  Es referido al conjunto de principios constitucionales, leyes y conjunto de instituciones que, bajo presupuestos de equidad y eficacia, generan productos para ser reinvertidos en el ámbito de la justicia formal. Consiste en la aplicación o ejecución del sistema normativo para que el Estado cuente con recursos materiales suficientes para la operación de los criterios de la justicia en la vida social de un régimen democrático.
  Como adición conceptual y metodológica a la definición del eje, se pretenden establecer los requisitos mínimos normativos e institucionales que deben tener los Estados democráticos centroamericanos para garantizar que la consecución de recursos para el cumplimiento de los objetivos deseados por la colectividad, provenga equitativa y proporcionalmente de todos los ciudadanos, de acuerdo con su capacidad económica.

- **TERCER EJE. Inversión en institucionalidad democrática.**
  Es referido a la inversión o gasto público que permite el mantenimiento y perfeccionamiento de la institucionalidad y legalidad democrática básica en una determinada sociedad, así como la adecuada canalización de las demandas sociales, en particular el cumplimiento de los derechos económicos, sociales y culturales de los habitantes de su territorio.
  De acuerdo con lo anterior, la inversión democrática debe relacionarse con indicadores de estabilidad y crecimiento económico, tales como el volumen del PIB y del gasto público total en un período específico. Asimismo, se encuentra determinada por el nivel de desarrollo relativo de cada sociedad, el modelo de desarrollo adoptado y el entorno económico interno y externo.

- **Cuarto Eje. Marco jurídico e institucional sobre el sistema de representación política y participación ciudadana.**
Se refiere al análisis del subsistema político y político-electoral, en sus ámbitos normativo e institucional, orientados a promover la participación de la ciudadanía en los procesos decisorios y en la demanda de rendición de cuentas; lo anterior de acuerdo con variables que midan niveles y fluctuaciones significativas en los últimos años (avances y retrocesos cualificables y cuantificables) entre países con regímenes democráticos.

La aplicación de los indicadores en cada eje podrá determinar para los cinco países concernidos:

- Coberturas por áreas de derechos específicos.
- Aplicabilidad de los niveles de cumplimiento, a partir de la formulación de Índices Particulares e Índices Integrados.
- Definición de áreas de pleno cumplimiento, áreas sombra y área de incumplimiento.
- Establecimiento de una gradación evaluativa con porcentajes según el indicador específico.
- Demandas de acuerdo con los sistemas jurídicos e institucionales comparados.

Conclusión

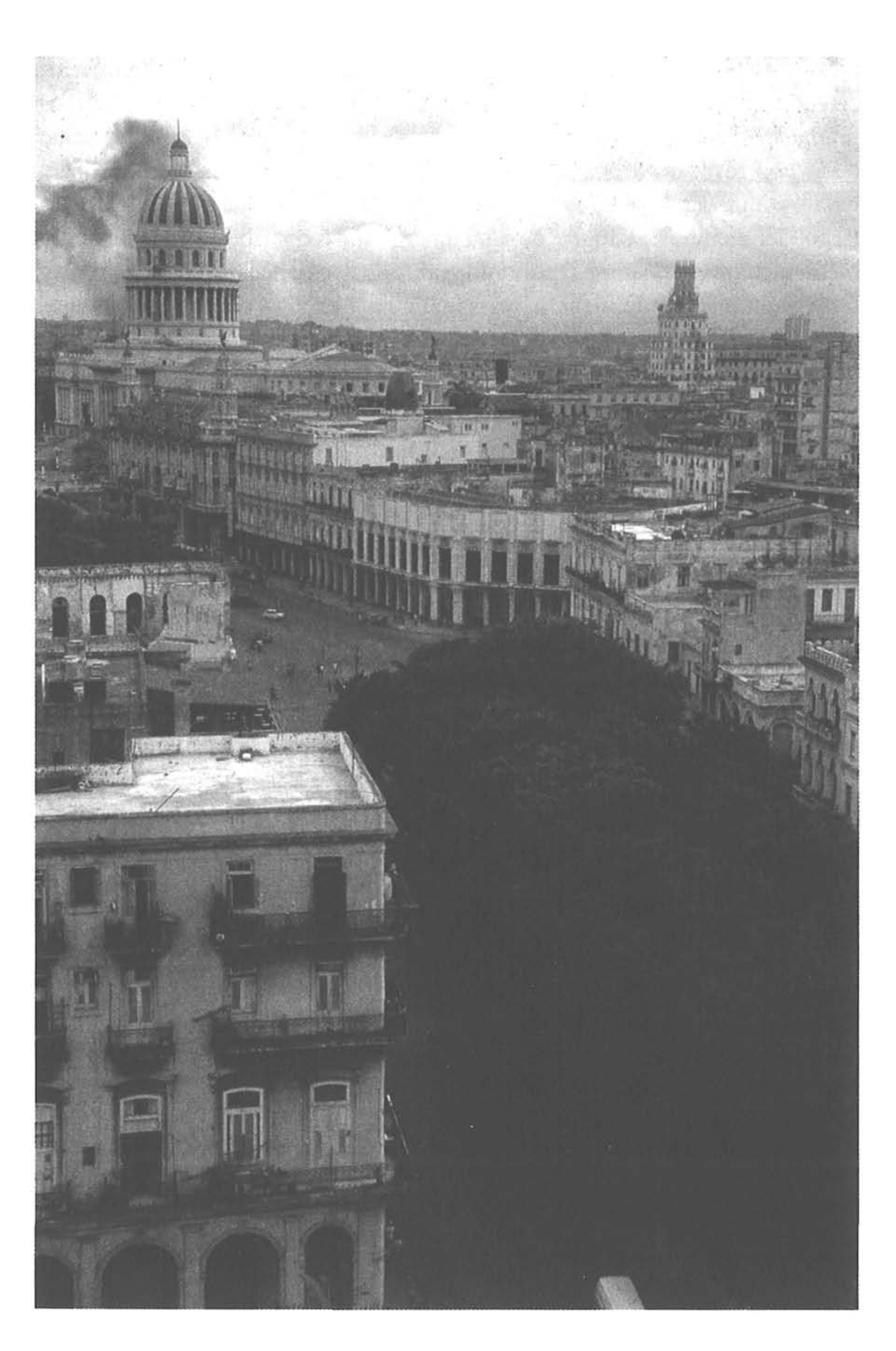
El Observatorio de la Democracia en Centroamérica tiene el objetivo claro de convertirse en un instrumento de utilidad, tanto para los gobiernos de los cinco países, como para sus principales instituciones, así como para las agencias de cooperación internacional mediante la fijación de una serie de aspiraciones normativas jurídicas e institucionales que constituyan un Estado de Derecho mínimo para el desarrollo de sociedades democráticas en la región como resultado de la experiencia y del derecho comparado. Pero sobre todo lo será para los pueblos del istmo. Además, y gracias al Observatorio, también las opiniones públicas centroamericanas tendrán acceso inmediato al conocimiento de los problemas que entorpecen el avance democrático, a su diagnóstico, así como a las soluciones que se proponen.

Si, por ejemplo, las fuerzas de orden público de un país no están adecuadamente estructuradas y, cada vez que cambia el partido en el poder –alternancia democrática– tras el correspondiente proceso electoral, tam-

bién cambian sus componentes, desde el rango más alto hasta el de inferior categoría, sabremos que en esta nación habrá que poner en marcha un programa de profesionalización y modernización policial. Lo mismo cabe decir con respecto a la situación fiscal: si un país con una presión fiscal baja –como ocurre en los centroamericanos– se ve imposibilitado, a lo largo del tiempo, al logro de una más justa redistribución de la renta mediante una adecuada y equilibrada política fiscal, habrá que modificar, y tal vez también modernizar, la legislación recaudatoria con objeto de enjugar el déficit que inevitablemente, en caso de no procederse en este sentido, se irá acumulando hasta que produzca la quiebra del propio Estado. Otro tanto puede decirse del excesivo centralismo reinante: a veces, en muchas ocasiones, es preciso abrir los ojos de la ciudadanía, de la opinión pública, sobre los beneficios que para el desarrollo aportarían procesos de descentralización administrativa e incluso política.

Toda esta información la estará generando el Observatorio de la Democracia en Centroamérica. Las ideas están sentadas, los colaboradores escogidos, el *modus operandi* establecido. Sus propuestas serán fruto de las investigaciones realizadas por centroamericanos quienes, mejor que nadie, saben dónde residen los obstáculos, dónde están las carencias, cuáles son las posibles soluciones para que, conjuntamente, ciudadanos, gobiernos, instituciones públicas, sociedades civiles, agencias de cooperación conozcamos de cerca el terreno en el que nos movemos y así poder actuar prontamente y con eficacia.

La mayor voluntad deliberativa que se aprecia en Centroamérica ha de dirigirse al perfeccionamiento democrático y debe de incluir la participación de la mayor parte de los sectores sociales en la formulación de políticas públicas. Ello facilitará el trabajo del Observatorio de modo que su incidencia sobre los procesos de toma de decisiones podrá tener un impacto fundamental para el fortalecimiento democrático de los Estados centroamericanos dado su planteamiento riguroso, desde el punto de vista teórico y metodológico, así como los procesos participativos de validación a los que se han sometido sus resultados.



La Habana. Vista panorámica.

Desafíos actuales a la democracia

Francisco Sanabria Martín

Este artículo parte de una certeza: la democracia es el menos malo de los regímenes políticos, y seguirá siéndolo siempre que continúe asentándose sobre las bases firmes que lo hicieron posible, bases que son sociales y culturales y derivan de una tradición que cree en la dignidad del hombre en cuanto tal y de que a éste corresponden en consecuencia unos derechos inalienables que le permiten gobernar su propia vida e intervenir activamente en el gobierno de las sociedades a que pertenece. Pero asimismo, la conciencia de que a esos derechos corresponden unos correlativos deberes que aseguran el correcto y eficaz ejercicio de aquéllos por todos los miembros de la sociedad.

Es evidente que todo ello tiene mucho que ver con la moral y el derecho: sin un ordenamiento jurídico adecuado y sin el sustento de unos principios éticos mínimos la democracia no es posible. Olvidar algo tan elemental pero tan condicionante convertiría la democracia en un puro juego formal desprovisto de la sustancia que le da vida. Pues bien, se dan hoy circunstancias que tienden a desconocer esos fundamentos y ponen consecuentemente en peligro el correcto funcionamiento y, en casos extremos, la subsistencia misma del régimen democrático.

Parece que vivimos en una época de paradojas, aunque tengo la impresión de que las hubo siempre. Una de esas paradojas al día de hoy es que junto al hecho nada desdeñable de que por primera vez en la historia la mayoría de los países tiene regímenes democráticos asistimos a una crisis de sus fundamentos[1]. Cierto es que los mecanismos complejos, sean biológicos o sociales, corren más riesgos en su integridad a medida que su perfección aumenta, por lo que el fenómeno no sería nuevo ni preocupante si sólo afectase a aspectos secundarios, incluso importantes, de la democracia, porque los riesgos circunstanciales –que existen, por supuesto, y muchos– son todos ellos remediables en mayor o menor grado precisamente por la flexibilidad misma del sistema democrático que permite su

[1] *Cf. Robert A. Dahl,* Los dilemas de la democracia pluralista, *Paidós Barcelona, 1982 y* Democracy and Its Critics, *Yale U. Press, New Haven, 1989; traducción española:* La democracia y sus críticos, *Paidós, Barcelona, 1992.*

autocorrección, y esa es otra de las ventajas que le otorgan superioridad sobre otros regímenes políticos. Lo grave pues no es eso, sino los que pudiésemos denominar riesgos fundamentales que desafían hoy a la democracia y tienen su raíz en la ética o mas bien en su ausencia: ya hacía notar Sartori[2] que la mínima participación del ciudadano en la política, su ignorancia y desinterés de los que hoy nos quejamos, revela una crisis de fundamentos éticos. Examinemos panorámicamente esos desafíos, de distinto calibre a su vez.

Saben bien los juristas que el derecho se basa en los principios de buena fe y cumplimiento de lo pactado, sin los cuales toda norma jurídica quedaría en el aire o tendría que insertarse en lo punitivo. De modo análogo, la democracia se funda en valores morales sin los cuales el sistema no se sostiene[3]. Esos valores, claves en la civilización occidental, y en los que o se cree o no habrá democracia, proceden de la tradición humanista cristiana, incluso en sus manifestaciones secularizadas. Como alguien hizo notar con agudeza, Voltaire era un hereje católico, en tanto que Rousseau era un hereje protestante, y ambos talantes son perceptibles en sus obras respectivas.

Puestos a buscar ejemplos significativos que confirmasen esta aserción, difícilmente encontraríamos otros mejores que los suministrados por los Padres Fundadores de la democracia norteamericana que basaron su *Declaración de Independencia* en principios religiosos, morales, en el derecho natural (*the Laws of Nature and Nature's God*), y también en lo que llamaron verdades autoevidentes, esto es que todos los hombres son iguales y tienen derechos inalienables como la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad. Sin esas bases firmes, el primero de los sistemas democráticos de la historia no hubiese subsistido por demasiado joven y demasiado heterogéneo. Personajes tan significativos del momento como Jefferson, Hamilton, Madison o Jay coincidieron en que la primera etapa para el desarrollo de su país era que los hombres fueran moralmente independientes ya que la prosperidad no perdura sin un marco moral e institucional[4] y la práctica de unos deberes ciudadanos.

No me parece inadecuado recordar también la Constitución Española de 19 de marzo de 1812, signada por los representantes de las diecinueve piezas que componían el territorio español en la Península e Islas adyacentes y las diecisiete ultramarinas que integraban ese mismo territorio en Améri-

[2] *Giovanni Sartori,* Teoría de la democracia, *Alianza Universidad, Madrid, 1988.*

[3] *Cf. Manuel Jiménez de Parga, «La democracia con principios y valores» en* ABC, *1. 08. 2003.*

[4] *Cf. Mariano Grondona,* Los pensadores de la libertad. De John Locke a Robert Nozick, *Sudamericana, Buenos Aires, 1986.*

ca septentrional, América meridional, islas adyacentes en el Mar Pacífico y Atlántico y en Asia, según el artículo 10, ya que, conforme al 1°, «La Nación Española es la reunión de todos los Españoles de ambos Hemisferios». Las alusiones directas –como las del artículo 4– o indirectas a los derechos fundamentales son prueba de estas bases éticas, –sin contar con el clásico 6°: «El amor a la Patria es una de las principales obligaciones de todos los Españoles, y asimismo el ser justos y benéficos». ¿Utópico?, me atrevería a decir que paradigmático y reflejo de una aspiración no distinta a la norteamericana de búsqueda de la felicidad.

Así pues, parece claro que el nivel de una sociedad y una cultura se miden, en primer lugar, por los valores que persigan, tales los aludidos derechos humanos inalienables y la innata dignidad del hombre como imprescindible sustento fundamental suyo. En segundo lugar, por los medios que emplea, que han de ser congruentes con esos valores y, en tercer lugar, por el logro del bien común como criterio de la vida pública.

Pero los derechos, recordaré de nuevo, al igual que la democracia misma, se asientan sobre la responsabilidad. La sociedad y la democracia son de todos y por ello son también responsabilidad común de quienes buscan una vida digna. Y la responsabilidad no se delega en los gobernantes, ni siquiera en la ley, nace de la propia conciencia moral, que también actúa, y debe hacerlo, en el ámbito público. «De la conciencia humana depende el nivel de moralidad de la sociedad», recordaba Juan Pablo II[5]. Y Norberto Bobbio, tan poco sospechoso de conservadurismo o de derechismo, como se prefiera, subrayaba no hace mucho[6] que estamos viviendo el apogeo de los derechos y la independencia, estamos en una sociedad que reclama derechos sin cesar y olvida los deberes tanto jurídicos como morales. Éstos remiten al interior, a la conciencia, a la vergüenza. «un sentimiento moral desaparecido –dice–, como se han desvanecido la culpa y el remordimiento».

Por su parte, Luis Gómez Llorente ha dicho hace poco: «El deber pertenece al ámbito de la moralidad, es decir, al ámbito puro de la libertad». Y añade: «Frente a la moral de la obediencia, que tiene como orden político simétrico el régimen aristocrático (más o menos autoritario, más o menos paternalista), se yerguen la moral de la conciencia autolegisladora, la moral de la responsabilidad individual, cuyo orden político simétrico y complementario no puede ser otro que el régimen de libertades y de gobierno representativo»[7].

[5] *En su alocución de 15 de febrero de 1981.*

[6] *Norberto Bobbio y Maurizio Viroli,* Diálogo en torno a la república, *Tusquets, Barcelona, 2002.*

[7] *En* La participación política, *Cuadernos Interceu, 76, abril 2003.*

De ahí que uno de los peligros, acaso el primero, que acecha a la democracia sea que los valores referidos se instrumentalicen, convirtiéndose en ideología, según la cual todo es moral, todo es legítimo, si es legal, esto es, si se acuerda democráticamente, lo que significa establecer una falsa equivalencia entre lo democrático y lo justo, objetivo éste e instrumental aquél.

Teniendo en cuenta que la democracia es, como la define Sartori, «un procedimiento que genera una poliarquía abierta que concurre al mercado electoral, que atribuye el poder al pueblo y que hace a sus líderes responsables ante el electorado»[8], ¿puede procedimiento tan cabal vulnerar derechos humanos?, por otra parte, si éstos, como tanto se predica, son inalienables, ¿pueden las mayorías así representadas legitimar su violación? Es el viejísimo problema –hoy agudizado por la amplitud del número de ciudadanos que participan en la vida pública, aunque sea indirectamente– de si la política es autónoma de la moral y la moral de la religión y cada una se rige sólo por sus propios cánones. Maquiavelo se halla a la cabeza de esa autonomía de la política –la razón de Estado como legitimadora– y desde él toda una larga estirpe de coincidentes y disidentes.

Más cercano a nuestro momento, Gilles Lipovetsky[9] acaba de decirnos que «la ética se ha convertido en un asunto cada vez más central en nuestras sociedades. La moral exige la religión y, si no hay religión, no puede haber moral». Pero el proceso de secularización, que amenaza con convertir en religión a la propia secularización hace que la ética que parece estar hoy de moda sea la del consenso generado por la opinión pública como juez absoluto –volveremos a ello después–; en consecuencia las opiniones individuales sustituyen a la verdad objetiva, que se considera además inalcanzable y que según uno de los profetas ahora más en candelero, R Rorty, solo concierne al fin práctico de construir un mundo mejor[10]. Sin duda menos agudo que él, no acabo de ver la congruencia de lo así afirmado.

Quizás el autor de este artículo no sea suficientemente posmoderno, ya que las afirmaciones de Rorty tienen que ver, y bastante, con la posmodernidad o, como la llama Zigmunt Bauman, con la «modernidad líquida». La «modernidad sólida» se centraba en la definición de normas y en el control social, la «líquida» parte de la fragmentación de las formas de vida, del pluriculturalismo y de la suspensión de la moral. La consecuencia es la ambigüedad[11]: todo vale igual porque todo es igual, de modo que, también para-

[8] Ibidem *nota 1.*

[9] ABC, *febrero de 2003.*

[10] *R. Rorty,* Objetividad, relativismo y verdad, *Paidós, Barcelona, 1991 y* Pragmatismo y política, *id. 1999.*

[11] *Zigmunt Bauman y Keith Tester,* La ambivalencia de la modernidad y otras conversaciones, *Paidós, Barcelona, 2002.*

dójicamente, lo desigual quiere ser tratado como igual, y así aparece explícito en el planteamiento de los llamados grupos marginales. De modo que por ese camino lo normal puede llegar a convertirse en auténticamente marginal: otro francés, asimismo fuera de toda sospecha de tradición y clasicismo, Roland Barthes, lo puso irónicamente de manifiesto: «Aceptamos los particularismos, pero no las singularidades, los tipos, pero no los individuos. Creamos coros de particulares provistos de voz reivindicativa, chillona e inofensiva. *Mais, l'isolé absolut? Celui qui n'est ni breton, ni corse, ni femme, ni homosexuel, ni fou, ni arabe, etc.? Celui qui n'appartient même pas à une minorité?*»[12]

Por otra parte, ¿quién define lo que es una minoría? La respuesta sigue pendiente aunque se hayan formulado muchas contestaciones. De entre las cuales quizás destaque la de Peter F. Drucker[13] en sus agudas observaciones sobre los nuevos movimientos de masas llevados a cabo por grupos de «causa única», cuya fuerza procede de su entrega disciplinada a esa única causa. Y aunque pueden representar como mucho un diez por ciento del electorado se hacen notar en sus algaradas y manifestaciones, repetidas, ruidosas y bien organizadas, que si no alcanzan a conseguir acciones positivas, las logran negativas y tendentes a bloquear decisiones generales más que a propiciar las suyas propias para lo que carecen de poder suficiente: los verdes en muchos países, los antiglobalización en casi todos, los seguidores de Le Pen en Francia, etc. serían algunos ejemplos.

De nuevo según Bauman[14], la existencia ya no contiene un *telos*, una finalidad, una meta, se ha convertido en una yuxtaposición de episodios *light*, de capítulos cortos, y el resultado es la inseguridad, la incertidumbre, la desconfianza social: en este sentido sí somos una auténtica «sociedad de riesgo». Si ahondamos un poco en derredor nuestro podremos observar que ya no hay certezas ni convicciones rotundas, todo es provisional y fugaz, especialmente tras la caída de las grandes ideologías que presidieron las vidas en el siglo XX. He ahí otro punto crítico que puede hacer a la democracia vulnerable, ¿cómo podemos creer en nada sólido tras el apoteósico fracaso de las utopías políticas?, ¿no corremos el riesgo de reencarnar otros dogmas, otros mitos, otras utopías? El pensamiento débil sustituye así, escarmentados como estamos de un pasado inmediato, al pensamiento fuerte. Sin embargo, y a pesar de todo, persisten resistentes y convertidos ya en mitos, algunos valores –que siguen siendo valores y valores estima-

[12] *En* Le Nouvel Observateur, *8 de enero de 1979.*

[13] *Peter F. Drucker,* Las nuevas realidades, *Edhasa, Barcelona 1990, pp. 150 ss.*

[14] Ibidem *nota 10.*

bles, en tanto no se conviertan ni en mito ni en dogma como empieza a acontecer– tal ocurre con tres de ellos: el progreso, la ciencia y la libertad hoy mitificados, que se justifican a sí mismos y no tienen límites[15].

Pero cabe preguntarse, por razones de duda metódica, ¿no es el relativismo una condición necesaria para la democracia, porque sólo así se garantizarán la tolerancia, el respeto recíproco y la adhesión a las decisiones de la mayoría? Parece no obstante que se puede ser tolerante con las creencias ajenas sin abdicar de las propias, respetarlas sin que demos por falsas o inútiles las que sustentamos limpiamente, no imponerlas pero sí defenderlas, ya que de otro modo el triunfo sería siempre del osado, del dogmático o, aún peor, la verdad nos vendría definida por los intereses de quienes detentan poderes de cualquier tipo. Y con lo único que no cabe ser tolerante es precisamente con la intolerancia, así la imponga la mayoría: recordemos que ya Tocqueville, experto en democracia, nos previno sobre la dictadura, sobre la tiranía de la mayoría. La disidencia pacífica que discurre por los cauces habilitados al efecto y el respeto a las minorías son dos de las excelencias de los sistemas democráticos que en ellos caben y en ellos están previstas; es más, toda minoría política en una democracia es susceptible de convertirse en mayoría.

El dogma –se afirma, a veces arteramente– se opone a la *doxa* y en democracia todo es *doxa*, esto es, opinión, parecer. No hay tal. Sólo aquello de lo que no se tiene certeza o no constituye verdad objetiva es lo que resulta opinable, aunque por cierto sean la mayoría de las cosas. De otra parte, lo que los sociólogos de la política, y en especial O. V. Key[16] llaman consenso básico o genérico es dogmático a efectos prácticos, ya que no se discute pues constituye el sistema valorativo último de cada sociedad, es lo enraizado profundamente, lo duradero, lo indiscutible, la mentalidad, por lo que constituye un elemento constante e invariable[17]. Igualmente dogma a efectos prácticos es el consenso fundamental, es decir, el acuerdo sobre las reglas del juego político mismo, ya que sin él la democracia no funcionaría; es más, gracias a ese consenso coexisten las discrepancias sobre lo concreto sin destruirse mutuamente, y precisamente ese es el juego que da al régimen su preeminencia sobre otros en que las discrepancias no son posibles porque acabarían con el sistema en que se manifestasen.

[15] *Cf. Joseph Ratzinger,* Sobre el origen de la crisis actual de la política, *Trieste, 20. IX. 2003.*

[16] *Cf. V. O. Key,* Public Opinion and American Democracy, *Nueva York, 1961.*

[17] *Cf. Paul F. Lazarsfeld, «Public Opinion and the classical tradition», en* The Public Opinion Quarterly. *Vol. XXI, 1, 1957.*

Pero conviene subrayar también que existen otros dogmas rígidos e impositivos, aunque no explícitos como tales, otro autoritarismo refinado que Ignacio Sánchez Cámara ha llamado significativamente «la tiranía sutil»[18], que degrada y envilece en nombre de la democracia y la cultura mismas. Porque la educación materialista reduce la trascendencia a superstición en nombre de lo que Sir Francis Bacon denominaba los *idola*, los prejuicios que distorsionan la realidad, en este caso los *idola tribus*, los ídolos de la tribu mayoritaria. Ya he aludido a Peter F. Drucker acerca de la «tiranía de las pequeñas minorías»[19] y a Tocqueville acerca de la tiranía política de la mayoría, pero hay además otra no menos operante y opresora que la tiranía cultural mayoritaria, llámesela despotismo de la opinión, llámesela cultura de masas; la cita aquí sería a Ortega y sus inteligentes reflexiones sobre ella y sobre el papel de las minorías. Hay, por otra parte, un sentido natural que no suele traicionarnos, más aún si le sometemos a reflexión serena; la remisión esta vez es a Gandhi que dijo: «Si el hombre se diera cuenta de que es contrario a su naturaleza obedecer leyes injustas, ninguna tiranía haría presa en él». No estaba lejos el Mahatma de la Escuela clásica española de Salamanca que definió y defendió la resistencia a obedecer las normas injustas e incluso en casos límite, el tiranicidio.

Tras el primero y fundamental de los peligros que acabo de exponer hay un segundo para la democracia que deriva de aquél: es éste frágil en sus mecanismos y sólo funciona en determinadas sociedades y épocas históricas en las que se dan unas condiciones determinadas que permiten saber con certeza que van a respetarse al menos el consenso fundamental, las reglas del juego político, lo que tiene que ver con varios factores, que van desde el nivel económico a la educación, pero que pasan en todo caso por la moral, por una mentalidad ética, por unas prácticas éticas. La democracia sólo funciona y sobrevive cuando es coherente con su contexto social: una sociedad corrupta engendra políticas corruptas.

De ahí las dificultades de «imponer» una democracia. Cuestión que los últimos acontecimientos, sobre todo en Oriente Próximo, han traído a primer plano. Apelo una vez mas al maestro indiscutido, Alexis de Tocqueville[20], que consideraba la religión cristiana de entre todas las doctrinas religiosas como la más favorable a la libertad, y en consecuencia a la democracia; al catolicismo como el más favorable a la igualdad de condiciones y al protestantismo como más favorable a la independencia. Recuer-

[18] *Ignacio Sánchez Cámara, «La tiranía invisible»,* Blanco y Negro Cultural, *4. 01. 2003.*
[19] Ibidem, *nota 12, pp. 150 ss.*
[20] *Alexis de Tocqueville,* La democracia en América, *I,6.*

da que el Evangelio habla de las relaciones de los hombres con Dios, en tanto que el Corán suma a la doctrina religiosa, normas políticas, leyes civiles y penales y teorías científicas, lo que sin duda no facilita su adaptación al *ethos* democrático. Pero no la hace imposible, como puede verse en regímenes, ciertamente escasos hoy, de sincera religiosidad islámica, no fundamentalista.

A propósito de esta fragilidad del sistema conviene recordar algunas cosas: que la democracia es ordenamiento jurídico fundamental, constitutivo, pero asimismo instrumental; es un medio, no un fin; que si bien la democracia no es ni mucho menos un producto espontáneo, tampoco lo es autosubsistente, requiere sus mimos, buenas prácticas, crítica y alerta, y sobre todo educación para la convivencia democrática, cuestión ésta que nos llevaría lejísimos[21]; que la democracia, en fin, no es un producto acabado y sólido, por el contrario, evoluciona, cambia, se adapta, y esa es otra de sus virtudes; que la democracia por eso mismo puede ir en direcciones varias y a velocidades distintas y que, en consecuencia, hay grados de desarrollo democrático según países. Tengamos paciencia y esperanza.

Hay un peligro tercero del que casi me limitaré a su enunciación: porque la democracia es acogedora y tolerante, permite a los intolerantes y enemigos del sistema penetrar en él y lucrarse de sus mecanismos y ventajas. Tal es el caso de los grupos marginales, antisistema y terroristas. Ni la democracia ni el Estado de Derecho pueden funcionar sin aceptar y cumplir los principios y reglas en que ambos se inspiran; para los que no lo hacen la vida es mas fácil en estas condiciones que en el seno de un régimen dictatorial en el que «es obligatorio todo lo que no está prohibido», como dijo con acertado sarcasmo Curzio Malaparte.

Un cuarto peligro que daría, no ya para otro artículo sino para una serie: la manipulación informativa, la publicidad y la propaganda. En la sociedad de la información se dan tres riesgos: el exceso de información, que puede ser ahogante y tan múltiple, heterogénea, cambiante y huidiza que se convierta en inútil por la imposibilidad de su manejo; la presentación atractiva y verosímil de la mentira; en fin, ya en la Red, la falta de proximidad entre los comunicantes y eventualmente una especie de extraterritorialidad y una ausencia de control eficaz. Es evidente que en tal marco la formación de la opinión pública puede estar sometida a sesgos notables, y es lo cierto que la opinión pública tiene un papel determinante en las democracias.

[21] *Cf. Ricardo Díez Hochleitner,* Aprender para el futuro. Educación para la convivencia democrática, *Fundación Santillana, Madrid 2002.*

Aunque mi admirado Dalmacio Negro[22] diga que en el Estado de partidos no exista propiamente hablando opinión pública, porque el votante se limita a elegir de entre lo que se le ofrece, conviene algún matiz. Pues sabemos que mientras no demos con algo mejor, los partidos políticos, de los que cabe decir tantas cosas críticas, son, hoy por hoy, piezas imprescindibles para el buen funcionamiento de la democracia. No conviene concluir con pesimismo que la opinión esté definitivamente corrompida porque también el público tiene elementos para discernir; ese público que no siempre es reflexivo está lejos sin embargo de ser imbécil, en buena parte porque en muchos países se han acortado las distancias económicas y educativas y también porque los medios, que abren una ventana al mundo, son varios y plurales. Tratar de conseguir y mantener ambas cosas es un empeño de los mejores modos democráticos.

Ahí está como ejemplo de lo que digo el fracaso de muchas encuestas que nos pone de manifiesto cómo el elector se produce con un alto grado de autonomía frente a ellas y al contenido de los medios, incluidos los de última generación, como Internet, por ejemplo: los grupos pacifistas lograron una movilización masiva contra la última guerra en un centenar de ciudades de treinta países gracias a sus mensajes en la Red, pero el resultado en las urnas poco tuvo que ver con las manifestaciones callejeras. Después de todo parece que a Condorcet no le faltaba razón al definir la opinión pública como «tribunal independiente de todo poder humano, al que resulta difícil ocultarle nada y al que es imposible sustraerse». Recordemos también, aunque sea de pasada, el creciente protagonismo de lo que se ha dado en llamar la sociedad civil, Tercer Sector, actuando más o menos espontáneamente o través de organizaciones.

Otro riesgo, que sería el quinto, sí que nos llevaría aún mas lejos. Me limito por ello a apuntarlo y dejarlo ahí sin mas. Hablo de los efectos de la globalización y sus consecuencias, tales como la crisis del Estado-Nación, la aparición de órganos supranacionales que demandan sus propias reglas democráticas, el paso de poder a fuerzas económicas sin control, etc, etc. No quiero sin embargo dejar de prevenir contra las exageraciones y las afirmaciones de certeza aparente pero insuficientemente probadas. Me ocupé de todo esto mas por extenso en otra ocasión[23].

Por supuesto que quedan numerosos riesgos de los que llamé circunstanciales: he aquí algunos de ellos.

[22] *En* La Razón, *3 de junio 2003.*

[23] *Francisco Sanabria Martín, «La sociedad de la información: la era digital», en* Algunas cuestiones clave para el siglo XXI, *FCC/Rubiños, Madrid, 2000, pp. 39 ss.*

La democracia es hoy indirecta y de segundo grado. No podía ser de otra manera en sociedades numerosas y complejas como las nuestras, por eso esta especie se ha manifestado como la mejor posible y ha dado lugar al parlamentarismo: los más votados eligen el gobierno y todos dan luego cuentas a los electores que aprueban o desaprueban su actuación en elecciones posteriores. Se dice que el sistema ha degenerado porque sobre los parlamentarios mandan los partidos políticos respectivos a los que pertenecen, que sólo actúan en plenos parlamentarios los portavoces y el resto se limita a votar disciplinadamente. Son cuestiones pertinentes en este sentido, la mejora de los vínculos que unen a representantes y representados, la del sistema parlamentario en su funcionamiento, reforma electoral, reducción del poder de las oligarquías en los partidos políticos, listas abiertas o cerradas, pactos postelectorales...

Algo más: la democracia actual se centra en los medios, vivimos una democracia mediática, a la que nos es ajena esa «hipermediatización» de que nos habla Dominique Wolton, y que en ocasiones puede ser y es «infrainformación» por utilizar la frase de Jean Louis Servan-Schreiber, sin contar la politización de los medios como disfunción para la opinión pública[24]. Las nuevas tecnologías de la comunicación que la facilitan entre electores, elegibles y elegidos como nunca anteriormente, hace también a éstos esclavos potenciales de la opinión: Sartori y Alain Minc se han ocupado de esto largamente y a ellos remito[25]. Nace así una tendencia espúrea a gobernar condescendiendo a lo que las gentes quieren o el político cree que quieren, porque ambas cosas no siempre coinciden. Viene de este modo un vasallaje a las encuestas, sondeos, métodos de prospección social, que no son ciertamente el Oráculo de Delfos, pero a los que no puede negárseles alguna forma de orientación para actuar.

Algo dije antes sobre este extremo que conviene quizás rematar: todos los instrumentos sociales citados arrojan referencias que pueden ser valiosas siempre que no olvidemos dos cosas: en primer lugar, que las actitudes son cambiantes, evolucionan, se modifican porque son modificables en sí mismas mediante las razones del gobernante que al elector le parezcan sólidas y fiables; en segundo lugar, que la convicción de que algo puede ser necesario para el bien común y útil para la sociedad debe primar para cualquier político honrado y consciente, que antes o después –a veces «muy

[24] *Cf. Alejandro Muñiz-Alonso, ponente,* La oferta informativa en la democracia mediática, *FAES, 26 de febrero 2001.*

[25] *Giovanni Sartori,* Homo videns. La sociedad teledirigida, *Taurus, Madrid 1988. Alain Minc,* L'ivresse démocratique, *Gallimard, París, 1995.*

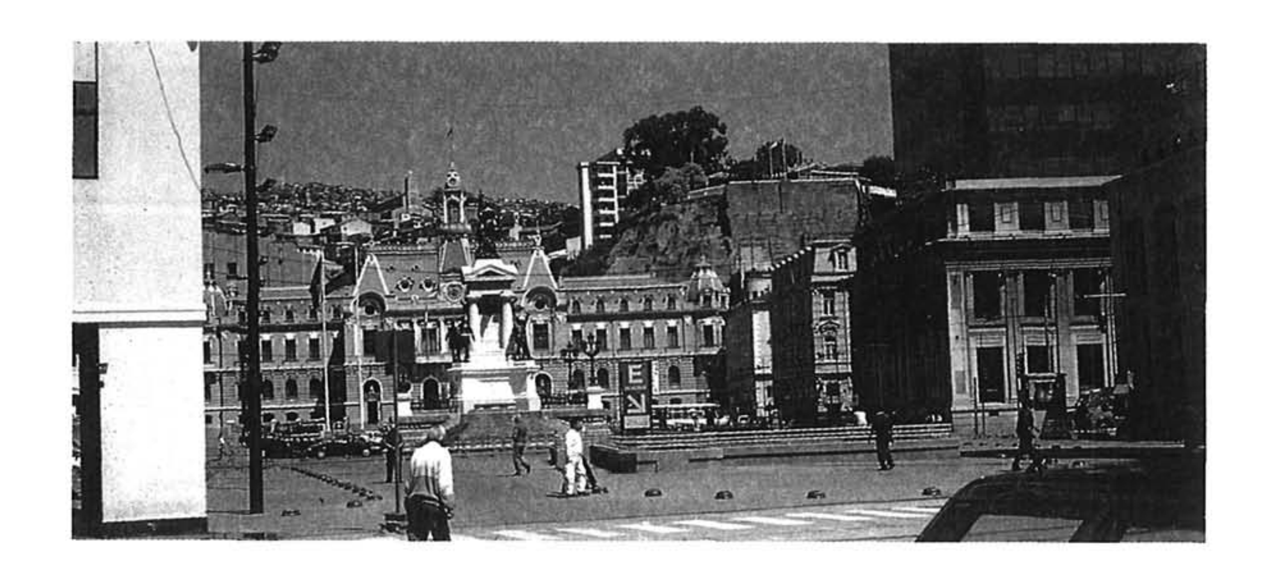
después» para los ambiciosos e impacientes– se verá beneficiado por su postura.

Creo que no viene mal, para acabar, traer aquí un titular del *International Herald Tribune* de 28 de febrero de 2003, muy significativo a este respecto: *Europe is caught between the U. S. and public opinion,* y hemos visto y seguiremos viendo los desiguales resultados de esa tensión. En todo caso, conviene no olvidar lo que dijo Pompidou: «Un estadista es una persona que se pone al servicio de su país; un político es el que pone al país a su servicio».



Buenos Aires: Puerto Madero.

CALLEJERO



Valparaíso. Vista panorámica.

Conversación con Luis Landero

April Overstreet

Luis Landero (Badajoz, 1948) es el autor de cuatro novelas «y media»: *Juegos de la edad tardía* que ganó los premios Nacional de Narrativa y de la Crítica en 1990, *Caballeros de fortuna, El mágico aprendiz, El guitarrista,* y la colección de ensayos y cuentos *Entre líneas: el cuento o la vida.* Su obra, bien recibida por los lectores y críticos, ha sido traducida a once idiomas. Escritor, profesor de literatura y madrileño desde los doce años, Landero conversa sobre su proceso creativo, la narrativa española contemporánea, y la pérdida de los valores políticos. Esta entrevista fue realizada en Madrid, el 18 de junio de 2002.

—*En tu obra los protagonistas son casi antiprotagonistas, o sea que viven vidas comunes y corrientes y hasta prosaicas. ¿Cuál es el atractivo artístico de este tipo de personaje para ti?*

—Hace ya muchos años que los héroes de novela han dejado de ser héroes. Si uno lee por ejemplo a Chekhov, si lees *El tío Vanya,* entonces te das cuenta de que todas son personas absolutamente normales. Hay una frase de Chekhov que a mí me gusta mucho, que decía que el escritor tiene que hacer poderosos a los humildes. Pero también hay que hacer poderosa a la gente vulgar, hay que hacer interesante a la gente vulgar. Y yo creo que la clave del escritor, es el saber hacer interesante todo lo que hay en la vida. Esto lo debe hacer todo el mundo, como decía Flaubert, que todo lo que se mira con intensidad, resulta interesante. Y es verdad. Lo que pasa es que pasamos por la vida distraídos, o quizá sea la rutina, no lo sé, pero los viejos héroes ya no lo son, son vidas normales, vidas anónimas. Y yo diría que casi todas las novelas del siglo XX se nutren, se inspiran en la gente que va y que viene por la calle y los problemas que tienen. El atractivo creo que precisamente no está tanto en el personaje como en quien mira al personaje; el atractivo está en la mirada y esa mirada es lo que se puede decir como estilo. El estilo no es tanto el arsenal retórico que tiene un escritor, como la forma de mirar. Y la forma de mirar a veces es más interesante que el objeto de esa mirada.

—¿Entonces se trata de la perspectiva?

—Pues sí, se trata efectivamente de la perspectiva imaginaria muy a menudo, porque la realidad te ofrece los materiales para que inventes. Pero solamente te ofrece los cimientos, digamos el fundamento. Luego a partir de allí uno naturalmente lo tiene que inventar. La imaginación es fundamental en la observación; observar no es observar al pie de la letra. O sea, observar es lo que observas más lo que inventas. Y la imaginación es una provocación de la realidad. Es por lo menos mi experiencia.

—He notado que en tu obra aparecen varios personajes que no logran llevar a cabo sus proyectos: Gregorio Olías, Belmio Ventura, Matías, Raimundo. Además muchos de ellos se torturan por si son acaso impostores. ¿Eso te ocurría a ti como escritor, especialmente antes de que se publicara tu primera novela? Me interesa la cuestión de preocuparse uno por ser impostor...

—Tanto como impostor, no. En todo caso racionalizar ese tipo de asuntos es complicado. Pero a mí, quizá un poco la vida me ha obligado a una cierta impostura. Por ejemplo, cuando yo llegué a Madrid era hijo de campesinos humildes, y sin embargo me trataba con gentes que eran hijos de militares, abogados, etc. Estaba en una clase social que no me correspondía. Pero a la vez trabajé en un taller de mecánicos, trabajé en un ultramarinos, trabajé en un montón de sitios. Entre mis amigos finos yo era una especie de persona pueblerina y pobre; y entre mis amigos pobres yo era una persona que estudiaba, y eso obligaba a una cierta impostura. Por ejemplo, cuando estuve en Francia estuve trabajando con la guitarra, en un restaurante francés. Pero yo había terminado filología, de manera que para los cantores y para los guitarristas, yo era un intelectual. Pero para los intelectuales yo era un guitarrista. Estuve aquí en Madrid trabajando en filología francesa pero yo apenas sé francés. Entonces era un poco un impostor, no sé, quizá ha habido algo de eso. Me interesa quizá más la primera parte de la pregunta; sí, efectivamente, son los sueños que no se cumplen. Yo creo que eso es propio de la especie del hombre. En el hombre tenemos una enorme capacidad para soñar, para forjarnos proyectos, para ser maravillosos; luego va pasando algún tiempo, vamos envejeciendo, y los sueños son sueños que generalmente no se cumplen, o se cumplen parcialmente. Y bueno, todo eso ofrece como un paisaje melancólico de la vida. De todas maneras quizá mi gran musa, mi gran inspirador, es mi padre. Él fue un hombre campesino pero al que le hubiera gustado estudiar. Le hubiera gus-

tado ser un buen carpintero, ser militar, ser abogado, tener un oficio, tener una carrera, tener algo, y no pudo. Y quería que yo hiciera todo eso. Y de algún modo todo eso está allí en mi primera novela. Yo lo tengo muy claro, después de muchos años pensando tengo muy claro que Gil es mi padre que llama a Gregorio, que soy yo, y le dice, «¿Que has conseguido ser?» Porque mi padre a mí de pequeño, me preguntaba con seis o siete años. «¿Que quieres ser cuando seas mayor?»

—Es un poco lo del afán, ¿no?

—El afán, sí y de algún modo me robó la infancia, quería que yo fuera alguien en la vida. Entonces de algún modo es Gil que llama a Gregorio y le dice, «¿Has conseguido ya ser algo? ¿Has conseguido ser lo que yo quiero que seas?» Y entonces Gregorio le miente, y se inventa a Faroni, un poco que es el Gregorio que el padre quería que fuera, o sea el gran hombre que quería que fuera su hijo. Y de algún modo ese demonio literario, esa especie de trauma es la historia que yo cuento allí, de un modo así escondido. Yo, muchos años después, porque yo no era consciente de esto, he descubierto que en el fondo detrás de esta novela está mi padre claramente.

—¿Aparece tu padre en todas sus novelas?

—Sí, mi padre siempre aparece. En mi última novela *El guitarrista* vuelve a aparecer mi padre, mi padre se me cuela en todas las novelas. Siempre aparece.

—¿Y en qué figura aparece en El guitarrista?

—En el padre de Rodó, que es el personaje que es escritor. Su padre, el padre del bibiotecario le invita a participar en una redacción escolar, y le invita a seguir y a seguir; ése es mi padre. Y siempre aparece mi padre por todos lados, y la idea esa, de llegar a ser, de superar la clase social a la que pertenecemos y convertirse en un burgués o en un artesano, en algo, dejar de ser campesino y ser una persona más bien fina. La cosa es que mi padre todo eso lo sentía muy pasional, muy fuerte. Además terminamos un poco enemistados. Cuando mi padre murió yo tenía dieciséis años y no nos hablábamos porque yo era mal estudiante, suspendía todo, un desastre; era un chaval de barrio un poco golfo, y le había decepcionado.

—Pero con dieciséis años, todavía no se sabe qué va a hacer una persona...

—Pero mi padre desde pequeño, cuando tuve uso de razón, con seis o siete años me encomendó una misión ya; y era una cosa épica. Mi padre tenía una visión épica de la vida. Cuando vinimos a la ciudad desde el pueblo, desde Extremadura, él era como Moisés conduciendo a su familia, a su pueblo elegido hacia la Tierra Prometida. Y claro, con dieciséis años yo era muy mal estudiante, me gustaba demasiado el cine, la poesía, las chicas, los amigos, el rollo, el barrio y tal. Es lógico. Pero a mi padre esto no le entró en la cabeza, tenía una visión épica, y yo tenía que hacer eso.

—Es un poco como el personaje del padre que mata a su hijo en El mágico aprendiz.

—Sin duda, sin duda. Mi padre me dio palizas, me dio grandes palizas, por no estudiar. Llegamos en un momento a odiarnos, dentro de que nos queríamos mucho, pero llegamos a odiarnos porque él había hecho un gran esfuerzo para que yo pudiera ser un gran hombre, para que pudiera ser todo lo que él no había sido y yo no había aprovechado la oportunidad. Mi padre eso no lo comprendía. Y fue una pena porque el hecho más importante que ha ocurrido en mi vida de momento, es la muerte de mi padre.

—Es como eso de haber violado los términos del contrato, que fue el motivo de que el padre echara al hijo de casa a los diecisiete años en El mágico aprendiz. *Y cuando el hijo visita a su padre en el sanatorio y su madre está intentando abrocharle un botón del pijama...*

—Ah, esa escena es la muerte de mi padre. Mi padre murió en una clínica de aquí en Madrid y lo cuento allí más o menos tal cual. Yo fui a verlo un día, unas horas antes de morir y entonces llevaba un pijama, y es verdad que mi madre intentaba abrocharle un botón del pijama... solamente eso, lo demás es inventado todo. Es lo que decíamos antes, la realidad ofrece como los materiales y tú construyes ya el edificio. Pero de algún modo está allí la muerte de mi padre, contada pues no sé de qué manera, porque esto es una cosa que uno no racionaliza, sino que más bien se mueve por intuiciones. Pero todo eso, la relación con mi padre, es el motor, yo creo, de todo lo que escribo, o de muchas cosas.

—El tema de saber es otro que vuelve a surgir en tu obra. Por ejemplo, en Juegos de la edad tardía *Don Isaías quiere componer la* Guía de la felicidad y del destino, *y en* El guitarrista *el profesor de filosofía se imagina la* Enciclopedia del Género Humano, *un tomo que reúne los datos sobre cada ser humano que ha vivido para que nadie sea olvidado. ¿Si existiera ese*

tipo de compendio del saber del ser humano, qué conocimientos contendría, qué nos enseñaría?

—De algún modo yo creo que esa idea, que es verdad que es recurrente, es un poco la mitificación del saber por parte de los ignorantes. O sea, los que no han tenido oportunidad de estudiar, mitifican el saber como se han mitificado tantos cosas. Esta idea se ha inspirado también en la realidad porque yo era de una familia campesina y en mi familia no había libros. Mi abuela era analfabeta, mi madre casi analfabeta, mi padre sabía leer y escribir y punto final; bueno, en toda mi familia el primero que estudié fui yo. Y entonces, todos sabían que de algún modo el saber dignificaba al hombre y le servía incluso para ascender socialmente; se mitificaba el saber de un médico, de un abogado, que iba con su imagen del poder, del prestigio social. Yo pertenecía a la inmigración que hubo en España en los años 60 y entre esta pobre gente que no había ido a la escuela el saber estaba mitificado y había una especie de actitud reverencial por la gente que sabía: los maestros, profesores, entonces eran muy respetados, no como ahora, para nada. Pero entonces se les respetaba mucho a los médicos y todo esto. Luego por otro lado está contenida allí la nostalgia de los tiempos en que el saber salvaba al hombre. De algún modo la enciclopedia [que aparece en *Juegos* y *El guitarrista*] era la enciclopedia de los enciclopedistas franceses del siglo XVIII. Ellos con un optimismo extraordinario reúnen el saber de la humanidad y lo codifican. Es como decir: bueno, hasta aquí hemos llegado, vamos a separar la superstición de la razón, vamos a separar la religión de la ciencia, vamos a separar cosas. Era una labor laica extraordinaria, y es de allí de donde surgen muchos de los valores que a mí me parecen muy nobles: la igualdad, la justicia, la fraternidad. Los de la revolución francesa, que son valores tan extraordinarios y que estaban muy ligados a una élite burguesa que fueron los que crearon esa especie de proyecto de vida, que luego fracasó. Y el fracaso de todo eso es en lo que estamos ahora; o sea, quiero decir que ahora estamos con cara de gilipollas, pensando en el enorme fracaso de toda aquella construcción maravillosa de los ilustrados, del siglo XIX y demás. Y ahora de pronto nos llegamos al XX y al XXI, tenemos dos guerras mundiales, todo lo que pasa ahora, y entonces decimos, ¿dónde está el saber? ¿Para qué sirve el saber? De algún modo es una especie de paraíso perdido laico. Pero este paraíso perdido, para los que no creemos, yo no soy creyente, nuestro paraíso perdido es el del siglo XVIII. Éste es nuestro paraíso perdido.

—¿Entonces es por eso que has calificado en alguna entrevista a tus novelas de existencialistas? ¿Es quizá por el fracaso de ese proyecto del saber que hemos llegado a este lugar, en que no sabemos por dónde tirar?

—No, yo creo que no. A mí me parece que el existencialismo es otra historia, es otra cosa porque al fin y al cabo el enciclopedismo del siglo XVIII es más un proyecto colectivo, es un proyecto social. Y el existencialismo no; el existencialismo es un proyecto de cada uno, del individuo. Yo acaso sigo siendo existencialista. Creo que el que entendía mejor esto era Schopenhauer que es uno de los antecedentes, los inspiradores y las raíces del existencialismo. El hombre es un animal con una gran voluntad de supervivencia, con gran capacidad de desear, nada le satisface, continuamente está deseando algo y esto le impide ser feliz. Es un hombre aterrorizado, aunque no lo manifieste, por la muerte, por el hecho de que hay que morir, de que es efímero y bueno, es el aquí y ahora; todo lo que los existencialistas explicaron, esas metáforas como una ciudad sitiada en *La peste* de Camus, el muro y la isla en Sartre, el cangrejo que lleva su casa a cuesta, etc... Yo en eso soy existencialista, sobre todo más del tipo de Camus, de decir: bueno, es un absurdo vivir. Yo considero que el vivir es absurdo por una parte, pero que la vida es hermosísima por otro lado. Y esa mezcla de hermosura y de absurdo es lo extraordinario de la vida, y es lo que quizá da lugar a ese sentimiento de melancolía. La melancolía es una cosa agridulce: agria porque somos efímeros, somos frágiles y podemos morir en cualquier momento, y ¿para qué hemos venido aquí, qué hacemos aquí? Es un poco absurdo, pero dulce también porque la vida es de una hermosura maravillosa. Y esto, bueno, es una cosa que no se entiende bien.

—Quizá el proyecto colectivo y social de los anciclopedistas, tiene un propósito similar al proyecto individual o existencialista, que es encontrar algún sentido a la vida.

—Sí, buscar un sentido a la vida, cumplir los sueños, el hombre sueña, se enamora uno de una serie de espejismos, sobre todo de plenitud, de sentir la vida cumplida en toda su plenitud: Matías fundando una empresa y conquistando a Martina, Gregorio convirtiéndose en Faroni, Gil yendo a la ciudad, Raimundo, en la última novela siendo un gran guitarrista; y, en realidad esos son espejismos, son modos de desear, son formas como diría Schopenhauer, de manifestarse la voluntad enorme que tiene el hombre, esa voluntad de ser.

—En Entre líneas *has escrito que la literatura, se aprende pero no se enseña. Estoy de acuerdo. En tu experiencia como profesor, ¿has encontrado alguna manera que crees que es la mejor para dejar que los alumnos aprendan la literatura?*

—Sí, hay una especie de seducción. Al fin y al cabo el escritor debe de algún modo seducir; el escritor, el profesor, es ese modo de seducir, ese modo de contagiar, ese modo de transmitir una inquietud, de transmitir como un temblor estético ante la belleza, ante un verso, de pronto uno siente un temblor muy hondo: eso no se puede enseñar. Pero sí más o menos puedes mostrar el camino, decir hacia dónde va, leer el poema, pero no entrar a explicarlo porque si entras a explicarlo de algún modo rompes el hechizo. Pero es muy difícil, de todos modos hay gente que no va a tener grandes experiencias estéticas. En una clase tú tienes a 20 alumnos, y hay 15 probablemente que no van a llegar a esa experiencia estética, por más que hagas, por lo que sea. Pero de algún modo en realidad, la literatura no la enseñamos nosotros; la enseña Shakespeare, la enseña Cervantes, la enseñan San Juan, Homero. Ellos son los que enseñan la literatura, nosotros somos anfitriones, somos intermediarios. Son ellos los que tienen que hacerlo; si Homero no consigue enseñar literatura, ¿qué podemos hacer nosotros? Pero algo se puede hacer y se debe hacer, el problema es poner a la gente, a los estudiantes, en conexión con los libros. Y enseñarles también el placer de la soledad. Yo creo que hoy en día un escritor, un profesor quiero decir, tiene que enseñar incluso el placer de los actos físicos de abrir un libro, de sentarse. Esto hay que enseñarlo hoy día porque se está perdiendo esto, por el ordenador, por el tipo de vida, entonces volver a enseñar una cosa que parece antigua, que es sentarse en un sillón, abrir un libro, leer, anotar con un lápiz, esto hay que volver a enseñarlo.

—Es verdad, hay mucho que distrae ahora. Pasemos a Caballeros de fortuna... *Con esta segunda novela tuya hay un grupo de protagonistas y de narradores, en vez de uno individual como Gregorio de* Juegos. *¿Por qué decidiste tener a los cronistas del pueblo como narrador colectivo?*

—Bueno, eso se inspiró un poco en la realidad, como tantas cosas. Antes, ahora también pero antes más, en los pueblos de España, sobre todo en el sur, había hombres o bien parados o bien viejos que siempre estaban sentados en algún lado de la plaza, y así era en mi pueblo. Entonces se pasaban horas allí en la plaza, viendo, observando y eran un poco los cronistas. Cosa que, por ejemplo aparece en *El Villorrio [The Hamlet]* de Faulkner. En *El Villorrio* de Faulkner, en esa trilogía, al lado de la tienda de Snopes aparece también un grupo de gentes que mascan tabaco, tallan madera y están todos en cuclillas en el porche. Y Faulkner a veces recurre a ellos para ampliar el punto de vista, recurre a ese grupo colectivo de gente

que está siempre allí y que de algún modo lo sabe todo, porque está mirando. Me imagino que al fin y al cabo él, Faulkner cuenta cosas del Sur y aquí es también el Sur. Entonces esos grupos de hombres, porque son hombres, es un grupo masculino.

—Y entre los cronistas del banco están Gregorio y Gil de Juegos de la edad tardía.

—Sí. Eso sobre todo es una especie de homenaje a los lectores de mi primera novela. Me digo, pues ahora les gustará saber qué fue de ellos; es decir que ese pueblo fue el pueblo donde acabaron los dos.

—Eso me parece interesante porque en Caballeros de fortuna, *narran y observan los cronistas, pero la perspectiva narrativa no se limita a ellos, lo que ellos pueden observar o adivinar desde su banco. En el proceso creativo, ¿cuál se te ocurrió primero, lo de tener como narradores a los cronistas, o lo que sería el argumento de las historias amorosas entrelazadas entre Luciano, Amalia y Belmiro? ¿Y cómo compaginabas la idea de tener como narradores a los cronistas, pero no limitar la perspectiva narrativa a lo que ellos podrían observar?*

—Pues no me acuerdo qué fue antes o después. Yo creo que son problemas que aparecen a la vez porque cuando cuentas una historia tienes que saber cuál es el punto de vista desde donde vas a contarla, y probablemente fue el grupo de narradores primero. Creo yo que debía ser eso, no me acuerdo, pero casi seguro, porque es fundamental el ángulo, la perspectiva desde la cual se narra la historia. Es como cuando haces una foto dices bueno, ¿dónde me coloco para ver, para hacerla? Lo que pasa es que a veces se me ha quedado un poco corta la perspectiva. Y en realidad había cosas que el grupo de narradores no tenía por qué saber y entonces por eso, también recurrí a diarios, porque de algún modo el grupo de narradores llega a enterarse del diario de Amalia. Y llegan a saber cosas a través de terceros. Si tuviera que volver a escribir la novela, no me rompería la cabeza tanto con problemas de verosimilitud, porque el problema es que uno tiene que ser verosímil, entonces estaba haciendo un encaje de bolillos con el punto de vista. Y yo mismo mientras escribía digo, Qué tontería, ¿por qué me tengo que romper la cabeza con esto? Digo, me parece excesiva esa especie de refinamiento en los puntos de vista y el tener como que justificar continuamente el punto de vista para que sea verosímil. Tenía que

haberle dado una patada a todo eso, haber escrito más libremente sin preocuparme de todo esto. Lo saben porque lo saben y yo no tengo que dar explicaciones. Esto es lo que tiene que haber sido, pero yo soy muy responsable...

—Es el profesor que hay en ti...

—Sí, es el profesor, efectivamente, es que al lector hay que explicarle, es absurdo. Sí, está muy bien visto porque esa era la interferencia del profesor que le dice al escritor, «Tienes que ser responsable y explicar las cosas».

—Pero ha salido muy bien, aunque te hayas roto la cabeza con ello. Me interesa mucho la figura de Belmiro Ventura, porque como muchos de los personajes de tus obras, tiene o tenía grandes proyectos: quería escribir una novela histórica, una biografía de su antepasado conquistador, y la tesis, pero no llega nunca a cumplir ninguno de sus proyectos porque se pierde en el laberinto de su biblioteca con sus libros y apuntes que no llevan a ninguna parte. ¿Se le podría considerar a Belmiro como figura que representa a los intelectuales, o quizá a los críticos literarios?

—Belmiro es una persona que respeto muchísimo, porque es un poco la figura del sabio, esto es muy europeo, que de algún modo ha expulsado la vida, ha expulsado los sentimientos para poder ser solamente sabio, para poder ser solamente intelectual, como si la biblioteca fuera autosuficiente, como si los libros fueran válidos. Como Don Quijote antes de volverse loco. Porque Don Quijote se vuelve loco y entonces se lanza a la vida, pues abre las puertas de su biblioteca y entra en la vida, se lanza de la biblioteca a la vida. En tanto que a Belmiro Ventura le pasa algo parecido. Se encierra en una biblioteca como Quijote más o menos. Belmiro es el fracaso del saber, pero no solamente el fracaso, también es el triunfo del saber. El fracaso viene cuando el saber no se complementa con la vida.

—De tu última novela, El guitarrista, *J. M. Pozuelo Yvancos, en* ABC *ha dicho que ésta es «Sin duda, la mejor novela de Luis Landero». ¿Tienes una favorita de las cuatro novelas y* Entre líneas *que has publicado?*

—Sí, son cuatro novelas y media. Escoger una favorita, no sé... La verdad es que una vez que termino un proyecto, casi me olvido de él. Mi enfoque está siempre en lo que hago en el momento. Pero yo creo que *El guitarrista* y *Juegos* y también *Entre líneas* son las que más me gustan. Es que tengo mucho cariño a *Entre líneas,* y a *Juegos* por ser la primera. Pero *El guitarrista* es la novela que siempre quería escribir, pero no estaba preparado o algo así. Y fue casi la más fácil de escribir, tenía la sensación de que se escribía a sí misma.

—Emilio de El guitarrista *es el protagonista más joven de todos los de tus novelas y noto, un cambio respecto a tus otras novelas, en que el fracaso de Emilio como guitarrista u hombre maduro, no se narra. Sólo se cuenta lo del engaño amoroso a manos de Adriana y don Osorio...*

—Es que no se sabe si ha sido un engaño o si Adriana inventó toda esa historia, por miedo o por protegerlo. Eso lo he dejado muy ambiguo.

—Yo tenía la sensación de que sí, ella y su marido habían estado jugando con Emilio todo ese tiempo, y lo que le hacen al pobre con el triángulo amoroso es terrible...

—Es tremendo lo que le hacen, es tremendo. Así es como había escrito la primera versión del final, había añadido un epílogo clarificando que efectivamente habían utilizado al pobre por su propio entretenimiento, como en un juego. Pero luego quité el epílogo porque me parecía que era mejor dejarlo así un poco abierto.

*—Has dicho en otra entrevista [*Qué Leer*] que con esta última novela empiezas un nuevo ciclo de novela. ¿En qué consiste este nuevo ciclo?*

—Sí, con *El guitarrista* vuelvo más a la adolescencia. Los adolescentes son tan apasionados, todo lo viven muy intensamente. Y creo que ahora vuelvo más a la infancia, a los recuerdos de la infancia. La próxima novela será sobre eso, la infancia.

— Parece que tu novela más reciente es la más autobiográfica de todas: el protagonista toca la guitarra, estudia en una academia nocturna, y es aprendiz en un taller mecánico, todas son cosas que hiciste en tu juventud. Y en tus novelas varios protagonistas comentan que toda creación artística parte de un recuerdo o una experiencia vivida, a la que luego se añade

la imaginación. ¿Cómo sabes cuánto poner de cada «ingrediente», experiencia e imaginación en tus novelas?

—Es que no se trata de una receta. Es un poco la razón y un poco la intuición. En el proceso de escribir a veces la intuición te resuelve algo que la razón no puede, y de repente se te viene a la mente la solución a algún problema que andabas intentando resolver con la razón. Sueño con mis libros y a veces imágenes o frases me vienen en los sueños.

—Esa combinación de razón e intuición ha producido una obra muy bien recibida. El crítico Rafael Conte de El País *ha dicho que eres «quizá el mayor "narrador nato" español de los últimos años». ¿Qué reacción tienes a tal elogio?*

—Es que, eso de «narrador nato», no sé qué significa. O sea, ¿cómo es distinto eso a ser escritor? Es que los críticos, a veces dicen cosas para decir algo, como tienen que comentar, pues inventan frases así, es parte de su trabajo.

—Dado el éxito con los críticos y lectores que has tenido, ¿sientes más presión ahora al entregar un manuscrito nuevo que con tu primera novela, o menos?

—No, no siento presión. Con la segunda [*Caballeros de fortuna*] sí, pero ya no. Con la primera novela, no pensaba en el éxito ni en si le iba a gustar a nadie, estaba más libre. Pero ahora no me preocupo por la opinión de los otros; cuando escribo, si pienso en alguien es en mis lectores leales.

—¿Escribes entonces por ellos?

—No, ni por los lectores ni los críticos ni nadie. Escribo por mí mismo, porque tengo que escribir. Es mi manera de expresarme.

—¿Cómo ves el lugar que ocupa tu obra en la narrativa contemporánea española?

—¿Acaso pensabas que yo iba a saber eso? ¿Cómo voy a decir yo eso?

—Vale, aquí va otra. Comparando la novela de la postguerra y su contexto sociopolítico, con la novela y el ambiente de hoy, es evidente que ha

habido un gran cambio. En cuanto a la censura, parece que ahora no hay en absoluto, pero ¿cómo lo ves tú?

—Yo creo que la calidad literaria no depende del régimen político en que uno ha vivido. En todo caso eso pertenecería a la sociología de la literatura.

—Pero la libertad de expresión sí entra.

—En momentos precisamente de dictadura es cuando a veces se abren caminos, el escritor encuentra caminos de libertad insólitos; caminos, fugas desesperadas. Podemos ver que en los siglos XVI-XVII España no fue ningún modelo de libertad, sin embargo esos escritores supieron encontrar sus caminos. Es que no sé hasta qué punto mezclar ambas cosas; la literatura es un acto de supervivencia, el escritor sobrevive en condiciones tremendas. Fíjate en los diarios que a veces se han escrito en los campos de concentración nazis. Una cosa es la democracia, que es un arte de convivencia, nada más; o sea es un modo de convivencia, es un contrato social. Pero esa libertad pública que hay, no tiene nada que ver con la libertad individual del escritor. Sí en el periodismo, sí en ciertos libros que son crónicas, que son periodismo de investigación, etc. Pero en lo que es escribir poemas, escribir novelas y demás, no sé. En todo caso la dictadura es mala siempre, es mala porque además desmoraliza. Entonces el escritor sabe que a lo mejor su libro puede ser censurado y puede no publicarse. Y la dictadura es mala desde ese punto de vista; pero la libertad garantiza buenos escritores.

—Claro que no, no se trata de calidad. Me refiero a si, en el momento de sentarse a escribir en el pasado, si se tenía que considerar como de antemano, las posibilidades de ser censurado...

—No, perdona que te interrumpa, April, como se ha dicho alguna vez, lo peor no es la censura sino la autocensura. Eso es lo peor, realmente, cuando uno se contamina, de algún modo asumes la censura política que hay por la dictadura, de un modo más o menos inconsciente; entonces a la hora de escribir no eres libre. Esto es terrible. Y quizá más que la censura ha sido la autocensura. Pero no porque el escritor piense, «¿Me van a publicar esto, no me lo van a publicar, qué va a decir el censor, qué no va a decir?» No, el problema es cuando hay una perversión, una verdadera perversión, y llega el momento en que el ciudadano, el escritor-ciudadano, sin

darse cuenta se impone unos límites. Entonces sabe inconscientemente que no puede traspasar ciertos límites, y de allí se encanija, se empequeñece, se pervierte. O sea, es cuando la víctima hace causa común con el verdugo, cede ante el verdugo, y esto es lo que nunca se debe hacer. La libertad es lo más sagrado que hay en el mundo.

—Entonces ¿crees que los escritores españoles de hoy no se enfrentan con ninguna tendencia a la autocensura?

—No, para nada. En todo caso sí hay una situación similar, que es el tener éxito, porque el éxito es un valor que se cotiza mucho, es un valor fundamental en la vida. Y es probable que algo parecido a lo que pasaba con la autocensura en la época franquista, ocurra ahora, una especie de autocensura con los que tienen éxito. Es el decir, «Tengo que tener éxito», y ponerse a escribir pensando en los valores al uso: tener éxito, ser simpático, estas gilipolleces. Y eso puede ser otro tipo de perversión.

—O de falta de libertad, quizá.

—Falta de libertad, falta de honestidad, falta de rebelión interior, no sé. Pero el ceder ante el dinero, ante el éxito, ante este tipo de valores que son los que hoy imperan, pues eso naturalmente es peligroso, eso que está en todos lados, es la tendencia a la globalización. Y eso es jodido.

—¿Puedes comentar, es una pregunta muy grande, lo que es el ambiente literario de la España contemporánea? Por ejemplo ya se ha comentado lo del realismo social de los años 50 y 60, la nueva narrativa de los 70 en adelante. En tu opinión, ¿cómo se puede caracterizar la literatura que sale hoy, frente a la llamada «nueva narrativa»?

—Claro, es que eso está contado ya, el tipo de narrativa de los 50 y de los 60. Al tipo de narrativa que se hace después de los 60, quizá habría que verlo desde el punto de vista político y social, de cómo los lectores, y sobre todo cómo España se reconcilia consigo misma. Porque, por ejemplo, cuando se pone de moda la movida madrileña, España se pone de moda. Entonces España por primera vez se quiere a sí misma, pero porque tenemos éxito fuera; tiene éxito la moda española, tiene éxito la gastronomía española, tiene éxito Almodóvar, tienen éxito algunos narradores. Entonces tiene éxito la transición española porque todo el mundo estaba

esperando que hubiera otra guerra civil y decían, «Joder, no se matan otra vez. Parece que no se matan». Entonces la transición exitosa hace que parezca que en Europa era lunes, y en España era domingo, era una fiesta. Y toda Europa miraba con cierta admiración y con cierto interés a España, y entonces los españoles nos empezamos a querer a nosotros mismos cuando nos quisieron los demás, que es lo que suele ocurrir porque para quererte a ti mismo primero necesitas que te quieran los demás. Entoces aquí en España nos quisieron los demás, nos pusimos de moda en Europa y entonces dijimos: «¡Joder si tenemos algo bueno!» Y empezamos a leer a nuestros autores.

—*¿Por los 80 o así?*

—Sí, por los años 80 y algo, en turno con la transición política. Y así se nos quitó un poco el complejo europeísta que teníamos, por 40 años de dictadura. Y lo que te quiero decir con esto es que el público que tuvo la generación de Eduardo Mendoza, por ejemplo, de Marsé y otros, ese público no lo tuvo la generación de los años 50. No lo tuvo y no era una novela peor; la generación de los 50 que se sepa hasta ahora, era la mejor generación que ha habido de posguerra, y aun hasta hoy no ha sido superada por nosotros. Lo que pasa es que no tuvo al público a favor; fueron un poco francotiradores y con un público al que no le gustaba lo español y que huía de todo esto. Y luego en España todavía no se conocía bien la novela de la generación perdida norteamericana, por ejemplo de Dos Passos, de Scott Fitzgerald, de Faulkner, de Hemingway; tampoco se conocía bien la novela europea de los años 20 y 30. Todo eso estaba por descubrir, entonces la mayoría de los lectores, de los pocos lectores que había, se interesaba más por descubrir a los autores extranjeros que estaban censurados, más o menos, en España. Entonces a la literatura de aquí, española, se le daba un poco de lado. Hay mucho problema sociológico allí. Allí está muy mezclado lo literario y lo sociológico.

—*Sí, y hasta lo comercial.*

—Sí, claro, y últimamente lo comercial. Llegó el momento en el que empezó a generar dinero la literatura. Las tiradas que había en tiempos de Benet, de Juan Goytisolo, eran un poco ridículas, comparadas con lo que vino luego, cuando había tiradas que empezaron a ser comercialmente interesantes.

—Yo he notado una diferencia enorme en el nivel de vida, desde que vine a España por primera vez en 1988. ¿Cuáles han sido para ti –no sé si como escritor, profesor o persona– los cambios más significativos de los últimos años, de los 90 para ahora?

—Bueno, primero lo de la consolidación de la democracia. Aquí en España no estuvo consolidada la democracia hasta el 84 o el 85, más o menos. Los cambios que ha habido, me parece a mí, son cambios económicos. Yo creo que no han sido cambios que se hayan generado en España, sino que más bien han sido coyunturas internacionales, donde España estaba bien situada, por ejemplo con la Comunidad Europea. Es un país que venía con mucha fuerza de una dictadura, tenía una vitalidad muy fuerte y eso ha hecho que la economía en España haya ido muy bien. También es verdad que ha ido bien, pero en tanto que antes iba mal. Y por eso el cambio se nota mucho, el cambio es extraordinario. Y luego hubo una cosa además fundamental, que fue la paz social. Muchos pensaban que en España iba a haber problemas, pero no, muchos sabíamos que en España estábamos hasta los huevos ya de conflictos sociales y que no iba a haber ningún conflicto social; o sea que lo que ya queríamos era la situación en paz. Y salvo problemas que hubo, efectivamente, del golpe de Estado que pudo haber sido definitivo, o sea que hubo un momento allí en el que lo pasamos putas realmente, fuera de eso en España también tuvimos una ventaja y es que, en los últimos años de Franco, el 70 o 75, realmente ya España era una dictadura y seguía siéndolo, como no, allí están los hechos, pero el pueblo no lo era; el pueblo estaba muy europeizado ya.

—¿Por el turismo?

—Sí, por el turismo, por ejemplo. El turismo fue fundamental, pero también por la presión europea, había otro tipo de libros, por la libertad de la prensa; era algo que desbordaba ya de manera que la dictadura era incapaz de contener esto. Y era un pueblo que pasaba de todo ya, y como veía que era tan viejo el dictador, pues, que se muera, con tal de que no nos metamos en otra guerra civil ahora. Yo creo que en eso acertamos, históricamente acertamos, ya que España no ha acertado mucho históricamente. Y ahora cuánto llevamos, 25 años de democracia. Eso es insólito.

—¿Crees que se encamina bien?

—¿España ahora? Pues yo te digo lo mismo. No. Bien no vamos, porque históricamente hay pecados que se pagan. España no ha tenido siglo

XVIII, ha tenido un siglo XIX muy confuso, y hemos tenido montón de dictaduras, en el XIX hemos tenido a Fernando VII, en el siglo XX hemos tenido a Primo de Rivera, hemos tenido a Franco. Y entonces nuestra incorporación a la modernidad es una incorporación que no tiene raíces profundas. Y lo que pasa es que, bueno, con problemas pero estamos.

—*¿Entonces temes que pueda volver a haber otro tipo de Estado?*

—¿Aquí? No, no, una imposibilidad, creo que es imposible, vamos. Además pertenecemos ya, estamos globalizados. No, no hay posibilidad de esto. ¿Que hubiera un golpe de Estado aquí? De ninguna manera, esto lo tenemos muy claro. Aquí en España además, creo que no lo consentiría nadie. A mí lo que en España me preocupa, como en otros países supongo, es la pérdida de los valores políticos. Y el individualismo y que no hay proyectos colectivos. A mí me parece muy importante que los logros de la clase trabajadora no se pierdan, porque durante dos siglos se ha luchado por esto y ha costado mucho conseguir ciertos beneficios sociales. Esto se está perdiendo porque éste es un sistema, el sistema neoliberal, que genera mucha riqueza. Desde ese punto de vista es bueno, pero genera muchas desigualdades, y desde ese punto de vista es malo. Entonces el único árbitro que puede haber es el Estado. Creo que hoy día un acto de rebeldía, casi revolucionario, es reivindicar el poder de los Estados, que el Estado haga de árbitro, que haya gobiernos fuertes que puedan redistribuir la riqueza, que puedan ayudar a los más desfavorecidos porque ésta es una sociedad que crea unos márgenes de pobreza tremendos. Y si esto no lo hace el gobierno, no lo van a hacer las multinacionales, es evidente. Entonces es importante que los gobiernos no sean cómplices del mercado. Yo echo de menos los valores de la izquierda, de la socialdemocracia (no me refiero a la izquierda revolucionaria sino a la izquierda liberal), de una izquierda que todavía mantenga ciertos valores de solidaridad, de igualdad, de justicia; las viejas palabras.

—*Hablando de los desfavorecidos, aparece en* El mágico aprendiz *algo que a mí me parece una lista de los marginados de hoy en España. Cuando Matías pregunta por los habitantes de la casa donde hubo el asesinato del hijo por el padre, una vecina dice que no le sorprende el que haya habido un crimen allí porque dice que, «Pues allí viven negros, drogadictos, moros, quinquis, rameras, turcos, flautistas, mecheras, filipinos, chulos, rateros, mendigos y hasta peruanos y africanos, todos mezclados y revueltos como en una esterquera, figúrese usted». (26) ¿Ésta para ti puede ser una lista de los marginados en España hoy?*

—Bueno, más o menos, se podría quitar o se podría poner. Pero es una lista además vista por alguien que es de una clase social baja. Lo que pasa es que la inmigración que trae grandes bondades a una sociedad, trae también naturalmente su cuota de marginalidad y de delincuencia y de inseguridad y de problemas. ¿Y quiénes sufren esto? Las clases más desfavorecidas, porque los inmigrantes vienen a vivir a los barrios más pobres. De manera que la gente que vive de manera más pobre, son los que sufren las cosas malas de la inmigración y justamente allí es donde germina el Le Pen y es donde germina la ultraderecha. Y las clases más bajas que antes veían en la izquierda la posibilidad de amparo, ahora lo ven en la derecha. Y eso es un tipo de perversión política. Entonces de algún modo esa señora que dice esa lista en *El mágico aprendiz*, es una señora que pertenece a una clase social más bien baja y que confunde a sus enemigos. Sus enemigos no son esos, son otros, pero confunde el punto de mira, confunde sus tiros.

—¿Cómo son distintos los marginados de hoy, de los pícaros del Siglo de Oro?

—Lo que pasa es que actualmente los pícaros tienen derechos, tienen derechos sociales. Y tienen derechos a educación, y tienen derechos a sanidad, y no pueden ser ya los pícaros de Dickens ni los pícaros del Siglo de Oro, quiero decir los pícaros-marginados. Los marginados tiene que estar integrados socialmente a través de derechos que les deben conceder los Estados. Es que ya no puede haber nadie desamparado en una sociedad donde hay tanto dinero, donde hay tantas ganancias. Porque nunca ha habido tantos ricos; los como Rockefeller, los de los años 20 eran millonarios muy modestos al lado de Gates y de esta gente. El gran problema de hoy día es cómo redistribuir la riqueza que genera el sistema. El sistema está bien, el sistema funciona, el sistema genera mucho dinero, pero ¿cómo no redistribuir esto? Porque genera también muchas desigualdades y hay mucha gente desamparada, muchos pobres y allí es donde realmente, valores políticos de izquierda serían muy eficaces. Solamente diría que mientras no haya crisis, la izquierda no va a levantar cabeza. El día que haya una crisis llamarán a la izquierda como a los bomberos, «¡Venid a apagar el fuego!» Pero mientras no haya crisis y la gente viva bien, no va a haber problemas; apagará la derecha. Que la izquierda está para apagar el incendio cuando se produzca, y se producirá. En ese momento llamarán a la izquierda y la izquierda supongo yo que volverá, por los que son los viejos valores ilustrados, en los cuales yo siempre he confiado y he admirado siempre.

* En una conversación posterior (14 de octubre de 2003) Luis Lndero habla sobre su nueva novela:

—¿Puedes describir un poco el proyecto en que estás trabajando ahora?

—Bueno sí, estoy escribiendo una novela nueva cuyo tema de fondo es el odio, el odio que nace en la infancia de alguien y que dura toda su vida. Y es como un demonio que lo va corroyendo hasta que consigue liberarse de él. Claro, escrita con palabras abstractas, en realidad es un historia que yo cuento, novelada, como es lógico. Pero quizá el tema de fondo es ése, es una historia en torno a alguien que consagra su vida al odio, que el odio se apodera de él. Así a esa novela se la podría definir conceptualmente. Otra cosa es el argumento, que no te voy a contar porque eso es muy largo...

—¿Tienes idea ya de un título?

—No, no pero sí me gustaría que apareciera la palabra «odio» en algún sitio. Pero no tengo todavía título, no.

—Has dicho en la entrevista del año pasado que, con El guitarrista *empezabas un nuevo ciclo de novela, que se enfoca más en la infancia. ¿Es verdad de esta novela?*

—Sí, en esta novela efectivamente aparece la infancia. Es de la vida de un hombre desde la niñez hasta los 43 años más o menos, cuarenta y tantos años, que es cuando acaba la novela. Sí, entonces aparece la infancia y con la infancia es precisamente con lo que estoy ahora, que es cuando esa pasión se apodera de él. Por razones que no te voy a contar porque es muy largo... Tiene que ver el padre, la familia, todo esto, cómo va surgiendo en él el odio dirigido a otra persona y esto es una pasión excluyente; o sea le dedica prácticamente toda su vida, es una especie de esclavo de esa pasión.

—¿Se dedica a la venganza o más a rememorar...?

—Sí, efectivamente en un momento dado, la venganza como solución. Pero al final hay una especie de purificación, de algún modo consigue vencer al demonio ese, el demonio del odio.

—*Me parecía que* El guitarrista *era la novela más autobiográfica de tu obra, y ésta, la nueva también tiene elementos autobiográficos. ¿O no tanto?*

—No, no tiene alementos autobiográficos. Pero era un poco indagar en esa pasión que todos hemos sentido alguna vez; todos alguna vez hemos sentido odio como sentimos amor, como sentimos todo. Y es indagar en esa posibilidad. Yo no lo he pensado como idea, lo he pensado como historia, entonces va surgiendo esta historia. Y me parece que además la pasión del odio es muy interesante, porque como decía Castilla del Pino, el amor se acaba; alguien puede dejar de amar a una persona, pero el odio no se acaba nunca. El odio generalmente es una pasión mucho más duradera. Eso lo decía Castilla del Pino y lo dicen los psiquiatras, y parece que no les falta razón. Pero no es autobiográfica.

—*¿En qué etapa del proceso estás ahora?*

—La tengo ya en la cabeza, la tengo ya estructurada, tengo todo el argumento etc. y estoy en el momento de la escritura. Estoy en la primera parte de la novela; la novela tendrá quizá tres partes y estoy en la primera parte, llevo unas cuarenta páginas. Pero bueno, tengo todo el trabajo de invención, de estructuración, tengo todo eso ya más o menos terminado y tengo más o menos clara la novela.

—*¿Y hay alguna etapa que te gusta más que otra, por ejemplo la de estructurarla?*

—Sí, estoy en la etapa que me gusta sí, la etapa de inventar y de estructurar me gusta más casi que la de escribir. Me gusta más porque es más fácil, entiéndeme. Me gusta más porque es como jugar con un rompecabezas, y es una cosa que a mí me agrada mucho hacerlo, es descansador. Escribir es más apasionado, es más interesante para mí porque es explorar a fondo la novela. Sin embargo, es más laborioso claro. Es más duro, es más difícil. Para mí el escribir aunque a la vez es más apasionante, es más difícil. Entonces lo que es la invención, la estructuración, lo que se llamaba en las retóricas latinas la *inventio* y la *compositio* resulta más fácil, más descansador.



Una calle de Montevideo.

Carta de Argentina
La Puna de Tizón

Leonor Fleming

Hablar de Tizón y de su obra es hablar de la Puna. ¿Y qué es la Puna? Esa alta meseta andina, árida y fría, que comienza en la frontera noroeste de la Argentina y continúa en el altiplano boliviano, atravesada por cadenas de volcanes, con grandes salares y algunas lagunas. Pero esa es y no es la Puna de Tizón, porque la Puna de Tizón es sobre todo un espacio literario, es una creación artística.

Sin embargo, esa Puna de Tizón, esa Puna literaria, existe porque los espacios literarios no son espacios virtuales sino reales. Aunque los cartógrafos no los detectan y no están inscriptos en el registro de la propiedad, tienen existencia, inciden en la realidad y la modifican. Así como un dique cambia el curso de un río, una literatura puede cambiar y, de hecho cambia, el curso de la historia, el entramado de una sociedad. Pensemos en la conocida relación entre las obras del iluminismo francés, de Voltaire, Rousseau, Montesquieu, Diderot y la Revolución Francesa.

El espacio literario tiene existencia real pero distinta a la geográfica; es una creación cultural de naturaleza artística. Así por ejemplo la Mancha, para la geografía económica española, es un paraje ventoso donde se cultivan olivos, vides y azafrán; son conocidos sus buenos quesos y sus peores vinos. Pero la Mancha que importa para la cultura universal, es el lugar donde acontecen las aventuras de Don Quijote, donde se da cuenta en lengua española del inicio de la modernidad, donde ocurre la eterna y simbólica lucha entre un orden antiguo que se resiste y la actualidad que viene a suplantarlo, simbolizada en la batalla de Don Quijote –la España caballeresca y arcaica, con los molinos de viento– la nueva tecnología que inaugura una época. La eterna pugna entre un pasado que se resiste y los nuevos usos y costumbres que lo suplantan, transformando y conservando según su necesidad. En las páginas cervantinas, en su nueva forma de mirar el mundo, lo que en literatura significa una revolución en la forma de narrar, ocurre la modernidad.

Si nos situamos más cerca, en las letras hispanoamericanas, Macondo, otro reconocible espacio literario, es el símbolo acabado del espacio ame-

ricano, el espacio fundacional. En América donde se da «la apoteosis de la tierra» –según expresión de Martínez Estrada–, es esa América del magma original –«donde las cosas carecían de nombre y había que señalarlas con el dedo»– se funda Macondo, la aldea feliz, la concreción de la utopía, la igualdad y la justicia –cada uno de los fundadores recibe una parcela de tierra de iguales dimensiones y todas dan al río de aguas diáfanas–. Luego llegarán los gitanos con sus inventos y las noticias del afuera; la curiosidad, la pasión por el conocimiento abre la aldea mítica al mundo exterior. En ese comercio, en ese intercambio, entra el tiempo histórico, la prosperidad y la injusticia, las guerras y la violencia sin fin que finalmente borrarán a Macondo de la faz de la tierra.

Y ¿qué es entonces la Puna de Tizón? Él mismo lo dice en uno de los ensayos de *Tierras de frontera*: «La puna, el desierto lunar, cálido y frío más que un lugar geográfico es una experiencia» (p. 179). El espacio literario puede basarse en la geografía, incluir sus topónimos y los rasgos de su paisaje y de su gente, pero es más amplio y ubicuo. Leyendo a Tizón podemos conocer la Puna sin haber pisado nunca Jujuy. Y conocemos algo más: conocemos que arraigo y destierro son dos caras de lo mismo y son, quizá, la condición humana. En sus libros aparecen Casabindo, Rinconada, Cochinoca, Salinas Grandes, con los mismos nombres de la cartografía regional. Pero está además Ramayoc, un pueblo fantasma que levita, inhallable en el mapa local.

La Puna como dimensión de la experiencia: esta es la clave de la obra de Tizón. La experiencia de una tierra de frontera, de un mundo marginado a «Un costado de los rieles», o a un costado de la historia, un mundo frágil, en retirada, de «gente pobre y sin envidias», acostumbrada al «sinremedio y la forzocidad». Un lugar «con más casas que gente» y con una población fantasmal de hombres ensimismados o de muertos. Un pueblo con valores más antiguos y firmes, de gente arraigada que quiere quedarse pero a la que la pobreza y la falta de trabajo obligan a emigrar.

El crítico español Valeriano Bozal subraya la importancia de la mirada en el arte contemporáneo, consciente del hecho capital que supone en arte «el acto de fijar la vista». Tizón fija la vista en ese mundo que se apaga y es toda una opinión. Porque, como lo dijo hace poco (en la apertura de la 29ª Feria del Libro de Buenos Aires) –«un escritor no puede ser un bello pájaro ciego que canta para cualquiera, sino tan sólo un hombre libre que escribe». Ese rincón provinciano frágil e indolente, incapaz de competir y prosperar, soñoliento y retrógrado, tiene quizá algo que ofrecer, que no es quietismo sino disidencia: un antimodelo, otros valores, una resistencia pasiva, aún sin proponérselo, al consumismo, la frivolidad, la falta de sustancia

y de principios de nuestra sociedad. Tizón se alinea con los escritores del inconformismo presentando, paradójicamente, un mundo quieto y resignado. No ofrece soluciones; sólo con «fijar la vista», con elegir ese espacio que es una experiencia, interroga, subvierte. Mira desde el margen, desde esa tierra des-centrada, «Tierras de frontera» y la sola mirada (el punto de vista del que narra) cuestiona ciertos éxitos dudosos de lo supuestamente central. Tizón lo escribió en una de sus libretas privadas cuando se define: «soy un antimetropolitano».

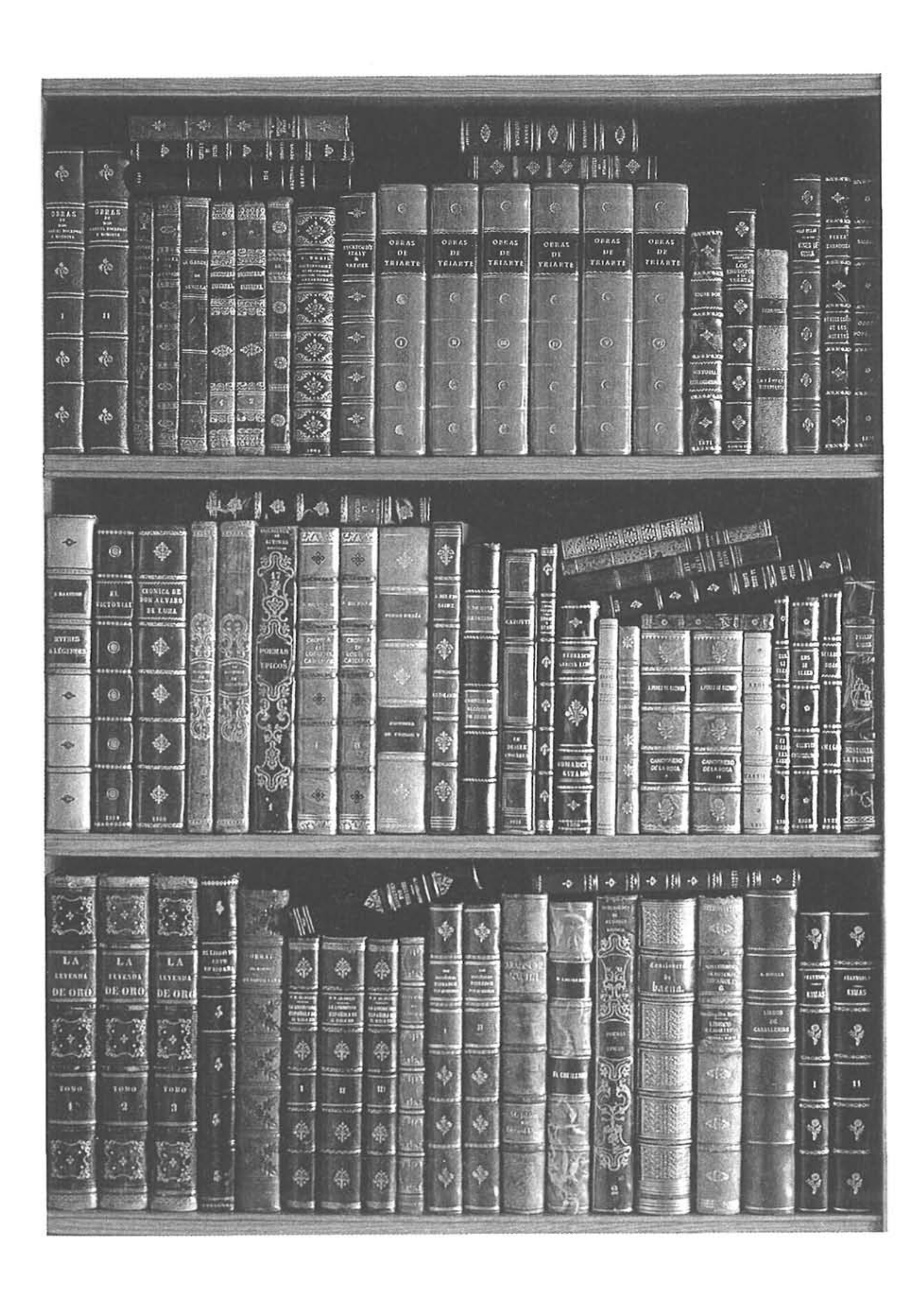
Si Macondo es el espacio simbólico de la fundación en América y de su fabulosa confusión, quizá la Puna de Tizón sea la metáfora de esa «Luz de las crueles provincias» que da título a una de sus novelas; «crueles provincias» del mundo que son la sociedad actual, de ese país global y también del nuestro que, como escribe Tizón, «no atina a saber dónde están los propios y los ajenos, el alba, la oscuridad». Siguiendo con sus títulos, la Puna es quizá ese «Extraño y pálido fulgor» que llama la atención sobre algunos valores y conductas que, con arrogancia e insensatez, han sido abandonados por nuestra modernidad, o por esta pretendida posmodernidad; conductas como la austeridad, la decencia, el pudor, la verdad. Esta obra «fija la vista» sobre el saber estar de unos personajes, supuestamente perdedores que, en nuestros días, «prefieren la honra a la prosperidad».

Esta es la Puna que Héctor Tizón conoce e inventa y que impone a la realidad. Es la Puna que crea Tizón desde su experiencia de arraigo y transtierro, con toda la sabiduría narrativa de su talento y su largo oficio de escritor.



Una calle de Arequipa.

BIBLIOTECA


OBRAS DE TRIARTE
OBRAS DE TRIARTE
OBRAS DE TRIARTE
OBRAS DE TRIARTE
OBRAS DE TRIARTE
OBRAS DE TRIARTE
EL VICTORIAL
CRONICA DE DON ALVARO DE LUNA
POEMAS EPICOS
CANCIONERO DE LA ROSA
CANCIONERO DE LA ROSA
LA LEYENDA DE ORO TOMO 1
LA LEYENDA DE ORO TOMO 2
LA LEYENDA DE ORO TOMO 3
LIBROS DE CABALLERIAS

Poetas, poéticas y antólogos de Venezuela*

Hay que celebrar la aparición de esta antología en España. Con ella viene a llenarse una extensa e inveterada laguna, pues se trata de la primera muestra colectiva de poemas y poetas de Venezuela que se publica en la península desde hace ya muchos años. Si no me equivoco, la anterior, la de José Antonio Escalona-Escalona, salió hace más de dos décadas con ocasión del bicentenario de Andrés Bello y francamente dudo de que alguien aún la recuerde. De entonces acá, no es poco lo que ha cambiado la faz de la poesía venezolana. O, mejor, su *cuerpo,* que no ha dejado de crecer, ramificarse y estructurarse, hasta conformar uno de los géneros más ricos y variados del paisaje literario hispanoamericano. Dice el tango que veinte años no es nada, pero, en veinticinco, José Antonio Ramos Sucre (1890-1930), el antaño «raro entre los raros», ha pasado a ser el padre fundador de nuestra modernidad poética; Vicente Gerbasi (1913-1992) y el recientemente fallecido Juan Sánchez Peláez (1922-2003) se han convertido en dos referencias indispensables cuando se habla del legado de las vanguardias en el ámbito hispánico; Rafael Cadenas (1930), Guillermo Sucre (1933) y Eugenio Montejo (1938) han llegado a un momento de acendrada madurez creadora; y, en fin, hemos visto surgir nuevas voces que, como la de María Auxiliadora Álvarez (1956) o la de Jacqueline Goldberg (1966), ya han sorprendido a más de un lector exigente. De todas estas transformaciones –y de algunas más– la antología que comentamos constituye un fiel reflejo. Su primera virtud es, sin lugar a duda, la de ofrecer una visión actual de la poesía de Venezuela, que sitúa al presente en la perspectiva del pasado –de la tradición poética que los propios venezolanos nos hemos inventado–, pero que, al mismo tiempo, se abre a un esperanzado y diverso porvenir.

Tiene razón Joaquín Marta Sosa al insistir, en su introducción, en que nuestra poesía «ha vivido sus historias de esplendor más prolongado en los años de vida democrática y de expansión abierta de la cultura moderna». Hoy, cuando se llena de denuestos a esos años con tanta facilidad y cuando se cierne una real amenaza sobre la modernidad de nuestra cultura, no está de más recordar que la poesía enezolana ha llegado a ser lo que es justamente en esa segunda mitad del siglo XX que signa nuestro acceso a la democracia. Tampoco yerra Marta Sosa

* *Joaquín Marta Sosa,* Poetas y poéticas de Venezuela (1876-2002), *Bartebly Editores, Madrid, 2003, 260 pp.*

cuando afirma que la importancia de la poesía de Venezuela «corre en paralelo con el deficiente conocimiento y la reducida valoración de que goza tanto en el propio país como en buena parte del universo mundo». Es de esperar que la aparición de esta antología en España, así como la publicación en ediciones española de las obras de Cadenas, Montejo y, más recientemente, Sánchez Peláez, contribuya a modificar tal estado de cosas y permita superar el prejuicio nacido de la ignorancia y la escasa circulación de los libros venezolanos en el extranjero. Y es que no falta aún quien crea que nuestro país está tan huero de letras que bien merece la *boutade* con que un maldiciente lo describió alguna vez: «Venezuela: mucho petróleo y poca tinta». Hoy tal ocurrencia acaso pueda aplicarse a una novelística que, después de Gallegos, ha brillado por su ausencia en los esenarios internacionales, pero no al ensayo ni menos aún a una poesía que, como puede comprobarse leyendo *Las ínsulas extrañas* (2003) u otras antologías de los últimos años, es capaz de aportar tantas o más figuras de primer orden a la tradición de nuestra lengua que Argentina, Colombia o Cuba. La segunda gran virtud de *Poetas y poéticas de Venezuela (1876-2002)* es, en este sentido, el auténtico esfuerzo de difusión que representa y la toma de conciencia que presupone sobre la valoración de nuestra poesía y, en general, de nuestras letras. Hay que saber hacer pero también hacer saber: nadie ignora que, en los espacios saturados de la cultura contemporánea presencia rima cada vez más con existencia.

Quizá la tercera virtud de la antología de Marta Sosa es su muy tolerante relativismo: la amplitud de miras con que da cabida a los autores, las corrientes y los textos más heterogéneos, a fin de ofrecer un panorama lo más completo posible del quehacer poético en Venezuela. La verdad es que, en los tiempos que corren, no se puede menos que aplaudir esa generosa actitud, pero si dudo al calificarla de virtud es porque creo que de ella proceden también varios de los defectos, incoherencias y errores que se observan tanto en la organización del conjunto como en la selección de los poetas y sus poemas. Marta Sosa, me temo, aspira a que en su antología quepan ecuménicamente todos y, al mismo tiempo, sabe que una antología es un intenso ejercicio de apreciación, o sea, un arbitraje entre valores, pesos y medidas. Para resolver esta incómoda ecuación, en *Poetas y poéticas de Venezuela (1876-2002)* tiende a multiplicar inútil y confusamente las categorías clasificatorias, y llega incluso a concederle importancia y representatividad a autores más bien folkóricos o populares que poco o nada tienen que ver con la poesía moderna de nuestro país. Así, aunque, por un lado, sólo

se pueda aplaudir que no haya seguido un orden meramente cronológico en la disposición de los materiales seleccionados, por otro, resulta difícil –y aún imposible– entender a qué corresponde, por ejemplo, esa categoría de «El estar como poesía» donde encontramos a tres poetas tan disímiles como Sánchez Peláez, Cadenas y Montejo, o cuál es ese «Reino de la esencia y el lenguaje» al que se condena a un poeta tan ajeno a la metafísica como Guillermo Sucre. Aún más, ceder a la facilidad de crear una categoría de género para nuestras poetas contemporáneas cuando muchas de ellas hace ya años que dejaron de reconocerse en la reductora etiqueta de «poesía femenina», traduce cierta pereza o cortedad. Pero lo peor es esa categoría que llama púdicamente «Interludio popular» y con la que le hace sitio a Andrés Eloy Blanco y a Aquiles Nazoa, so pretexto de que gozan de «mayor reconocimiento por parte de la gente de a pie» o de que encarnan «la sensibilidad de la gente del común». Marta Sosa se pregunta y nos pregunta «por qué van a estar de más». La respuesta más simple es porque si se quiere ser más o menos coherente no se puede presentar a la poesía venezolana moderna como una aventura crítica del lenguaje y el mundo, e incluir a dos autores que, como el antólogo bien sabe, por muy sentimentales o divertidos que sean, nunca participaron en esa aventura. A mi modo de ver, el relativismo de Marta Sosa llega aquí a uno de sus límites: el punto donde se acaban sacrificando los criterios de juicio en aras de la buena conciencia y el panorama más exhaustivo.

El otro problema de la antología se relaciona más bien con la descripción de ciertas obras y las valoraciones que suscitan. Sorprende, de este modo, que a propósito de la ya mencionada categoría de «El estar como poesía», se diga que todos los poetas que la componen «hacen del vanguardismo, en tanto postura de innovación y réplica contraria al convencionalismo y a las rutinas o modas literarias, su perspectiva creadora». Esto quizá pueda decirse del surrealista Sánchez Peláez o del Cadenas que aspiraba aún a *épater le bourgeois* hace cuarenta años, pero no veo cómo se podría aplicar a un poeta tan ponderado y clásico como Eugenio Montejo. También sorprende que a Guillermo Sucre se le atribuya «una poética del discurso irrefrenado (sic)» o que se hable todavía del conversacionalismo, nuestra poesía de la experiencia que tiene ya más de veinte años de vida, como «la nueva pauta por adquirir definiciones acabadas en la poesía venezolana». Todas estas afirmaciones y algunas más merecen sin lugar a duda que se les discuta en nombre de la exactitud y claridad que cabe esperar de una antología como ésta. Pero lo que no tiene discusión y parece un burdo error de apreciación

es que, en una muestra tan apretada, se le concedan casi diez páginas a un poeta todavía verde como Rafael Arraíz Lucca (1959) y se despache en tres o cuatro a varias figuras mayores y dignas de mejor tratamiento como Ramón Palomares (1935), Luis Alberto Crespo (1941) o los ya citados Sánchez Peláez, Cadenas, Sucre y Montejo. Supongo que el propio Arraíz Lucca habrá sido el primer asombrado de que se le otorga tamaño privilegio en detrimento de voces de mucho más peso.

Con todo, repito, creo que hay que celebrar la aparición de esta antología en España. El lector ha de encontrar en ella, más allá de los errores de composición y de juicio que se han señalado, una estampa bastante fiel y completa de ese organismo vivo y plural que es hoy por hoy la poesía de Venezuela. Habrá más de una sorpresa, más de un descubrimiento, que ojalá le llevé a otro u otros, y despierte su interés por conocer más de un descubrimiento, que ojalá le llevé a otro u otros, y despierte su interés por conocer más y mejor a nuestros poetas. ¿Podrá reconocer en ellos y con ellos al lugar de donde proceden? O dicho de otra manera: ¿Es la poesía venezolana actual un preciso espejo de Venezuela? Marta Sosa no parece abrigar dudas: según él, «la poesía escrita en Venezuela está profundamente prendida al país». Cabe preguntarse, sin embargo –y de seguro, más de un lector se lo preguntará–, si la alta empresa creadora que nos cuentan estas doscientas páginas no será más bien el desafío que un puñado de hombres y mujeres le lanza a su sociedad toda, si no será más bien Venezuela la que va hoy a la zaga de sus poetas y aún no corresponde a la imagen moderna que la poesía ha sabido dar de ella.

No tengo respuesta para estas preguntas pero, en las difíciles horas que conoce nuestra tierra, creo que vale la pena hacérselas.

Gustavo Guerrero

América en los libros

El gaucho argentino: pasado y presente, *Andrés M. Carretero, Buenos Aires, Sudamericana, 2002, 317 pp.*

Carretero es un historiador bonaerense conocido tanto por sus obras de historia nacional ancladas preferentemente en el siglo XIX como por las dedicadas al tango y la vida social de la primera mitad del siglo XX. En la presente obra intenta dar una visión global del gaucho, pero con el acento puesto en su origen económico y social. Es así como dedica mucho espacio a la trascripción de testimonios coloniales en los que, sin mencionarse la palabra «gaucho» (todavía no acuñada), se habla, en forma bastante negativa, del futuro criollo pampeano, rebelde y pobre) y para colmo frecuentemente criminal. Estos trestimonios trazan con suficiente claridad el destino de un grupo social que, por mestizo, fue sistemáticamente excluido desde un principio de la propiedad y de los oficios y, por ende, de la población criolla que se estaba formando y que, por su parte, ya sufría otro tipo de exclusión (social y política) por parte de la población peninsular gobernante.

Otro rasgo que asoma desde un principio en las pinturas coloniales es la vinculación de esa gente de campo (pero no propietaria) con el caballo. Simplificando un poco puede decirse que el criollo sin tierra y sin oficio estaba condenado a vagabundear, lo cual, a su vez, le valió el ser perseguido y echado a la frontera a servir varios años de soldado por un sueldo de hambre (si acaso). Esto, a su vez, incentivó la rebelión incluso con acciones criminales y con la huida del gaucho al campo más despoblado, siendo no pocas las ocasiones en que el gaucho perseguido sólo encontraba refugio en las tolderías indígenas. Su vida poco sedentaria lo ató al caballo y a las armas blancas; su desocupación habitual lo vinculó a las actividades más aptas en las pampas para matar el tiempo: tomar mate y tocar guitarra. Es lógico que, entonces, su alimentación se redujera casi exclusivamente a la carne y que su ropa incluyera elementos muy poco hispanos como el chiripá. El hábito de carnear ganado ajeno sin permiso lo convirtió, claro está, en cuatrero. El círculo vicioso de perseguir a quien se ha condenado a la pobreza, arrinconándolo a situaciones que desembocaban en crímenes, los cuales a su vez eran motivo de más persecución, produjo la paradoja de que, en pleno siglo XIX (1810-1870), los crímenes registrados en la campaña

superarararan numéricamente a los de ámbito urbano (34), fenómeno inverso al habitual en nuestros días.

De los nombres anteriores al de «gaucho» (que aparece a mediados del siglo XVIII), el autor menciona los de «mancebo de la tierra», «agregado», «arrimado», «camilucho», «gauderio» y hasta «criollo». Opino que «camilucho» es el término que dio origen a «gaucho», acentuándose primero «gaúcho» como en portugués brasileño.

La vinculación buena o mala del gaucho con el ganado vacuno y caballar hace que Carretero dedique no poco espacio a presentar datos sobre la evolución cuantitativa de ambos y, muy especialmente, sobre la aparición y evolución de la industria argentina del cuero y de la carne, sin olvidar otros asuntos campestres como las sequías y los perros cimarrones, el latifundio y la introducción sucesiva de las marcas de ganado. Pero más se explaya el autor en el tratamiento de los rasgos culturales del gaucho: sus hábitos indisciplinados, su afición por el juego, su vida miserable (con excepción de la plata usada para adornar su caballo y su «china»), el papel de la mujer en esa vida, etc. Un capítulo sumamente útil es el 5, «El gaucho según los viajeros», por su riqueza informativa. En general se trata de una obra más bien acumulativa (y bien ilustrada) que, si no fuera por la forma algo defectuosa de citar las fuentes, podría servir muy bien de tesoro de datos incluso para estudios ajenos.

La Pampa: Costumbres argentinas. *Alfredo Ebelot. Estudio preliminar por María Sáenz Quesada, Buenos Aires: Taurus, 2001, 254 pp.*

Alfredo Ebelot (1839-1920) nació y murió en Francia, pero vivió en Argentina entre 1870 y 1908, con un intervalo laboral en Brasil en 1883. En Argentina actuó no sólo como periodista en *La Patria Argentina, L'Union Française* (editado en Buenos Aires), *La Nación* y *La Protesta* sino que, habiéndose graduado de ingeniero en París, fue contratado en Argentina para hacer estudios de esta especialidad en la línea sur de frontera con los indios durante la presidencia de Sarmiento. También intervino con funciones similares en la llamada Conquista del Desierto, dirigida por Roca, con el grado de sargento mayor. Sus conocimientos del gaucho y de los territorios pampeanos llegaron a ser tan buenos como los de la lengua castellana. Siempre estuvo en contacto con el mundo de la política, oponiéndose en Francia a Napoleón III y reclamando la revisión del caso Dreyfus; en Argentina apoyó decididamente

la obra y los partidos de Alsina y Mitre.

Si bien sus actividades literarias habían comenzado antes de su emigración (fue secretario de redacción de la prestigiosa *Revue des Deux Mondes* parisina entre 1864 y 1870), el grueso de su obra parece ser fruto más bien de su contacto con el país sudamericano. Su obra más famosa fue la que ahora se reedita, que apareció primero en francés en París en 1889 y, un año más tarde, en traducción castellana del autor con las excelentes ilustraciones de la edición original; la traducción se reimprimió también en 1943 en Buenos Aires. Independientemente de que tal reimpresión pueda haber sido o no resultado de los fervores nacionalistas de la época, esta obrita de lectura amena tiene derecho a ser recordada por su valor documental de una época y un paisaje ahora desaparecidos, retratados aquí por un testigo visual y observador excelente. Fuera del Prefacio con finalidad meramente introductoria, los catorce capítulos se centran generalmente en temas (el velorio, el rastreador, la galera, el mate, etc.) y sólo muy pocas veces son narraciones con unidad más bien temporal y dramática (por ejemplo «Hombre al agua»); en su absoluta mayoría responden al tema pampeano del título; apenas uno se ambienta en la capital («El carnaval en Buenos Aires»). Los de tema pampeano revelan una buena dosis de conocimiento empírico del indio, pero en su mayor parte se ocupan con igual conocimiento del mundo gauchesco.

Un fenómeno bien conocido de ese mundo es el «velorio del angelito», es decir, del niño. Como la inocencia propia de la infancia hace suponer que tales difuntos van directamente al cielo, esos velorios no eran (ni son, ya que la costumbre todavía existe) encuentros tristes sino fiestas con baile y consumo de alcohol. Menos conocido es, seguramente, el hecho de que a veces los pulperos alquilaban los pequeños cadáveres para organizar varias fiestas seguidas y beneficiarse así con la venta de comidas y bebidas (57 s). Los pulperos reciben no sólo el homenaje de un capítulo propio («La pulpería»: 155-76) sino que reaparecen también ocasionalmente en otros, gracias a que los viajes llevaron al autor a pernoctar o hacer alto más de una vez en esos reductos campestres de la colonización criolla y del avance universal del comercio. El gaucho como tal aparece pintado desde muchos ángulos pero sin idealizaciones; así, por ejemplo, se menciona el trato duro que daban a sus caballos. A la inversa, si la descripción sarmientina de las habilidades increíbles del baqueano han puesto a soñar a generaciones enteras de colegiales argentinos, las que

retrata Ebelot dejarán boquiabierto al más terco admirador de las destrezas de Indiana Jones. En resumen, un libro tan entretenido como instructivo, absolutamente recomendable.

Tawantinsuyu - El Estado inca y su organizacion política, *Martti Pärsinen. Lima: Instituto Francés de Estudios Andinos / Pontificia Universidad Católica del Perú, 2003, 425 pp.*

Esta tesis doctoral del latinoamericanista finlandés se publicó en inglés en 1922 en Helsinki. Es una suerte poder contar ahora con ella en una edición más accesible, a pesar de que las traducciones (por ejemplo de etnónimos y glotónimos) y ciertas ignorancias de la propia lengua (por ejemplo de la sintaxis del condicional, empleado para verter cualquier *should* o *would)* pongan a prueba los nervios del lector.

De la organización política del imperio inca no se conoce tanto como de su organización económica. Por fortuna se advirtió hace tiempo que los documentos de la administración colonial reflejan muchos aspectos del mundo indígena más fielmente que los cronistas, y en los dos últimos decenios se ha asistido a una publicación continuada de muchos de esos valiosos manuscritos enterrados en los archivos. Aun así, Pärssinen ha completado su lectura de fuentes publicadas con la de otras inéditas, indagadas por él mismo en diversos países. El resultado es un amplísimo conocimiento del tema y un libro que trata de presentar todos los aspectos importantes, empezando por el estudio de las fuentes, dentro del cual tema el autor se detiene particularmente en los problemas relacionados con las informaciones registradas en los quipus (cap. I). Pärssinen opina que éstos podían registrar, aunque sólo en forma estereotipada y simple de combinar conceptos individuales y cifras mediante colores y nudos, con fines contables y censales.

Pässinen estudia luego (cap. II) la expansión incaica en sus aspectos tanto temporales como espaciales. Con ayuda de informaciones locales (parte de los manuscritos administrativos antedichos) revisa lo afirmado hasta el momento acerca de las conquistas de los principales incas y acerca del área conquistada en cada caso. El principal resultado de esta revisión es un nuevo mapa del Tawantinsuyu [los Cuatro Suyus, e.d. el Reino Inca] (p. 128 que ensancha algo el territorio, sobre todo hacia el [nor]este y el sur[este] de Cuzco (Antisuyo y Collasuyo); si bien la base de algunos ensanchamientos es sólo hipotética, puede ser que el nuevo mapa sea el estándar en los próximos decenios. Importa indicar que, apar-

te de los documentos manuscritos, también está apareciendo otro tipo importantísimo de rastros de la expansión incaica: los arqueólogos siguen descubriendo cada vez más tramos de la famosa red de caminos incas que, como bien se sabe, eran parte importantísima de la expansión militar y del subsiguiente control político y económico.

Luego de rehacer el cálculo de la población del Tawantinsuyu (cap. III), que arroja una cifra de algo más de 9 millones de habitantes, Pärssinen estudia algunos principios generales de adminstración del reino (cap. IV, con énfasis en el sistema de los *mitimaes* o «traslado forzado de grupos humanos», pero también deteniéndose a distinguir los distintos tipos de *acllas* o «mujeres escogidas» y de *yabas* o «siervos»). Sobre esta base, el autor puede adentrarse a tratar el tema anunciado en el título del libro, comenzando con la organización sociopolítica del Cuzco (cap. V). Lamentablemente, también aquí el autor pretende avanzar demasiado. Cuzco estaba dividido en una parte *hanan* (arriba) y ora *hurin* (abajo); con muy poca base empírica, Pärssinen supone que cada mitad estaba dividida a su vez en un cuarto *hanan* y otro *hurin.* Lo cierto es que, junto a la división diádica de Cuzco y la tetrádica del Tawantinsuyu, hay casos importantes de triadismo: hallamos, por ej., la división en *qollana* (el primero), *payan* (el segundo o del medio) y *kayaw* (el último) dentro de los *ceques,* sin mencionar casos menores como el de Viracocha, Sol y Luna o los que figuran en las narraciones míticas. Sin embargo, Pärssinen construye estructuras triádicas que quizás no hayan sido tan relevantes ni como grupos ni en tanto triples: *Inca* (rey), *auqui* (hijo, nieto o bisnieto de rey) e *ynga caballero,* así como *Coya* (reina), *ñusta* (hija de auqui) y *palla* (hija de ynga caballero). Incluso la importantísima hipótesis de Zuidema y Duviols sobre la diarquía, e.d., que no habría gobernado un rey sino dos, intenta convertirla el autor en hipótesis sobre un gobierno inca triárquico; considero que la base es tan hipotética y poco empírica como la de la justamente famosa María Rostworowski sobre un gobierno inca tetrárquico. Ello no impide que, en la cúpula del poder, haya existido una jerarquía (incluso tiene que haberla habido) de tres, cuatro o más personas, como la hay también en cualquier gobierno monocéfalo (mono-árquico). Precisamente el sistema de los ceques, cuyo triadismo está claramente enmarcado en la división tetrádica de los *suyus* (comparable a nuestra brújula, cuya división fundamental es tetrádica por más que, para llegar a los 360º, necesitemos hacer subdivisiones triádicas) prueba que los demás casos de triadismo, incluso los más claros, no bastan para suponer que la estructura

mayor decisiva no haya sido dual o cuaternaria. Difícil de digerir, si bien bastante más fundamentada que la hipótesis antedicha del gobierno triárquico, es la de una división muy poco simétrica del Cuzco, poniendo como centro no el *Hanan Haucaypata* (plaza principal) sino el *Coricancha* (templo principal). El cap. VI redondea el tema con una discusión minuciosa de la división total del Rawantinsuyu en sus cuatro partes.

El cap. VII, por su parte, se ocupa de las estructuras administrativas de los suyus, donde el autor vuelve a innovar, introduciendo la categoría de *hatun-apocazgo* (unidad mayor que un *guamani* o provincia pero menor que un suyu). Las cifras existentes permiten afirmar que la población de las provincias oscilaba entre 5.000 y 50.000 unidades domésticas, cada una de las cuales contaba en promedio con cinco personas. El cap. VII estudia la división interna de las provincias, con una nueva discusión de su posible subdivisión dual, tripartita o cuatripartita. El sistema cuatripartito postulado por Platt no es aplicable a todas las provincias; más bien se observa a menudo una combinación de principios, siendo la división principal cuatripartita o bien tripartita. Con todo esto está muy ligado el asunto de la organización decimal de la población (cap. IX); la conclusión del autor, basada en numerosos datos estadísticos, es sumamente sensata: una *guaranga* (mil), por ejemplo, no abarcaba necesariamente mil personas, sino una cantidad aproximada, dependiendo de cuántos grupos de más o menos mil personas pudieran formarse en la zona administrativa en cuestión. Lo importante era saber cuántas personas podía destinar el gobierno, en cada región, a tareas como la minería u otros servicios rendidos al Estado *(mita)*. Cuanto mayor era la unidad de cálculo, más inexacta era la cantidad real de personas abarcada por ella: mientras una *pachaca* debe de haber oscilado entre cifras no muy lejanas del cien, el *hunu* estuvo formado en numerosas ocasiones por una cantidad de personas bastante alejada de su significado (diez mil). De la misma manera, en muchos casos la *guaranga* abarcaba menos de diez *pachacas*. Cada una de estas rectificaciones nos acerca a una visión más objetiva y clara del mundo político de los incas.

Agustín Seguí

Julia Kristeva y la gramática de la subjetividad, *Diana Paris, Campo de ideas, Madrid, 2003, 96 pp.*

Con un lenguaje conceptual riguroso e igualmente claro, Diana Paris (Buenos Aires, 1958) encara en este

libro la tarea de describir, en el extenso mapa teórico desplegado por la intelectual Julia Kristeva (1941), uno de sus recorridos epistemológicos más desafiantes: la construcción de la subjetividad.

En el capítulo introductorio, la autora ubica a Kristeva como una emigrada en Francia, en los años previos a la revuelta de mayo de 1968. Nacida en Sofía (Bulgaria), llegó a París en 1965 con el propósito de doctorarse en lingüística y entró en contacto rápidamente con el grupo *Tel Quel,* integrado por los filósofos, novelistas y teóricos de la literatura que escribían y editaban la revista del mismo nombre –entre ellos Barthes, Sollers, Todorov, Derrida–, y que constituyeron la vanguardia europea en los estudios de teoría y crítica literaria desde 1960 hasta principios de los 80. Julia Kristeva aportó nada menos que la difusión de la obra del teórico ruso Bajtín (su traducción fue la primera en Europa Occidental) y su elaboración del concepto de *intertextualidad.* Después, accedió al psicoanálisis y lo eligió como el eje de su pensamiento porque, como lo ha reiterado, es la única experiencia moderna que permite a los seres humanos recomenzar su vida. Desde entonces, y así lo ha entendido Paris al acotar su línea de indagación, elabora su teoría (a la que denomina *semanálisis)* con una direccionalidad que se ha impuesto sobre las demás: la construcción de la subjetividad en las relaciones del sujeto con el lenguaje y la creación literaria.

Defensora del marxismo, Kristeva propuso en sus primeros escritos una revolución en el lenguaje poético (denominación que comprende toda la literatura) paralela al cambio revolucionario que debían experimentar las sociedades. Sin embargo, no ha tenido afinidad con ningún encasillamiento ideológico: ni con el político en sentido estricto, ni con el feminismo, ni con las bases psicoanalíticas –Freud y Lacan–, respecto de las cuales se acerca y se distancia por igual. Precisamente, en los cuatro capítulos siguientes, Paris recorre cuatro «núcleos» con el fin de dilucidar la emergencia del sujeto. Al explicarlos, advierte el movimiento de vaivén que mantiene Kristeva respecto del creador del psicoanálisis y de su principal renovador, cuyos conceptos ha retomado para hacerlos producir en los cruces con otras disciplinas.

Kristeva elige la noción de «sujeto en proceso», en permanente cambio y, a partir del estatuto dado por Lacan a lo simbólico, formula su propia noción de lo semiótico como el espacio de los impulsos de pre-significación que se manifiestan en el estadio del espejo, o en la etapa pre-edípica según la denominación freudiana. Se apropia, además, del término platónico *jorá* para referirse

al espacio físico e indiferenciado compartido por la madre y el niño. Si para Freud y Lacan, el niño accede al orden socio-cultural a través del lenguaje y de la ley instituida por la función paterna, para Kristeva ese proceso se desarrolla en la *jorá* para referirse al espacio físico e indiferenciado compartido por la madre y el niño. Si para Freud y Lacan, el niño acede al orden socio-cultural a través del lenguaje y de la ley instituida por la función paterna, para Kristeva ese proceso se desarrolla en la *jorá* semiótica, es decir, en lo materno, que no es exactamente la mujer en el rol de madre sino lo materno como función, una instancia anterior a la división de sexos que comprende simultáneamente lo femenino y lo masculino.

A diferencia de Lacan, para quien la entrada en lo simbólico anula lo semiótico, Kristeva sostiene que cuando el sujeto ingresa en esa etapa, lo semiótico –los aspectos somáticos del lenguaje– retorna de diferentes maneras. Una de sus formas más productivas es la creación artística. En el lenguaje poético, el orden simbólico se fisura y emerge lo semiótico, que quiebra la lógica de la gramática y del sentido y propone un sentido-*otro*. Esta tesis es la que ha enmarcado el trabajo de Kristeva con las poéticas de vanguardia en la obra de autores como Baudelaire, Mallarmé, Breton, Lautréamont, Rimbaud. El goce estético –la creación o el goce del lector-espectador– reside, por lo tanto, en la permanente tensión entre el orden tético y el semiótico –preverbal, materno, preedípico– que desordena el sistema de la lengua y pulveriza la barrera entre significante y significado.

En los capítulos siguientes, Paris rastrea ese espacio fundador –la *jorá*– en las búsquedas kristevianas. Y lo encuentra en el amor, en la idea de «revuelta» –como renacimiento de la vida psíquica personal y como cultura-revuelta, en el campo estético y político–, en el lenguaje embriagador y musical de las novelas de Colette y en la propia incursión de Kristeva en la novela (es autora de dos), una experiencia que le permitió el acceso a la etapa prelingüística que ella misma postula, al estallido previo aun a los borradores de la escritura.

Un glosario final –atinada guía conceptual para los que se inician en estos principios teóricos– y las recomendaciones bibliográficas completan este libro didáctico y esclarecedor, cuya prosa revela la adhesión de Paris al carácter «reversible» del pensamiento abordado (psicoanálisis/literatura, literatura/psicoanálisis) y que si bien centra su recorrido en la subjetividad, amplía sus alcances y no deja de definir los núcleos más importantes de la producción de Julia Kristeva.

Ana Silvia Galán

Técnicas de masturbación entre Batman y Robin, *Efraim Medina Reyes, Destino, Barcelona, 2003, 304 pp.*

Lo que caracteriza al escritor colombiano Efraim Medina no es tanto su irreverencia o su actitud iconoclasta, como, sobre todo, la fuerza de su atrevido razonamiento a la hora de atacar tanto a escritores latinoamericanos («Metería a Isabel Allende en una licuadora para hacer abono para pescado»; considera a Laura Restrepo una oportunista; a Coelho lo etiqueta de basura; de Gabriel García Márquez sostiene que «no tiene dignidad»; Vargas Llosa es «un mamarracho hipócrita /.../ El Vargas Llosa de hoy no es más que una desdeñida diva que va de país en país hablando del tema de moda para llamar la atención»), como españoles («No leería a Juan Marsé ni con cinco cadenas perpetuas»; «Cambio a cincuenta nuevos escritores españoles por un traje de John Galiano sin dudarlo»), pasando por editoriales, premios literarios y críticos que «sólo se leen las solapas». Las invectivas alcanzan a su país al que considera «conservador, clasista y racista».

El hecho de que antes de cumplir 19 años hubiera pasado por varios psiquiátricos, que intentara suicidarse dos veces, sus múltiples oficios para sobrevivir (músico, boxeador, empresario fracasado...) y haber vivido en la marginalidad, permite valorar en su justa medida las anteriores afirmaciones, así como la violencia, sarcasmo y agresividad de su planteamiento ideológico y estético, este último asentado en sólidas y firmes referencias literarias: Cesare Pavese, Sylvia Plath, Berryman, Anne Sexton, Emily Dickinson, Cioran, Djuna Barnes, entre otros. Además hay que decir que por pertenecer a la generación de los 80 se nutrirá de la estética de los 70, de películas como *The Wall* y *Easy Rider*, el cómic, la televisión norteamericana, la publicidad e Internet. El autor de *Érase una vez el amor pero tuve que matarlo,* confiesa que «los títulos de mis novelas y mis novelas mismas responden a una estética desde la cual veo el mundo, esa estética tiene que ver con mi cultura y cuando digo mi cultura me refiero a la mía personal ya que no me inscribo en una estúpida tradición folclórica como el realismo mágico, ni jamás bailaré cumbia en la Casa Blanca».

Para Efraim Medina Reyes la literatura no es un fin, sino un medio que le proporcionó el equilibrio que necesitaba, a la vez que una terapia contra el sufrimiento. Pero también la literatura le permite ejercer «el sano ejercicio del odio, de la venganza y, a veces, del afecto».

Técnicas de masturbación... trata de muchas cosas, pero sobre todo de la imposibilidad de comunicación en la pareja, reflexión a la que llega el autor a partir de la certi-

dumbre de que la vida es una impostura y de que todos mentimos. Convencido de que hay dos tipos de personas: el perdedor y el fracasado, se queda con el último porque es el que sabe vivir dentro de sus límites en un mundo que rinde culto al éxito. Esta amarga consideración sobre las relaciones humanas («Nada como el boxeo explica lo que somos los seres humanos: deseo de destruirnos mutuamente», declara el autor), no impide que Efraim Medina escriba sobre el narcotráfico, la violencia de Estado, la delincuencia común, la corrupción, la amistad, la prepotencia masculina... en un relato sin organización aparente en el que gracias a la fragmentación se favorece una visión caótica del universo. Son Sergio Bocafloja, *alter ego* del escritor, y su pandilla quienes unifican esta dispersión.

Novela omnívora, «un rompecabezas minimalista» construido por historias, diálogos, aforismos, guión de cine, cuaderno de apuntes, diario, manual de seducción, cartas suicidas... y alimentado por otros lenguajes. Un experimento que facilita que su tema central –la incomunicación– sea más evidente al quedar la trama atomizada y producir una sensación de confusión y contradicción. Esta libertad de escritura, esta desinhibición formal, esta desarticulación temática y esta dislocación del pensamiento, hacen de este libro un *puzzle* que rompe con la linealidad de la historia y lo configuran como un conjunto de novelas cortas independientes con buena dosis de humor. Efraim Medina rompe código con un medido desorden. Un escritor que representa la antítesis del realismo mágico y que hace una literatura asentada en la realidad y apegada a su biografía. Como ha dicho el escritor Juan Manuel Roca: «la literatura colombiana, tan planchada y tan pulcra, esperaba la llegada de un bárbaro».

Secreciones, excreciones y desatinos, *Rubén Fonseca, traducción de Basilio Losada, Seix Barral, Barcelona, 2003, 159 pp.*

Un total de 23 volúmenes, entre novelas y cuentos, y dos guiones de cine, conforman la producción literaria del escritor brasileño Rubem Fonseca (1925), reciente ganador de dos premios: el de literatura latinoamericana y del Caribe Juan Rulfo, y el prestigioso Camoens por el conjunto de su obra, ambos obtenidos en este 2003. Cronista de la realidad del Brasil actual, vuelve al relato en este nuevo libro en el que lo escatológico queda convertido en literatura. Con su habitual irreverencia Fonseca abandona a sus familiares personajes sacados del mundo de la violencia, del caos

urbano y de la marginalidad y se centra en seres que enfrentan su soledad indagando con regodeo en la filosofía de sus cuerpos.

Componen este libro catorce relatos que hablan de experiencias límite (un escritor que fotografía sus heces convencido de que puede leer en ellas su destino, una mujer que padece menstruaciones repentinas, un hombre traicionado que chupa la sangre de su enemigo, otro que se deleita en su propia aerofagia...). El autor de *Pasado negro*, considerado como el novelista de la descomposición social, vuelve al tema a través de la metáfora de la descomposición física: orina, saliva, esperma, sangre, sudor, gases, eructos... y todo lo que tenga que ver con «los misterios enzimáticos de nuestros cuerpos» se narran en estas páginas con evidente sentido del humor. Hay una asociación de la inmundicia con nuestra condición fútil tratada con naturalidad. Además podemos decir que todo lo que produce rechazo y desprecio es lo que está en estos relatos cargado de fuerza y significación. Así el coprófago del relato de Fonseca añade una dimensión esotérica a sus excrementos al considerarlos cargados de una parte importante de su fuerza vital. Es evidente que el escritor brasileño acentuará la dimensión trágica de los personaje que persiguen, vanamente, una felicidad fugaz de imposible permanencia en un mundo en el que las personas están cada vez más incomunicadas por culpa de las nuevas tecnologías. La tendencia al contraste entre lo inocente y canalla; amor y sexo brutal; humor y pesimismo; deseo y repulsión; belleza y deformidad..., así como el ritmo rápido, el constante factor sorpresa, la aparición de elementos inesperados y un estilo condensado, caracterizado por la exuberancia verbal, de nuevo nos recuerda que para el autor de *Los prisioneros:* «El escritor debe ser esencialmente un subversivo del gobernante. Nuestro lenguaje debe ser el del no-conformismo, el de la no-falsedad, el de la no-opresión».

Milagros Sánchez Arnosi

El lado oscuro de la modernización: Estudios sobre la novela naturalista hispanoamericana, *Sabine Schlickers, Iberoamericana-Vervuert, 428 pp., Madrid/Frankfurt, 2003.*

Tras largo proceso, la crítica vuelve a interesarse por el realismo naturalista en las letras iberoamericanas. Nuevos estudios superan ampliamente clásicas monografías como las de Ara o Urbistondo: el último que viene a unirse a dicho revisión es este axhaustivo trabajo de Sabine Schlickers, profesora de la Universidad de Bremen.

Buena conocedora del estado de la cuestión sobre el *roman expérimental*, así como de la trayectoria histórica del zolaísmo, Schlickes busca, antes que definir el naturalismo francés para compararlo con el ultramarino, determinar cómo entendieron los hispanoamericanos dicha corriente europea y hasta qué punto se sintieron obligados a seguirla como modelo ideal. Para ello, su análisis no atenderá exclusivamente al fenómeno literario, sino también al entorno político, científico y filosófico, discursos de obligado examen en lo que concierne a un subgénero que, como el del naturalismo, esperaba ser valorado como documento social de su época. La modernidad artística coincidía con el avance de la modernización social y técnica; al mismo tiempo, la fe en el progreso del escritor naturalista entrañaba un hondo pesimismo antropológico.

Gran aporte de la autora al campo de la historiografía literaria es, junto con su revisión de la «batalla naturalista» en Buenos Aires, el apartado que dedica a la de Montevideo, generalmente ignorada pese a la mucho mayor influencia cultural que ejerciera el positivismo científico en Uruguay. Ambas capitales del Plata, por otra parte, constituyeron sendos focos naturalistas en permanente contacto, fenómeno ausente entre otras naciones hispanoamericanas.

El cuerpo principal del estudio lo forman análisis individualizados de novelas de diferentes autores y países, atendiendo a su evolución histórica y al aspecto temático concreto en torno al que se construyen: el determinismo biológico y ambiental o la confluencia del naturalismo con ulteriores rumbos de la novela americana (modernismo y criollismo). Junto a los títulos y autores más asediados por la crítica (Argerich, Cambaceres, Martel, Gamboa, Zeno Gandía entre otros), algunos de ellos no naturalistas *avant-la-lettre* pero intertextualmente ilustrativos, Sabine Schlickers ofrece al estudioso interesantes análisis de novelas casi ignoradas, menores y canónicas, algunas de sorprendente interés temático y estructural (caso de *Vida nueva*, del chileno Emilio Rodríguez Mendoza).

Manuel Prendes

Urban Imaginaries from Latin America, *Armando Silva, Editor: Documanta 11, Kassel, Alemania, 300 pp. Con el apoyo del Convenio Andrés Bello.*

Este libro excepcional, por su claridad conceptual, por su variedad temática, por su aporte gráfico y la amplitud de su horizonte latinoamericano, resume en inglés, y con el significativo respaldo de la Documenta 11 de Kassel quien lo incor-

poró a su presentación como un aporte singular, el trabajo de más de 400 personas, en 14 ciudades, incluida Barcelona, que coordinados por el profesor Armando Silva, de la Universidad Nacional de Colombia, se han abocado desde 1998 al estudio de las culturas urbanas y sus imaginarios sociales en nuestro continente.

Pero esta fría ficha no oculta su hirviente contenido. Todo el arsenal de las ciencias humanas, de la antropología a la semiótica, de la encuesta al psicoanálisis, del folclore a la fotografía, parece resultar desbordado y exigir una nueva síntesis original para el análisis de fenómenos tan evasivos y singulares como los que aquí se muestran. Y este libro la logra. Aquellos que van de la satanización y uso de la tumba de Pablo Escobar, en Medellín, a las reinas mártires de la belleza, en Venezuela como en Colombia, con sus cuerpos rehechos por la cirugía. Da las madres de la Plaza de Mayo, en Buenos Aires, al dibujar en el piso de la calle las siluetas de los desaparecidos, para que así resuciten y nadie las pise ni patee de nuevo, hasta los enfrentamientos, en Santiago de Chile, entre las viudas de la Unidad Popular contra beligerantes pinochetistas que no vacilan en erigir aún altares con la efigie del dictador glorificante, como lo estudia Nelly Richard.

La figura analítica con que son vistos estos y otros hechos complejos, corresponde muy bien a la agudeza inicial con que Armando Silva estudia los *graffiti*, los álbumes de familia, los problemas de la comunicación o los núcleos inmigrantes en Colombia. Proyectados y perfeccionados, en rico intercambio con sus colegas de toda América y España, nos da ahora, en ese lugar común de la nueva tecnología, un mapa colorido y fresco no sólo de nosotros mismos sino de cómo nos miran los otros. Por ello Bogotá, como todas las otras ciudades, parece reafirmar los tópicos a la vez que cambia de percepción. Gris y diversa, violenta y peligrosa, si bien preferimos leer en nuestro tiempo libre, también soñamos con viajar, en la memoria Jorge Eliecer Gaitán y en el futuro el metro, siempre bajo la sombra tutelar del cerro de Monserrat.

He aquí un libro renovador e inteligente que prolonga, en nuestros días, el aporte pionero y capital de José Luis Romero, en *Latinoamérica: las ciudades y los días* (1976) y traza, en el desbordante caos de nuestras ciudades, un espacio reflexivo digno de todo encomio.

Juan Gustavo Cobo Borda

El fondo de la maleta

El centro de la Tierra

De vez en cuando surgen unos proyectos, severamente racionales y catastróficos, para llegar al centro de la Tierra. No en un viaje alegórico hacia el pasado del planeta, con billete de ida y vuelta, como en la novela homónima de Julio Verne, sino como en el plan de otro personaje verniano, el de *Sans dessus dessous,* que intentaba desviar el eje terráqueo mediante la artillería de un gigantesco cañón (gigantesco para las grandezas de 1889).

Ahora podríamos mejorar las fantasías estrictas de Verne y producir una grieta que llegase al núcleo planetario, para enseguida rellenarla con hierro fundido. Quizá bastara con todo el hierro disponible en la superficie, no más que eso. Se compensaría porque suponemos que en el centro de nuestra pelota cósmica hay un inmenso núcleo férreo que valdría la pena alcanzar.

El núcleo está allí, cabe concluir, desde hace unos 4.400 millones de años, a unos 6.400 kilómetros bajo nuestros pies, los tuyos entre ellos, lector/lectora. Una hipótesis sobre su dinámica sostiene que gira a distinta velocidad que el resto del planeta, como si fuera un planetilla autónomo que se niega a corresponderse con el otro, el periférico, por lo que estaríamos en un sistema descentrado.

La vida tardó 1.000 millones de años en aparecer. Estas cifras vertiginosas son nuestra verdadera antigüedad, frente a la cual la historia humana es un tardío momento, bien que calificado con exquisitez por nuestro narcisismo de especie elegida.

¿Qué tal si enviáramos una nave subterránea al centro de la Tierra, como enviamos naves espaciales a Marte y la Luna? ¿Lograríamos satisfacer nuestra necesidad de hallar un centro, al menos uno, inmovilizarlo para que sea realmente central, partir de él para que nuestras magnitudes no sean meras conjeturas en el infinito?

Colaboradores

ARTURO ALMANDOZ: Arquitecto y urbanista venezolano (Caracas).
SARA BARCELÓ CORDÓN: Arquitecta española (Madrid).
JUAN GUSTAVO COBO BORDA: Escritor colombiano (Bogotá).
LUISA DURÁN: Arquitecta brasileña (Porto Alegre).
LEONOR FLEMING: Crítica literaria argentina (Buenos Aires).
ANA SILVIA GALÁN: Crítica literaria argentina (Buenos Aires).
CARLOS GONZÁLEZ LOBO: Arquitecto mexicano (México DF).
GUSTAVO GUERRERO: Escritor venezolano (París).
MANUEL HERNÁNDEZ RUIGÓMEZ: Diplomático y escritor español (Madrid).
JOAQUÍN IBÁÑEZ MONTOYA: Arquitecto español (Madrid).
ANA MEIRA: Arquitecta brasileña (Porto Alegre).
JAIME ORDÓÑEZ CHACÓN: Politólogo y jurista costarricense (San José, Costa Rica).
APRIL OVERSTREET: Hispanista norteamericana (Salem, Estados Unidos).
ZAINER PIMENTEL: Arquitecto español (Madrid).
MANUEL PRENDES: Ensayista y crítico literario español (Granada).
OSWALDO ROMÁN: Arquitecto y urbanista español (Madrid).
FRANCISCO SANABRIA MARTÍN: Jurista español (Madrid).
MILAGROS SÁNCHEZ ARNOSI: Crítica literaria española (Madrid).
SALVADOR SCHELOTTO: Arquitecto uruguayo (Montevideo).
AGUSTÍN SEGUÍ: Historiador argentino (Saarbrücken, Alemania).

CUADERNOS
HISPANOAMERICANOS

LOS DOSSIERS

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

Boletín de suscripción

Don ....

con residencia en ....

calle de ...., núm. .... se suscribe a la

Revista CUADERNOS HISPANOAMERICANOS por el tiempo de ....

a partir del número ...., cuyo importe de .... se compromete

a pagar mediante talón bancario a nombre de CUADERNOS HISPANOAMERICANOS.

.... de .... de 2002

El suscriptor

Remítase la Revista a la siguiente dirección ....

....

Precios de suscripción

		Euros
España	Un año (doce números)	52 €
	Ejemplar suelto	5 €

		Correo ordinario	*Correo aéreo*
Europa	Un año	109 €	151 €
	Ejemplar suelto	10 €	13 €
Iberoamérica	Un año	90 $	150 $
	Ejemplar suelto	8,5 $	14 $
USA	Un año	100 $	170 $
	Ejemplar suelto	9 $	15 $
Asia	Un año	105 $	200 $
	Ejemplar suelto	9,5 $	16 $

Pedidos y correspondencia:

Administración de CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

Instituto de Cooperación Iberoamericana

Avda. de los Reyes Católicos, 4. Ciudad Universitaria

28040 MADRID. España, Teléfono 583 83 96

Próximamente:

Literatura y religión en América Latina

Concepción Núñez Rey
Alberto Pérez-Amador Adam
María Pilar Lorenzo
María del Carmen Boluda Sánchez-Mellado
Mario Boero









5 euros